

PERCY JACKSON

Y LOS DIOSES DEL OLIMPO



EL CÁLIZ DE LOS DIOSES

RICK RIORDAN



salamandra

RICK RIORDAN

PERCY JACKSON

Y LOS DIOSES DEL OLIMPO

EL CÁLIZ DE LOS DIOSES



Traducción del inglés de
Ignacio Gómez Calvo

 salamandra

*Para Walker, Aryan y Lea.
¡Por los nuevos comienzos!*

Carta del autor

Querido lector mortal:

He jurado por el río Estigia presentar este libro como una obra de ficción.

No existe ningún chico de doce años llamado Perseus *Percy* Jackson. Los dioses griegos no son más que mitos antiguos. Por supuesto, no han tenido descendencia con humanos mortales en el siglo *xxi*, y tampoco existe ningún lugar llamado Campamento Mestizo, un campamento de verano para semidioses al este de Long Island. Percy nunca conoció a ningún sátiro ni a ninguna hija de Atenea. Y, evidentemente, no emprendieron juntos una misión a través de Estados Unidos para llegar a las puertas del inframundo y evitar una guerra catastrófica entre los dioses.

Dicho esto, debo advertirte que te lo pienses dos veces antes de comenzar a leer este libro. Si sientes que algo se agita en tu interior mientras lees, si empiezas a sospechar que esta historia podría describir algún aspecto de tu vida, déjalo de inmediato. No quiero que me hagan responsable de las consecuencias.

Que los dioses del Olimpo (que evidentemente no existen) te protejan.

Saludos cordiales,

Rick Riordan
Escriba principal
Campamento Mestizo
Miembro Honorario
del Consejo de Ancianos Ungulados

Copero de la Corte de Poseidón
Etcétera, etcétera
www.rickriordan.com

1

Me evacúan por el desagüe

Mira, yo no quería ir al último año de instituto.

Esperaba que mi padre me escribiese una autorización:

A quien corresponda:

Dispense a Percy Jackson de las clases y dele el título, por favor.

Gracias,

Poseidón

Creía que me lo había ganado después de luchar contra dioses y monstruos desde que tenía doce años. He salvado el mundo... ¿tres veces? ¿Cuatro? He perdido la cuenta. No hace falta que conozcas los detalles. Ni siquiera yo los recuerdo a estas alturas.

Estarás pensando: «¡Hala! ¡Eres el hijo de un dios griego! ¡Debe de ser una pasada!»

¿La verdad? La mayoría de las veces ser un semidiós es un rollo. Quien te diga lo contrario quiere reclutarte para una misión.

De modo que allí estaba yo, dando tumbos por el pasillo la primera mañana de clase en un instituto nuevo —otra vez— después de perder el tercer año de secundaria entero por culpa de la amnesia mágica (no preguntes). Los libros de texto se me caían de los brazos, y no tenía ni idea de dónde estaba el aula de la clase de inglés de tercera hora. La de matemáticas y la de biología me habían dejado el cerebro frito. No sabía cómo iba a aguantar todo el día.

Entonces una voz sonó por el altavoz:

—Percy Jackson, preséntese en el despacho de la orientadora, por favor.

Por lo menos ningún alumno me conocía aún. Nadie me miró y se echó a reír. Me giré como quien no quiere la cosa y volví hacia el área de administración.

El IEA, el Instituto de Educación Alternativa, se encuentra en una antigua escuela primaria. Por eso tiene pupitres para niños y no hay taquillas, de modo que te toca cargar con todas las cosas de clase en clase. En todos los pasillos encontraba alegres recuerdos de los chavales que habían estudiado antes aquí: manchas de pintura de dedos, pegatinas de unicornios que se desprendían de los extintores, algún que otro olorillo fantasmal a zumo de fruta y galletas...

El Instituto de Educación Alternativa acoge a todo aquel que necesita acabar los estudios de secundaria. Da igual si vienes del correccional, si tienes graves dificultades de aprendizaje o si da la casualidad de que eres un semidiós con muy mala pata. Y es el único centro de la zona de Nueva York en el que me aceptaron cuando quise matricularme para el último curso y me ayudaron a recuperar todos los créditos académicos que había perdido el año anterior.

Lo bueno es que tenía equipo de natación y piscina olímpica (ni idea de por qué), de modo que a mi padrastro, Paul Blofis, le pareció que podía ser una buena opción para mí. Le prometí que lo intentaría.

También se lo había prometido a mi novia, Annabeth. El plan consistía en que me graduaría a tiempo para que fuésemos juntos a la universidad. No quería decepcionarla. La idea de que ella se fuese a California sin mí me quitaba el sueño por las noches...

Encontré el despacho de la orientadora en lo que en otro tiempo debía de haber sido la enfermería del colegio. Lo deduje de una imagen pintada en la pared de una triste rana morada con un termómetro en la boca.

—¡Señor Jackson! ¡Pase!

La orientadora escolar rodeó su escritorio, dispuesta a estrecharme la mano. Entonces reparó en que tenía tres mil kilos de libros de texto en los brazos.

—Oh, déjelos en cualquier parte —dijo—. ¡Siéntese, por favor!

Señaló una silla de plástico azul unos treinta centímetros más baja de lo aconsejable para mí. Sentado en ella, los ojos me quedaban a la altura del tarro con gominolas del escritorio.

—¡Bueno! —La orientadora me sonrió desde su cómoda silla para adultos. Parecía que los ojos le flotasen detrás de las gafas de culo de botella. Tenía el cabello canoso rizado en una serie de hileras como conchas que me recordaron un banco de ostras—. ¿Cómo se encuentra?

—La silla es un poco baja.

—Me refiero al instituto.

—Bueno, sólo he ido a dos clases...

—¿Ha empezado con las solicitudes de universidad?

—Acabo de llegar.

—¡Exacto! ¡Ya vamos con retraso!

Miré a la rana morada, que parecía tan deprimida como yo.

—Oiga, señora...

—Lláname Eudora —dijo alegremente—. A ver qué folletos tenemos.

Rebuscó en el escritorio.

—La Politécnica. La Universidad de Boston. La Universidad de Nueva York. La Universidad Estatal de Arizona. La Universidad de Florida. No, no, no.

Tenía ganas de detenerla. Me palpitaban las sienes. El trastorno hiperactivo por déficit de atención me hacía carambolas bajo la piel como bolitas de billar. Ese día no podía pensar en la universidad.

—Le agradezco la ayuda, señora —dije—. Pero la verdad es que ya tengo un plan. Si consigo aprobar este curso...

—Sí, la Universidad de la Nueva Roma —asintió ella, que seguía hurgando en el cajón del escritorio—. Pero parece que la orientadora mortal no tiene ningún folleto.

Se me taponaron los oídos. Noté un sabor a agua salada en el fondo de la garganta.

—¿La orientadora mortal?

Me llevé la mano al bolsillo de los vaqueros, donde guardaba mi arma favorita: un boli mortífero. No sería la primera vez que tuviese que defenderme de un ataque en el instituto. Te sorprendería la cantidad de profesores, directores y demás empleados escolares que son monstruos disfrazados. O quizá no te sorprendería nada.

—¿Quién eres? —pregunté.

Ella se enderezó y sonrió.

—Ya te lo he dicho. Soy Eudora.

Escruté su rostro con atención. Su cabello rizado era en realidad un banco de ostras. Su vestido relucía como la membrana de una medusa.

Resulta curioso cómo funciona la Niebla. Incluso los semidioses, que ven fenómenos sobrenaturales continuamente, tienen que concentrarse para atravesar la barrera entre el mundo humano y el divino. De lo contrario, la Niebla sólo cubre lo que ves y hace que los ogros parezcan peatones o que un drakón gigante parezca un tren del metro de Nueva York. (Y, créeme, da apuro intentar subir a un drakón cuando uno entra en la estación de Astoria Boulevard.)

—¿Qué has hecho con la orientadora normal? —inquirí.

Eudora hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Oh, no te preocupes. Ella no podría ayudarte con la Nueva Roma. ¡Para eso estoy yo aquí!

Algo en su tono me hizo sentir... no más tranquilo, pero al menos no amenazado directamente. Tal vez sólo se comía a otros orientadores escolares.

Su presencia también me resultaba familiar: el hormigueo salado en las fosas nasales, la presión en los oídos como si estuviese a trescientos metros bajo el agua... Caí en la cuenta de que me había encontrado con alguien como ella antes, cuando tenía doce años, en el fondo del río Misisipi.

—Eres un espíritu del mar —dije—. Una nereida.

Eudora rió por lo bajo.

—Sí, claro, Percy. ¿Pensabas que era una dríade?

—Entonces... ¿te manda mi padre?

Ella arqueó las cejas como si empezara a temer que yo fuera un poco corto de entendederas. Curiosamente, me miraban así muy a menudo.

—Sí, querido. Poseidón. ¿Tu padre? ¿Mi jefe? Siento no encontrar ningún folleto, pero para ingresar en la Universidad de la Nueva Roma te pedirán los requisitos humanos habituales: notas, expedientes académicos oficiales y una evaluación psicoeducativa actualizada. Esas cosas no son un problema.

—Ah, ¿no? —Después de todo lo que yo había pasado, tal vez fuese un poco pronto para juzgar sobre eso último.

—Pero también te pedirán algunos, ejem, requisitos especiales. El sabor a agua salada se intensificó en mi boca.

—¿Qué requisitos especiales?

—¿Te han hablado de las cartas de recomendación divinas?

Parecía que la nereida tuviese muchas ganas de que la respuesta fuese afirmativa.

—No —contesté.

Ella se puso a toquetear el tarro de gominolas.

—Entiendo. Bueno, necesitarás tres cartas. De tres dioses distintos. Pero seguro que un semidiós de tu talento...

—¿Qué?

Eudora se sobresaltó.

—O podemos considerar otras opciones. ¡El Centro de Estudios Superiores de Ho-Ho-Kus está muy bien!

—¿Te estás quedando conmigo?

La cara de la nereida empezó a brillar. Chorritos de agua salada cayeron del banco de ostras que tenía por pelo.

Me sentí mal por cabrearme. Ella no tenía la culpa. Sabía que sólo intentaba ayudarme porque mi padre se lo había mandado. Aun así, ésa no era la clase de noticia que me apetecía recibir un lunes por la mañana. Ni en ningún otro momento.

Controlé la respiración.

—Perdona. Es sólo que... Tengo que entrar en la Nueva Roma. He hecho muchas cosas para los dioses a lo largo de los años. ¿No

puedo, no sé, mandarles un formulario de recomendación por correo electrónico...?

Eudora frunció el ceño. Su vestido desprendía ahora cortinas de agua marina. En el suelo de baldosas verdes se formó un charco que empezó a acercarse cada vez más a mis libros de texto.

Suspiré.

—Uf. Tengo que llevar a cabo más misiones, ¿no?

—Bueno, el proceso de admisión en la universidad siempre es difícil, pero yo estoy aquí para ayudarte...

—A ver qué te parece esto —dije—. Si mi padre quiere ayudarme de verdad, tal vez debería explicármelo él mismo, en lugar de mandarte a ti a que me des la mala noticia.

—Oh. Bueno, eso sería, ejem...

—Impropio de él —convine.

Algo zumbó en la cabellera (¿conchallera?) de Eudora y la hizo sobresaltarse. Me pregunté si se le había metido una anguila eléctrica en el banco de ostras, pero entonces arrancó una de las conchas.

—Disculpa. Tengo que contestar.

Se llevó la concha a la oreja.

—¿Diga? ¡Oh, sí, señor! Yo... Sí, lo entiendo. Claro. Enseguida.

Dejó la concha en la mesa y se quedó mirándola, como si le diese miedo que volviera a sonar.

—¿Papá? —deduje.

Ella esbozó una sonrisa. El lago de agua salada seguía extendiéndose por el suelo del despacho, empapando mis libros de texto y filtrándose por mis zapatillas.

—El opina que tal vez tengas razón —dijo Eudora—. Te lo explicará en persona.

Dijo «en persona» como la mayoría de los profesores dicen «en el aula de castigo».

Intenté actuar con naturalidad, como si hubiese ganado una discusión, pero mi padre y yo no hablábamos desde hacía... mucho tiempo. Normalmente sólo me llevaba a su palacio submarino

cuando estaba a punto de estallar una guerra. Yo confiaba en que me diese una semana más o menos para adaptarme al instituto antes de llamarme.

—Estupendo. Bueno... ¿puedo volver ya a clase?

—Oh, no, querido. Quiere que vayas ahora.

El agua empezó a arremolinarse alrededor de mis pies hasta formar un huracán en miniatura. Las baldosas comenzaron a agrietarse y a deshacerse.

—Pero no te preocupes —prometió Eudora—. ¡Volveremos a vernos!

El suelo desapareció bajo mis pies, y me hundí en un enorme remolino con un estruendoso ¡ZAS!

2

Mi padre ayuda* **(*La ayuda es nula)**

Cuando te evacúan de tu instituto directamente al océano Atlántico y ni te sorprendes, sabes que hace mucho que eres un semidiós.

No intenté resistirme a la corriente. Podía respirar bajo el agua, de modo que eso no fue un problema. Me quedé sentado en mi silla de plástico azul y recorrí como un cohete la red de tuberías privada de Poseidón impulsado por un tsunami de veinte mil millones de litros. Antes de lo que se tarda en decir «No mola», salí del fondo marino como si me hubiese escupido un molusco.

Mientras la nube de arena se asentaba a mi alrededor, traté de orientarme. Mis sentidos náuticos me indicaron que estaba a unos sesenta y cinco kilómetros al sudeste de la costa de Long Island, a sesenta metros de profundidad; nada del otro jueves para un hijo de Poseidón, pero no intentéis hacerlo en casa, chavales. Cien metros por delante de mí, la plataforma continental se hundía en la oscuridad. Y justo en el precipicio se alzaba un palacio reluciente: la residencia de veraneo de Poseidón.

Como siempre, mi padre estaba haciendo reformas. Supongo que cuando eres inmortal te hartas de tener la misma choza durante siglos. Daba la impresión de que Poseidón siempre estaba desmantelando, renovando o expandiéndose. A la hora de llevar a cabo proyectos de construcción submarinos, resultaba de ayuda tener poder casi infinito y mano de obra gratis.

Un par de ballenas azules remolcaban una columna de mármol del tamaño de un bloque de pisos. Peces martillo untaban lechada entre hileras de ladrillos de coral con sus aletas y cabezas. Cientos

de peces nadaban a toda velocidad aquí y allá, equipados con cascos amarillo chillón que hacían juego con sus ojos como linternas.

Un par de ellos me saludaron cuando atravesé nadando la obra. Un delfín con un chaleco reflectante me chocó los cinco.

Encontré a mi padre junto a una piscina desbordante a medio construir que dominaba el abismo del cañón del Hudson. No sabía de qué servía una piscina desbordante cuando ya estabas bajo el agua, pero preferí no preguntar. Mi padre solía ser bastante tranquilo, pero no te convenía poner en duda sus decisiones en materia de estilo.

Su ropa, por ejemplo.

A algunos de los dioses griegos que había conocido les gustaba transformar su apariencia a diario. Ellos podían hacerlo; para algo eran dioses. Pero parecía que Poseidón se había quedado con una imagen que le valía, aunque no le valiese a nadie más.

Ese día llevaba unas bermudas arrugadas a juego con sus Crocs y sus calcetines. La camisa de manga corta tenía aspecto de haber servido de diana en una guerra de *paintball* entre el Equipo Morado y el Equipo Hello Kitty. De su gorro de pescador colgaban señuelos con flecos. En la mano, un tridente de bronce celestial vibraba de poder y hacía bullir el agua alrededor de sus agudas puntas.

Con su cuerpo atlético, la barba morena recortada y el cabello canoso rizado, aparentaba unos cuarenta y cinco años... hasta que se volvía para mirarte. Entonces reparabas en las arrugas de su cara, como la ladera gastada de una montaña, y en el profundo verde melancólico de sus ojos, y comprendías que era más viejo que la mayoría de los países del mundo: poderoso, antiguo y sepultado por mucho más que la presión del agua.

—Percy —dijo.

—Eh.

Mantenemos conversaciones profundas como ésta.

Su sonrisa se volvió más tirante.

—¿Qué tal en el nuevo instituto?

Reprimí las ganas de decir que sólo había asistido a dos clases

antes de ser arrojado al mar.

—De momento, bien.

No debí de resultar convincente porque mi padre frunció sus pobladas cejas. Me imaginé nubarrones formándose en la costa atlántica y barcas meciéndose empujadas por olas furiosas.

—Si no es suficiente, con mucho gusto mandaré un maremoto...

—No, tranquilo —dije apresuradamente—. Oye, sobre las cartas de recomendación para la universidad...

Poseidón suspiró.

—Sí. Eudora se ofreció a orientarte. Es la nereida de los regalos del mar, ya me entiendes. Le encanta ayudar a la gente. Tal vez debería haberse esperado un poco para dar la noticia...

En otras palabras, ahora tenía que hacerlo él, y no le gustaba la idea.

Si has llegado a la conclusión de que Poseidón es un padre ausente, has dado en blanco. Yo ni siquiera lo conocí hasta que estaba en secundaria, cuando (por pura casualidad) necesitó algo de mí.

Sin embargo, ahora nos llevamos bien. Sé que él me quiere a su modo. Sólo que a los dioses les cuesta tener una relación íntima con sus hijos mortales. Los semidioses no vivimos mucho en comparación con los dioses. Para ellos somos una especie de jerbos. Unos jerbos que se mueren muy a menudo. Además, Poseidón tiene muchos más asuntos que atender: gobernar los mares; ocuparse de vertidos de petróleo, huracanes y monstruos marinos malhumorados; remodelar sus mansiones.

—Sólo quiero entrar en la Universidad de la Nueva Roma —dije—. ¿No hay ninguna manera de que puedas...?

Moví los dedos dando a entender si podía obrar alguna magia divina capaz de hacer desaparecer los problemas. Tampoco es que yo hubiese visto eso alguna vez. A los dioses se les da mucho mejor crear problemas por arte de magia que resolverlos.

Poseidón se peinó el bigote con la punta del tridente. Cómo lo hizo sin cortarse la cara, lo ignoro.

—Lamentablemente —dijo—, las cartas de recomendación son lo máximo que he podido conseguir. Es la única forma de que el Consejo del Olimpo te permita saldar tu deuda.

Comunicarse bajo el agua es complicado. Yo traducía los zumbidos y clics de canto de ballena que él emitía y al mismo tiempo oía su voz telepáticamente en mi cabeza, de modo que no estaba seguro de haberle entendido.

—No tengo ninguna deuda de estudios —dije—. Ni siquiera me han aceptado aún.

—No hablo de una deuda de estudios —aclaró Poseidón—. Es la deuda que has contraído por... existir.

Se me cayó el alma a los pies.

—Te refieres a ser hijo de uno de los Tres Grandes. Tu hijo.

Poseidón miró a lo lejos, como si hubiese visto algo interesante en el abismo. No me habría sorprendido que hubiese gritado «¡Mira, algo brillante!» y hubiese desaparecido mientras yo tenía la cabeza girada.

Hacía unos setenta años los Tres Grandes —Zeus, Poseidón y Hades— habían hecho un pacto por el que se comprometían a no tener más hijos semidivinos. Éramos demasiado poderosos e impredecibles. Acostumbrábamos a iniciar grandes guerras, provocar desastres naturales, crear malas telecomedias... qué se yo. Como eran dioses, los Tres Grandes hallaron formas de romper el pacto sin meterse en líos. Y fuimos los semidioses los que padecimos las consecuencias.

—Pensaba que ya habíamos superado esto —dije—. Os ayudé a luchar contra los titanes...

—Lo sé —asintió mi padre.

—Y contra Gea y los gigantes.

—Lo sé.

—Y...

—Hijo mío. —El tono de crispación de su voz me indicó que no me convenía seguir enumerando mis grandes éxitos—. Si de mí dependiera, prescindiría por completo de ese ridículo requisito. Por

desgracia, alguien —alzó la vista, pues «alguien» era la forma en clave de decir «mi terco hermano Zeus»— sigue las reglas a rajatabla. Tú no tenías que haber nacido, así que técnicamente no eres apto para la Universidad de la Nueva Roma.

No me lo podía creer.

Y al mismo tiempo, me lo creía sin dudar.

Justo cuando pensaba que tal vez me diesen un respiro, me equivoqué. Parecía que los dioses del Olimpo me consideraban su juguete particular.

Relajé la mandíbula para no apretar los dientes.

—Entonces, ¿hacen falta tres cartas de recomendación?

Poseidón se animó.

—Zeus quería que fueran veinticinco. Yo le hice reducirlas a tres.

Me dio la sensación de que estaba esperando algo.

—Gracias —mascullé—. ¿No podrías redactarme una?

—Soy tu padre. Sería partidista.

—Claro, no nos interesa que haya partidismos.

—Me alegro de que lo entiendas. Para ganarte cada carta, tendrás que emprender una nueva misión. Las tres tendrán que ser completadas antes de que venza el plazo para presentar la solicitud en el solsticio de invierno. Cada vez que un dios te redacte una carta de recomendación, dásela a Eudora, y ella la pondrá en tu expediente.

Pensé en qué dioses podrían ser benévolos conmigo y concederme misiones sencillas. Había ayudado a muchos inmortales a lo largo de los años. La clave era dar con unos que se acordasen de que les había ayudado... o que simplemente se acordasen de mi nombre.

—Supongo que puedo pedírselo a Hermes. Y a Artemisa...

—Oh, no puedes pedírselo a los dioses. Ellos tienen que acudir a ti. Pero ino te preocupes! —Poseidón parecía muy satisfecho de sí mismo—. Me he tomado la libertad de poner tu nombre en el tablón de misiones del Olimpo.

—¿El qué?

Poseidón chasqueó los dedos, y un folleto amarillo fosforito apareció en sus manos. Era un anuncio con mi foto y el siguiente texto:

PERCY JACKSON CUMPLIRÁ VUESTRAS MISIONES
(A CAMBIO DE CARTAS DE RECOMENDACIÓN
PARA LA UNIVERSIDAD)

En la parte de abajo del folleto había unas pequeñas tiras cortadas con mi dirección.

La foto parecía haber sido tomada desde el otro lado del espejo de mi cuarto de baño, circunstancia que planteaba un montón de preguntas perturbadoras. Mi pelo estaba mojado. Tenía los ojos entornados. Un cepillo de dientes me asomaba de la boca.

—Ya lo has publicado, ¿verdad? —dije.

—No ha supuesto ningún problema —me aseguró Poseidón—. También he mandado a mis espíritus marinos que empapelen el monte Olimpo con ellos.

—Estoy muy...

—Agradecido. —Me posó pesadamente la mano en el hombro—. Lo sé. Y sé que no contabas con este obstáculo adicional, pero piénsalo. Cuando ingreses en la universidad, tu vida será mucho más sencilla. Los monstruos casi nunca atacan a los semidioses más mayores. Tú y tu novia...

—Annabeth.

—Sí. Tú y Annabeth podréis tranquilizaros y pasarlo bien.

Poseidón se enderezó.

—Bueno, me parece haber oído a mi diseñador de interiores llamándome. Todavía no hemos decidido si las baldosas del cuarto de baño serán de color espuma de mar o aguamarina. Me alegro de volver a verte, Percy. ¡Buena suerte con las misiones!

Golpeó con la base del tridente contra las piedras del patio. El suelo se abrió, y volví a ser evacuado a través del suelo marino sin una mísera silla de plástico en la que sentarme.

3

Nos quejamos de las misiones y las calabazas de adorno

—¿Que tienes que hacer qué?

Annabeth y yo estábamos sentados en la escalera de incendios situada al otro lado de mi habitación, con los pies colgando por encima de la calle Ciento cuatro. Durante las últimas semanas, a medida que el verano tocaba a su fin, la escalera se había convertido en nuestro refugio. Y a pesar de todo lo que me había pasado hoy, estaba contento. Es difícil estar triste en compañía de Annabeth.

Le conté cómo me había ido mi primer día en el IEA: las clases, los quebraderos de cabeza, la excursión imprevista al fondo del mar. Annabeth balanceaba las piernas; un hábito nervioso, como si quisiese ahuyentar a patadas a mosquitos o espíritus del viento inoportunos.

—Es ridículo —dijo—. A lo mejor puedo conseguir que mi madre te escriba una carta de recomendación.

La madre de Annabeth era Atenea, la diosa de la sabiduría, de modo que una carta de recomendación de ella habría sido muy útil. Lamentablemente, las pocas veces que habíamos coincidido, Atenea me había evaluado con sus penetrantes ojos como si fuese un impostor.

—A tu madre no le caigo bien —dije—. Además, Poseidón lo dejó muy claro. Tengo que cumplir nuevas misiones para tres dioses. Y las peticiones tienen que venir de ellos.

—Uf.

—Eso mismo dije yo.

Annabeth miró fijamente al horizonte, como si estuviese

buscando una solución en Yonkers. ¿Las soluciones venían de Yonkers?

—Ya se nos ocurrirá algo —prometió—. Hemos estado en peores situaciones.

Me encantaba su seguridad. Y tenía razón... Habíamos vivido juntos tantas cosas que costaba imaginar algo a lo que no pudiésemos enfrentarnos.

De vez en cuando me preguntaban si había salido con alguien aparte de Annabeth, o si alguna vez me planteaba salir con otra persona. ¿Sinceramente? La respuesta es no. Cuando tú y tu pareja os habéis ayudado el uno al otro a atravesar el Tártaro, el lugar más profundo y horrible del universo, y habéis salido con vida y más fuertes de lo que erais, esa relación no se puede sustituir, ni tampoco quieres sustituirla. Sí, vale, ni siquiera había cumplido dieciocho años todavía. Aun así, nadie me conocía mejor, ni había aguantado más conmigo, ni me apoyaba tanto como Annabeth, y sabía que ella podía decir lo mismo de mí, porque si no diese la talla como novio, ella me lo haría saber enseguida.

—A lo mejor son misiones sin importancia —dije esperanzado—. Como recoger basura en la autopista un sábado o algo por el estilo. Pero es algo que tengo que hacer yo solo. No quiero arrastrarte a esto.

—Oye. —Ella apoyó la mano en la mía—. No me vas a arrastrar a nada. Voy a ayudarte a que termines el instituto y entres en la universidad conmigo, cueste lo que cueste.

—Entonces, ¿me escribirás los trabajos?

—Buen intento.

Nos quedamos sentados en silencio un minuto, con nuestros hombros tocándose. Los dos teníamos trastorno hiperactivo por déficit de atención, pero me habría quedado así horas encantado de la vida, apreciando la forma en que el sol de la tarde relucía en el pelo de Annabeth, o la manera en que su pulso se sincronizaba con el mío cuando nos agarrábamos de la mano.

Su camiseta de manga corta azul tenía estampadas las letras

doradas EDNY. Parecía una marca de colonia, pero era el nombre de su nuevo instituto: la Escuela de Diseño de Nueva York.

Ya le había preguntado por su primer día de clase. Después de hablarme de su profesor de arquitectura y de la primera tarea importante que le habían mandado, de repente se había interrumpido diciendo: «Me ha ido bien. ¿Y a ti?» Supongo que sabía que yo tendría más cosas que contar, más problemas que resolver.

No me parecía justo; no porque ella no tuviese razón, sino porque no quería ponerla en un segundo lugar. Lo malo de las personas a las que se les da bien resolver problemas es que a veces no dejan que los demás les ayuden con sus asuntos.

Me estaba armando de valor para volver a preguntárselo, para asegurarme de que no la habían visitado dioses ni monstruos durante el día ni le habían encargado misiones, cuando mi madre gritó desde dentro.

—Eh, pareja. ¿Queréis ayudarme con la cena?

—¡Claro, Sally!

Annabeth levantó las piernas y trepó por la ventana. Si había una persona a la que a mi novia le gustaba ayudar más que a mí era a mi madre.

Cuando llegamos a la cocina, Paul estaba picando ajo para el sofrito. Llevaba un delantal que le había regalado uno de sus alumnos como obsequio de final de curso. La cita de la parte delantera rezaba «UNA RECETA ES UNA HISTORIA QUE TERMINA CON UNA BUENA COMIDA». PAT CONROY.

Yo no sabía quién era ése. Probablemente, un literato, considerando que Paul daba clases de literatura. Pero me gustaba la cita porque me gustaban las buenas comidas.

Annabeth agarró un cuchillo.

—Me pido el brócoli.

Paul le sonrió. El pelo canoso le había crecido y se le había rizado un poco durante el verano, y se había acostumbrado a afeitarse cada pocos días, un hábito que, en palabras de mi madre, le daba «un agradable aire travieso».

—Cedo la tabla de picar a la hija de Atenea —dijo haciendo una pequeña reverencia.

—Gracias, amable señor —contestó Annabeth, igual de solemne. Mi madre rió.

—Sois adorables.

Paul guiñó el ojo a mi madre y se volvió para calentar el wok. Desde la pasada primavera, cuando Paul había ayudado a Annabeth a hacer un trabajo de literatura difícilísimo, los dos habían estrechado lazos a través de Shakespeare, nada menos, de modo que la mitad de las veces que hablaban el uno con el otro parecía que estuviesen representando escenas de *Macbeth*.

—Percy —dijo mi madre—, ¿pones la mesa?

No hacía falta que me lo pidiese, porque era la tarea que desempeñaba habitualmente. Cinco platos de color pastel desiguales. Yo siempre me quedaba el azul. Servilletas de papel. Tenedores. Vasos y una jarra de agua del grifo. Nada especial.

Agradecía tener un ritual sencillo como ése: algo que no implicase peleas con monstruos, profecías divinas ni experiencias al borde de la muerte en las profundidades del inframundo. Puede que poner la mesa para cenar te parezca aburrido, pero cuando no tienes ni un momento de respiro en la vida... lo aburrido empieza a parecer maravilloso.

Mi madre controló la olla arroceras y luego sacó un bol de tofu adobado del frigorífico. Se puso a tararear mientras cocinaba; una canción de Nirvana, creo. *Come as You Are?* Por el color de su cara y el brillo de sus ojos, supe que estaba bien. Se movía como si flotase, o como si fuese a empezar a dar pasos de baile. Me hacía sonreír verla así.

Durante mucho tiempo había sido una madre con una tensión excesiva, mal remunerada, desconsolada después de su breve aventura con el dios del mar y preocupada continuamente por mí, el hijo semidivino que había tenido y al que los monstruos habían acosado desde que tuvo edad para gatear.

Ahora ella y Paul eran felices juntos. Y aunque me entristecía un

poco tener un pie en la puerta cuando las cosas estaban mejorando, la culpa no era de mi madre ni de Paul. Ellos hacían todo lo que podían para hacerme sentir integrado. Además, yo quería ir a la universidad. Si tenía que escoger entre estar con Annabeth y... en fin, cualquier cosa, no había elección posible.

Paul echó un diente de ajo en el wok, que empezó a chisporrotear y a humear como un dragón estornudando. (Y sí, he visto a un dragón estornudar.)

—Creo que esto ya está listo, *milady*.

—Voy.

Annabeth echó el sofrito en el aceite justo cuando llamaron al timbre.

—Ya abro yo —dije, y corrí a recibir al quinto comensal.

En cuanto abrí la puerta, Grover Underwood me metió una cesta de fruta en las manos.

—He traído fresas. —Movié la nariz—. ¿Eso es tofu salteado?

—Hola a ti también —dije.

—¡Me encanta el tofu salteado!

Grover me rodeó trotando y fue directo a la cocina, porque sabe lo que es bueno.

Mi mejor amigo había dejado asilvestrar su aspecto, y eso es mucho decir porque es un sátiro. Sus cuernos y su cabello rizado competían por ver quién llegaba más alto. De momento ganaban los cuernos, pero no por mucho. Sus cuartos traseros de cabra se habían llenado de pelo hasta tal punto que había dejado de llevar pantalones de humano para tapárselos, aunque aseguraba que los humanos seguían viéndolos como unos pantalones gracias a la magia ocultadora de la Niebla. Si alguien lo miraba con cara rara, Grover se limitaba a decir:

—Ropa de deporte.

Llevaba su habitual camiseta naranja del Campamento Mestizo y seguía utilizando zapatillas de deporte especialmente acondicionadas para cubrir sus pezuñas hendidas, pues hacían ruido y eran difíciles de ocultar con la Niebla. Supongo que la denominación «zapatillas

de deporte más zapatos de claqué» no daba demasiado buen resultado.

Mi madre abrazó a Grover y elogió las fresas cuando las puse sobre la encimera de la cocina.

—¡Huelen de maravilla! —dijo—. ¡El postre perfecto!

—La última cosecha del verano —anunció Grover con melancolía.

Me dedicó una sonrisa triste, como si estuviese rumiando que ése también había sido mi último verano en el campamento. Cuando los semidioses terminamos la secundaria, si es que vivimos hasta entonces, la mayoría pasamos al mundo normal. Se considera que ya somos lo bastante fuertes para defendernos por nosotros mismos, y los monstruos suelen dejarnos en paz porque ya no somos unos blancos tan fáciles. Al menos, ésa es la teoría...

—Ahora tenemos que prepararnos para la temporada de las calabazas —dijo suspirando—. Que no se me malinterprete. Me encantan las calabazas de adorno, pero no están tan buenas.

Mi madre le dio unas palmaditas en el hombro.

—Nos aseguraremos de que esa fruta no se echa a perder.

La olla arrocera sonó justo cuando Paul apagó el fuego de la cocina y removi6 por última vez el humeante wok.

—¿Quién tiene hambre?

Todo sabe mejor cuando comes con tus seres queridos. Me acuerdo de todas las comidas que mis amigos y yo compartimos a bordo del *Argo II*, aunque generalmente zampábamos comida basura entre batallas a vida o muerte. Ahora, en casa, trataba de saborear cada cena con mi madre y Paul.

Me pasé casi toda la infancia yendo de internado en internado, de modo que nunca llegué a desarrollar el hábito de cenar en familia. Las pocas veces que estaba en casa, cuando mi madre estaba casada con Gabe Ugliano el Apestoso, nunca me atraía la idea de cenar todos juntos. Lo único peor que el tufo de Gabe era la forma en que masticaba con la boca abierta.

Mi madre se esforzaba al máximo. Todo lo que hacía era para protegerme, incluido vivir con Gabe, cuya peste desviaba a los

monstruos de mí. Aun así... mi difícil pasado me hacía apreciar esos momentos todavía más.

Hablamos de la carrera de mi madre como escritora. Después de años luchando por su sueño, iba a publicar su primera novela en primavera. No había ganado mucho dinero con el contrato, pero, oye, ¡una editorial le había pagado dinero por su obra! Actualmente se debatía entre la euforia y la ansiedad extrema por lo que pasaría cuando su libro viese la luz.

También hablamos del trabajo de Grover en el Consejo de Ancianos Ungulados, enviando a sátiros por el mundo a investigar las catástrofes naturales. En los últimos tiempos al consejo no le faltaban problemas con los que lidiar.

Finalmente, le conté a Grover los detalles de mi primer día en el instituto y de las tres cartas de recomendación que tenía que sacar a los dioses.

Una expresión de pánico asomó por un momento a su cara, pero la reprimió de inmediato. Se puso más derecho y se limpió un poco de arroz de la perilla.

—¡Bueno, pues haremos juntos esas misiones!

Procuré que el alivio que sentía en el fondo no se me notase demasiado.

—Grover, no tienes por qué...

—¿Estás de coña? —Sonrió a Annabeth—. ¿Una oportunidad de ir de misión, los tres solos? ¿Como en los viejos tiempos? ¡Los tres mosqueteros!

—Las Supernenas —propuso Annabeth.

—Shrek, Fiona y Asno —dije.

—Un momento —protestó Grover.

—A mí me parece bien —dijo Annabeth.

Paul alzó su vaso.

—Los monstruos no se lo esperarán. Pero tened cuidado los tres.

—Bah, no pasará nada —aseguró Grover, aunque le dio un tic en el ojo—. Además, siempre tarda en correr la voz entre los dioses. ¡Probablemente pasen semanas hasta que llegue la primera petición!

4

Me llevo a un buenorro a tomar batidos

La primera petición llegó al día siguiente.

Por lo menos esa vez yo había ido a todas las clases. Sobreviví a la de matemáticas, mantuve los ojos abiertos durante toda la de lengua, me eché una siesta en la hora de estudio (mi clase favorita) y conocí al equipo de natación en la séptima hora. El entrenador dijo que la primera clase sería el jueves. No había problema, siempre que me acordase de no respirar bajo el agua, no nadar a Mach 5 y no salir de la piscina seco. Esas cosas solían suscitar miradas de extrañeza.

No se me acercó ningún dios hasta que, después de las clases, me dirigí al encuentro de Annabeth y Grover en el Zumo Buenorro.

Estaba sentado en el metro de la línea F cuando una sombra se proyectó sobre mí.

—¿Puedo sentarme a tu lado?

Enseguida supe que estaba en apuros. Nadie habla en el metro si puede evitarlo, sobre todo con personas que no conoce. Nadie pregunta si puede sentarse a tu lado. Simplemente se apretujan en el asiento que está libre. Además, el vagón estaba casi vacío.

El chico situado delante de mí aparentaba unos veinte años. Tenía el pelo moreno rapado, unos grandes ojos castaños y la piel cobriza. Iba vestido con unos vaqueros rotos, una camiseta negra muy ceñida y varios accesorios de oro: anillos, pendientes, collar, *piercing* en la nariz y pulseras. Incluso los cordones de sus botas emitían un brillo dorado. Parecía salido de un anuncio de una

boutique de Madison Avenue: «¡Compra nuestras joyas y te parecerás a este chico!»

Olí a colonia: algo a medio camino entre el clavo y la canela. Se me pusieron los ojos llorosos.

Él dijo otra cosa.

—¿Qué? —pregunté.

Señaló el asiento de al lado.

—Ah. Pues...

—Gracias.

Se dejó caer envuelto en una nube de fragancia dulzona y echó un vistazo a los otros seis pasajeros del vagón. Chasqueó los dedos, como si llamase a un perro, y todas las personas se quedaron inmóviles. Aunque tampoco es que se notase la diferencia.

—Bueno. —Extendió sus impecables dedos sobre las rodillas y me sonrió de lado—. Percy Jackson. Qué bien.

—¿Qué dios eres?

Él hizo un mohín.

—¿Qué te hace pensar que soy un dios?

—Pura chiripa.

—Bah. Con todas las molestias que me he tomado para camuflarme. Incluso me he puesto ropa.

—Agradezco el esfuerzo. De verdad.

—Pues has echado a perder la gran revelación. Soy Ganimedes, el querido copero de Zeus, y necesito tu ayuda. ¿Qué me dices, Percy Jackson?

El tren llegó rechinando a mi parada. Annabeth y Grover estarían esperándome.

—¿Te gusta el Zumo Buenorro? —pregunté al dios.

Había tenido toda clase de encuentros con dioses, pero ésa era la primera vez que llevaba a uno a un bar de batidos. El local estaba abarrotado. Afortunadamente, Annabeth y Grover habían pillado nuestro reservado de la esquina. Annabeth me hizo un gesto con la

mano para que me acercase, pero frunció el ceño cuando vio al chico dorado que me seguía.

—Ya hemos pedido —dijo cuando nos sentamos en el reservado enfrente de ellos—. No sabía que ibas a traer a un amigo.

—¡Comanda para Grover! —dijo el camarero de la barra. Como la mayoría de los empleados del Zumo Buenorro, era gigantesco, musculoso y llevaba una camiseta de tirantes, y su sonrisa era de una blancura cegadora—. ¡Tengo un Yoguhelado Fiyi, un Marinero de Agua Salada y un Águila Dorada!

—¿Un águila?! ¿Dónde? —chilló Ganímedes, haciendo todo lo posible por esconderse debajo de la mesa.

Annabeth y Grover se cruzaron una mirada de confusión.

—Voy a por las bebidas —dijo Grover, y se acercó trotando a la barra.

—El Águila Dorada es un batido —le dijo Annabeth a Ganímedes, que seguía encorvado y temblando.

El dios se puso derecho con cautela.

—Tengo... tengo traumas sin resolver con las águilas.

—Tú debes de ser Ganímedes —aventuró Annabeth.

El dios frunció el entrecejo. Se miró la camiseta.

—¿Llevo una etiqueta con mi nombre? ¿Cómo lo has sabido?

—Bueno, estás cañón —dijo Annabeth.

Ese comentario pareció animar al dios, aunque no contribuyó a mejorar mi humor.

—Gracias —dijo.

—Y se supone que Ganímedes era el más guapo de todos los dioses —continuó Annabeth—. Junto con Afrodita, claro.

Ganímedes inclinó la cabeza como si estuviese sopesando la comparación.

—Te lo pasaré.

—Antes eras mortal —prosiguió ella—. Eras tan guapo que Zeus se convirtió en águila, te secuestró y te llevó al Olimpo.

Ganímedes se estremeció.

—Sí. Hace mucho, pero todavía duele...

Grover volvió con una bandeja de batidos.

—Te he pedido un Hidromiel Hipercargado —le dijo a Ganímedes—. Espero que te guste. ¿Qué me he perdido?

—Es un dios —le expliqué.

—Ya lo sé —asintió Grover—. Es Ganímedes.

—¿Cómo lo has...? —Ganímedes se interrumpió—. Da igual.

—Estábamos a punto de enterarnos de por qué Ganímedes ha venido a buscarme —dije.

Grover repartió los batidos. El Marinero de Agua Dulce para mí, por supuesto: un toquecito de caramelo salado con manzana y plátano. El Yoguhelado Fiyi era de Grover. El Águila Dorada correspondía a Annabeth: cúrcuma, jengibre, leche de coco y un montón de ingredientes buenos para el cerebro, como si necesitase ayuda en ese sentido.

Ganímedes removi6 pensativamente su Hidromiel Hipercargado, observando de vez en cuando el batido de Annabeth como si fuesen a salirle garras y fuese a llevárselo al cielo.

—Vi tu anuncio en el tablón —empezó a decir—. Me pareció demasiado bonito para ser verdad.

—¿Gracias?

—¿Y la única recompensa que tengo que darte es redactarte una carta de recomendación?

Me mordí la lengua para no hacer varios comentarios. «Se agradecen las propinas. En realidad, hemos subido los precios.»

—Ése es el trato. ¿Y qué tengo que hacer yo?

—Nosotros —lo corrigieron Annabeth y Grover al unísono.

Ganímedes hizo chirriar la pajita contra la tapa del batido. No soportaba ese sonido.

—Tengo que asegurarme de que el asunto se trata con absoluta discreción —dijo, bajando la voz y mirando a su alrededor con nerviosismo, aunque ninguno de los clientes nos prestaba atención—. No se lo podéis contar a nadie. ¿Entendido?

—La discreción es nuestra especialidad —contestó Grover, que

una vez se había lanzado en picado contra Medusa, a ciegas, sobre unos zapatos voladores mientras gritaba hasta desgañitarse.

Ganímedes se puso un poco más derecho.

—¿Qué sabéis de mis responsabilidades en el monte Olimpo?

—Eres el copero de los dioses —respondió Annabeth.

—Debe de ser un buen trabajo —dijo Grover con aire soñador—. Inmortalidad, poder divino, ¿y sólo tienes que servir bebidas?

Ganímedes frunció el ceño.

—Es un trabajo horrible.

—Sí, debe de ser horrible. —Grover asintió con la cabeza—. Tanto... escanciar copas.

—Los banquetes eran una cosa —dijo Ganímedes—. Pero ahora el noventa por ciento de mis pedidos son entregas. Ares quiere que le lleve su néctar al campo de batalla. Afrodita quiere que le lleve su bebida favorita con extra de hielo picado y dos guindas al marasquino a una sauna de Helsinki en quince minutos o menos. Hefesto... No me hagáis hablar de Hefesto. Esta economía bajo demanda está acabando conmigo.

—Vale —dije—. ¿En qué puedo ayudarte?

Temí que me subcontratase para su negocio de repartos y acabase llevando copas por todo el mundo.

—El símbolo más importante de mi cargo... —dijo Ganímedes—. ¿Adivinas qué es?

Supuse que era una pregunta engañosa.

—Como eres el copero de los dioses, imagino que... ¿una copa?

—¡No una copa cualquiera! —gritó Ganímedes—. ¡El cáliz de los dioses! ¡El vaso del sabor supremo! ¡La única taza digna del mismísimo Zeus! Y ahora...

—Oh —dijo Annabeth—. Ha desaparecido, ¿verdad?

—No ha desaparecido —aclaró Ganímedes—. Me la han robado.

5

Todo el mundo odia a Ganímedes porque es guapísimo

Ganímedes se tapó la cara con las manos y se echó a llorar.

Miré a Annabeth y a Grover, que parecían tener tan poca idea como yo de cómo consolar a un dios afligido. Le di unas palmaditas en el hombro.

—Tranquilo, tranquilo.

Eso no pareció ayudarle.

Uno de los empleados del establecimiento se acercó, y su sonrisa se vino abajo.

—¿No está bueno el batido, señor? Puedo prepararle otra cosa.

—No. —Ganímedes se sorbió la nariz—. Es que... —Señaló débilmente nuestras bebidas elaboradas con zumo—. No soporto ver tantas copas. Es demasiado pronto. Demasiado pronto.

El empleado flexionó nervioso los pectorales y se retiró a toda prisa.

—Los chavales del Campamento Mestizo hacen unas manualidades estupendas, ¿sabes? —dijo Grover—. Seguro que pueden hacerte una copa nueva.

El dios negó con la cabeza.

—No sería lo mismo.

—Podrías plantearte usar copas de un solo uso hechas con material reciclable.

—Grover —lo reprendió Annabeth—. Quiere su copa especial.

—Sólo digo que las copas de un solo uso podrían ser más higiénicas. ¿Todos esos dioses bebiendo del mismo vaso...?

—Has dicho que te la han robado —lo interrumpí—. ¿Sabes quién

se la ha llevado?

Ganímedes frunció el entrecejo. Por primera vez vi que en sus ojos refulgía la ira divina; señal de que era algo más que una cara bonita y brillibrilli a tutiplén.

—Tengo algunas ideas —dijo—. Pero antes debéis prometerme que esto seguirá teniendo carácter confidencial. La copa hace que las bebidas sepan bien a los dioses. Pero si un mortal se hiciera con ella... un solo sorbo le concedería la inmortalidad.

De repente, el Marinero de Agua Salada dejó de tener un sabor tan especial. Primero pensé en toda la gente corriente que podía encontrar la copa, beber un trago y volverse inmortal. La señora de mirada torva que servía palitos de pescado en la cafetería del IEA. El tío que me gritaba que comprase helado cada vez que pasaba por delante de su puesto de Don Dulce Feliz en la Primera Avenida. El bróker de Wall Street que siempre se colaba en la fila de la cafetería y se creía que todas las comandas eran suyas.

Según mi experiencia, lo último que necesitaba el mundo eran más dioses.

Lo segundo que pensé fue por qué los dioses pierden continuamente sus artículos mágicos. Era como un requisito laboral para ellos: 1) conviértete en dios, 2) pilla un objeto mágico molón, 3) piérdelo, 4) pídele a un semidiós que lo encuentre. Quizá simplemente disfrutaban haciéndolo, del mismo modo que a los gatos les gusta tirar cosas de las mesas.

Lo siguiente que pensé:

—Si tan poderoso es el cáliz, ¿por qué confías en que nosotros te lo devolveremos?

Ganímedes me miró fijamente.

—¡No me fiaba de nadie más! Tú renunciaste a la inmortalidad en una ocasión, Percy Jackson.

Lo dijo como si yo hubiese hecho algo inexplicable, como pedir arándanos en una pizza. (Aunque pensándolo bien... esa combinación podía saber bien.)

Y sí, renuncié a la inmortalidad en una ocasión. Zeus me ofreció

ser un dios menor después de salvar el monte Olimpo de los titanes hace unos años (pueden aplicarse determinadas normas y restricciones). Pero en lugar de eso opté por el cambio sistémico. Les pedí a los dioses que dejaran de ningunear a sus hijos semidioses.

Resulta que hay otro aspecto en el que los dioses se parecen a los gatos. No se les da muy bien aprender trucos nuevos.

—De acuerdo —dije—. Totalmente confidencial.

—¿Y éstos?

Ganímedes señaló a Grover y a Annabeth.

—Éstos saben guardar un secreto —dije—. Puedes fiarte de ellos tanto como de mí.

Cosa que, ahora que lo pienso, está abierta a interpretaciones, pero Ganímedes relajó los hombros. Se enjugó las lágrimas con sus dedos ensortijados.

—Está bien —concedió—. Sospecho que alguien en el Olimpo intenta avergonzarme y hacerme quedar mal delante de Zeus. Si descubre que he perdido la copa... —El dios se estremeció—. No. Tengo que recuperarla.

—¿Tienes enemigos? —pregunté.

Me costaba imaginar cómo el camarero de los dioses podía hacer cabrear a la gente.

—Oh, sí —contestó Ganímedes—. Hera, en primer lugar. Me odia desde el día que Zeus me secuestró y me llevó al Olimpo. Zeus siempre estaba piroleándome: lo guapo que era, lo mucho que embellecía el palacio... Yo no tengo la culpa de tener unas piernas más bonitas que ella.

Annabeth mudó su expresión.

—Esperemos que no sea Hera.

—No... —Ganímedes empezó a beber su batido—. Probablemente no. Lo consideraría indigno de ella.

Yo no estaba tan seguro de eso. Si arruinarme la vida no era demasiado ruin para la reina de los dioses, no pensaba descartar que fuese capaz de robar recipientes de bebidas.

—Pero hay más —continuó Ganimedes—. En realidad, en el Olimpo todos me odian porque soy un recién llegado, un advenedizo convertido en inmortal. ¡Me llaman cazafortunas! ¿Te lo puedes creer?

Procuré no mirar los diez kilos de oro que llevaba encima.

—¿Sospechas de alguien más en concreto?

Él echó un vistazo al local, como si uno de los buenorros pudiese ser un espía. Nos indicó con la mano que nos acercásemos.

—Antes de que yo fuera el copero —dijo—, dos diosas ocuparon mi puesto. Primero, Hebe. Y luego, Iris.

A Iris, la diosa mensajera, la había conocido. Todos los semidioses recurren a ella de tanto en tanto para mandar mensajes a través del arcoíris —nuestra versión de las videollamadas—, pero también recordaba haber visitado su tienda de comida sana y ecológica en California. La experiencia me dejó un tufo a pachuli en los senos nasales que tardó semanas en irse.

Grover sorbió su Yoguhelado Fiyi.

—Iris se ve bastante legal para robar cálices.

—Tal vez. —Ganimedes frunció el ceño—. Pero Hebe...

A ella no la conocía. Tenía una cabaña en el campamento —una de las más recientes—, pero nunca me había salido en el cartón de bingo de las misiones.

—La diosa de la juventud —dijo Annabeth, al reparar en que yo parecía bastante perdido—. Pero eres eternamente joven y hermoso, Ganimedes. ¿Por qué querría ella avergonzarte?

—Oh, no la conoces —repuso Ganimedes—. Al principio, cada vez que yo servía bebidas en la mesa de un banquete, murmuraba: «Derrámalo, derrámalo» cuando pasaba por delante. Es muy inmadura.

Grover se encogió de hombros.

—Bueno, si es la diosa de la juventud...

—¡Eso no es excusa! ¡Necesita madurar! —dijo el veinteañero con tres mil años.

—Vale —asentí—. ¿Tienes alguna prueba de que ella te la ha

quitado?

—¿Prueba? —Él se rió—. Para eso te necesito a ti. ¿No buscáis los héroes huellas dactilares, analizáis muestras de ADN, esas cosas?

—Seguramente estás pensando en *CSI*. Pero está bien, empezaremos por Hebe. Luego investigaremos a Iris.

—De acuerdo. —Ganímedes dio un sorbo a su batido—. Mmm. No está mal. Cuando me despidan y vuelva a ser mortal, podría trabajar aquí.

—Serías un buenorro estupendo —reconoció Annabeth—. ¿Cuánto hace que desapareció tu cáliz?

Ganímedes se detuvo a pensar.

—¿Un siglo?

—¿Un siglo?! —pregunté.

—¿O una semana? —Ganímedes se pellizcó la nariz—. Siempre confundo esos periodos. No mucho, en todo caso. De momento, he podido trampear con los pedidos. Con esos encargos, los dioses esperan vasos para llevar. Pero si no recupero el cáliz antes del próximo banquete, todo el mundo se enterará. ¡Será una humillación!

—¿Cuándo es el próximo banquete? —inquirió Grover. (A Grover le gustan los banquetes.)

—¡No lo sé! —gritó Ganímedes—. ¡Zeus es impredecible! Podría programar uno para dentro de veinte años. O podría ser mañana. ¡El caso es que necesito recuperar esa copa antes de que corra la voz!

Se inclinó hacia delante con expresión seria.

—Interrogad a esas diosas. Mirad a ver qué saben. Pero no las ofendáis. Y no digáis que os mando yo. Y que no se os escape que me han robado la copa.

—Eso hará difícil interrogarlas —dijo Annabeth—. ¿Alguna idea de dónde andan esas diosas?

Me estaba mentalizando para que contestase que en el Polo Norte o en Mongolia Exterior. Si tenía que pedir un permiso para ir de misión a la otra punta del mundo, las cartas de recomendación para la universidad darían igual. No me graduaría.

—No se alejan del monte Olimpo —dijo para gran alivio mío—. Me refiero a Manhattan. Deben de estar por aquí. —Hizo un gesto vago con la mano, como si todo Manhattan no pudiese ser muy difícil de registrar—. ¡Haz esto por mí, Percy Jackson, y te escribiré una carta!

No parecía una gran recompensa. Claro que normalmente los dioses pedían cosas y no prometían nada a cambio. Como el chaval malcriado de *El árbol generoso*.

(Hablando del tema, nunca le regales ese libro a un sátiro por su cumpleaños pensando que le gustará porque trata de un árbol. Ese sátiro llorará y luego te pegará. Hablo por experiencia.)

—¿La carta de recomendación será positiva? —pregunté—. ¿Y la firmarás?

Ganímedes frunció el ceño.

—¡No es fácil negociar contigo, pero está bien! ¡Y ahora, largaos de aquí antes de mi perdición!

Desapareció en medio de una reluciente nube de polvo. Como siempre ocurre con los sucesos mágicos, los mortales que nos rodeaban no parecieron percatarse de nada. O tal vez simplemente pensaron que Ganímedes había dado con el batido perfecto y había tenido una iluminación.

—Bueno. —Bebí un sorbo de Marinero de Agua Salada y busqué la más mínima señal de arrepentimiento en las caras de mis compañeros—. Será divertido. ¿Alguna idea de por dónde empezar?

—Por desgracia, sí —dijo Grover—. Pero déjame terminar el batido primero. Vamos a necesitar todas nuestras fuerzas.

6

Por el regaliz

Te propongo un reto: intenta asistir a una jornada entera de clases (de hecho, ése podría ser el reto), y después vete de misión a buscar a una diosa sabiendo que cuando vuelvas a casa, si es que vuelves, todavía te quedarán por hacer un par de horas de deberes de matemáticas y ciencias.

Mientras nos dirigíamos al centro, sentía un escozor en el ánimo como si me hubiesen echado sal en una herida, y no tenía nada que ver con el Marinero de Agua Salada que me había tomado.

Grover nos llevó directos a Time Square: la parte más ruidosa, más abarrotada y más plagada de turistas de Manhattan. Yo intentaba evitar Times Square lo máximo posible, aunque por supuesto siempre acababa absorbido por el lugar, normalmente para luchar contra un monstruo, hablar con un dios o quedar colgado de un cartel en bóxers. (Una larga historia.)

Grover se detuvo frente a un escaparate ante el que yo habría pasado de largo. Todas las ventanas estaban cubiertas de papel de aluminio a lo largo de media manzana. Eso suele significar que el negocio ha quebrado o que es superturbio. Entonces alcé la vista al enorme letrero electrónico situado encima de la entrada. Es posible que haya pasado por delante una docena de veces y no me haya fijado nunca en él. En Times Square, todas las pantallas gigantes se acaban mezclando.

—No puede ser —dije.

Annabeth movió la cabeza con incredulidad.

—¿De verdad ha llamado a su tienda Hebe Jeebies?

—Me temo que sí —contestó Grover suspirando.

—¿Cómo conocías este sitio? —pregunté.

Él se sonrojó.

—Venden un regaliz muy rico. ¡Es imposible pasar por delante sin olerlo!

No veía nada a través de las ventanas. Desde luego no olía nada. Claro que yo no tengo el olfato de un sátiro para el regaliz. Es como la hierba de los gatos para los hombres cabra.

—Entonces, ¿es una tienda de golosinas? —preguntó Annabeth.

—No, más bien... —Grover ladeó la cabeza—. Es más fácil que os lo enseñe.

No estaba seguro de que entrar en la guarida de una diosa fuese la mejor idea, pero Grover cruzó las puertas, y lo seguimos. Por el regaliz, supongo.

Por dentro... Imagínate que los centros de ocio más horteras de los noventa se juntasen y tuviesen un hijo. Eso era Hebe Jeebies.

Hileras de máquinas de Skee-Ball aguardaban listas para la acción. Una docena de plataformas de *Dance Dance Revolution* brillaban y parpadeaban invitándonos a mover el esqueleto. El almacén tenuemente iluminado estaba lleno de pasillos con todas las máquinas recreativas de las que había oído hablar en mi vida, y montones de las que no sabía nada, un hecho que convertía el local entero en un laberinto brillante. (Y «laberinto» es una palabra que no uso nunca a la ligera.)

A lo lejos vi un apartado de golosinas con dispensadores de autoservicio y enormes recipientes de dulces de colores intensos. Al otro lado del almacén había una cafetería con mesas de pícnic y un escenario donde unas iguanas robóticas tocaban instrumentos musicales.

Había una piscina de bolas del tamaño de una casa, una estructura para escalar que parecía un hábitat gigante para hámsteres, una pista de coches de choque y un puesto para canjear tíquets con animales de peluche descomunales como premios.

Todo el establecimiento olía a pizza, *pretzels* y producto de limpieza industrial. Y estaba atestado de familias.

—Ya lo pillo —dijo Annabeth, temblando—. En inglés *heebie-jeebies* significa «escalofríos», que es lo que me da este sitio.

—He estado aquí unas cuantas veces. —La expresión de Grover era una combinación de inquietud y hambre... que, pensándolo bien, era su expresión habitual—. Nunca he encontrado la otra parte del local.

Miré a los alegres niños que correteaban distraídos y a los padres que se veían igual de entusiasmados de poder divertirse con juegos que seguramente recordaban de la infancia.

—Vale —dije, retrocediendo poco a poco hacia la puerta principal—. Este sitio me recuerda mucho el Casino Loto... un Casino Loto de pacotilla, pero aun así...

No hizo falta que explicase a qué me refería. Hacía años nos habíamos quedado atrapados en un casino de Las Vegas que ofrecía mil motivos para no salir jamás. Habíamos escapado por los pelos.

—No es una trampa —dijo Grover—. Por lo menos nunca he tenido problemas para salir. Estas familias... van y vienen. No parece que estén atrapadas en el tiempo.

Tenía razón. No veía a nadie con pantalones de campana o cortes de pelo de los cincuenta, y eso era buena señal. Una familia pasó junto a nosotros con los brazos llenos de animales de peluche y salió del edificio sin ningún problema.

—Entonces, ¿dónde está el truco? —preguntó Annabeth—. Siempre hay un truco.

Asentí con la cabeza. No había entrado en ningún establecimiento regentado por un dios griego, un monstruo u otro ser inmortal que no tuviese un lado negativo. Cuanto más interesante parecía el lugar, más peligroso era.

—No lo sé —reconoció Grover—. Suelo comprar sólo regaliz y me voy. No llamo la atención.

Me miró con el ceño fruncido, como si le preocupase que yo fuera a hacer algo llamativo, como incendiar el local. Sinceramente, me dolió. Que se me conozca por haber incendiado edificios, volado cosas por los aires y desencadenado desastres apocalípticos

adondequiera que voy... no quiere decir que sea un irresponsable absoluto.

—¿Y estás seguro de que Hebe está aquí? —inquirí.

—No, pero... —Grover movió los hombros—. ¿Sabes esa sensación que tienes cuando hay un dios cerca y no lo ves, pero te da la impresión de que tienes un enjambre de escarabajos peloteros en la nuca?

—No exactamente... —dije.

—Además —terció Annabeth—, que sean escarabajos peloteros es un detalle un poco raro.

Grover se sacudió los bichos metafóricos de la nuca.

—El caso es que ahora tengo esa sensación. Podríamos preguntarle a algún empleado si Hebe anda por aquí. Si es que encontramos a alguien.

Pasamos al salón recreativo. Yo no apartaba la mano del costado, lista para desenvainar a Contracorriente, mi boli-espada, aunque no parecía que hubiese muchos oponentes con los que luchar salvo niños de primaria y enemigos de máquinas recreativas. Casi esperaba que el grupo de iguanas robóticas nos atacase con unas bayonetas con forma de banjo, pero siguieron tocando su repertorio programado.

—Oh, dioses míos —dijo Annabeth—. Juegos de construcción. No juego desde...

Pareció que dejaba vagar el pensamiento. Llevaba en el Campamento Mestizo desde que tenía siete años, de modo que debía de estar evocando un recuerdo muy lejano. Encontré lógico que le gustase un juego en el que había que colocar un bloque encima de otro. Le apasionaban la construcción y la arquitectura.

A medida que nos acercábamos al apartado de las golosinas, noté una punzada en el abdomen. No porque tuviese hambre, sino porque el olor me recordó mucho el antiguo lugar de trabajo de mi madre, Sweet on America. Me encantaba ir allí en verano y ver cómo ayudaba a los niños a elegir dulces. Supongo que era un trabajo bastante duro, y no le pagaban mucho, pero ella siempre hacía

sonreír a la gente. Siempre se iban contentos, con la mezcla perfecta de chucherías, cosa que me hacía ver a mi madre como una especie de superheroína.

Claro que seguía siendo para mí una superheroína por muchos motivos. Pero cuando tienes siete u ocho años, que tu madre trabaje en un puesto de golosinas es lo más guay del mundo. Solía traerme muestras gratuitas cuando volvía a casa, y en el sitio en el que estábamos ahora tenían todos mis dulces favoritos de entonces: caramelos masticables de arándano, espaguetis picantes azules, otros que también eran azules... en fin, de todo. Es increíble que la lengua no se me haya teñido permanentemente de color violeta.

Grover olfateó las hileras de regalices, disponibles en tantos colores que me recordaron el colgador de corbatas de Paul. (A Paul le encanta llevar corbatas estrafalarias a clase. Dice que mantienen despiertos a sus alumnos.)

Un grupo de adultos pasó por delante de nosotros, risueños y llorosos, rememorando sus chucherías y juegos favoritos del pasado.

—Es una trampa de la nostalgia —comprendí—. En este sitio le venden a la gente su infancia.

Annabeth asintió con la cabeza. Su mirada se paseó por el centro de ocio como si buscara golosinas.

—Tiene sentido, pero la nostalgia se vende en muchos negocios. No es necesariamente algo malo...

Pasó una empleada ataviada con un polo azul intenso de Hebe Jeebies y un pantalón corto a juego, trajinando con una rueda de tíquets de premios.

—Disculpe, señorita.

Annabeth le tocó el brazo, y la empleada se sobresaltó.

—¿Qué? —le espetó.

Me di cuenta de que no era más que una cría. Tenía el pelo moreno áspero recogido con unos pasadores rosa, una cara mohína de niña y una tarjeta de identificación en la que ponía: SPARKY, ENCARGADA. No debía de tener más de nueve años.

—Perdona. —Sparky respiró hondo—. La máquina de fichas se ha

vuelto a estropear, y tengo que llevar estos tíquets a... En fin, ¿en qué puedo ayudarte?

Me pregunté si los negocios mágicos de los dioses estaban sujetos a las leyes contra la explotación infantil. De ser así, parecía que la diosa de la juventud no creía en ellas.

—Estamos buscando a Hebe —anuncié.

—Si es para un reembolso por una máquina defectuosa...

—No es por eso —dije.

—O porque la pizza tiene moho...

—Tampoco. Por cierto, qué asco.

—Depende del moho —murmuró Grover.

—Necesitamos hablar con la diosa responsable del negocio —intervino Annabeth—. Es bastante urgente.

Sparky frunció el entrecejo y acto seguido cedió.

—Seguid hasta pasado el acantilado y girad a la izquierda cuando lleguéis al gallinero.

—¿Acantilado? —pregunté.

—¿Gallinero? —inquirió Grover.

—Estará en el karaoke. —Sparky arrugó la nariz como si se tratase de una desagradable realidad—. No os preocupéis. Lo oiréis.

Se marchó a toda prisa con su rueda de tíquets.

Miré a Annabeth y a Grover.

—¿De verdad vamos a buscar un karaoke... a propósito?

—Puedes cantar *Shallow* a dúo conmigo —propuso Annabeth.

—No te conviene —le aseguré.

—No sé. —Ella me pellizcó suavemente el brazo—. Podría ser romántico.

—Yo voy a seguir andando —dijo Grover.

Que sin duda fue la decisión más sabia.

Encontramos el acantilado: un muro de roca falsa con una altura de dos pisos desde el que podías tirarte a una piscina de agua sospechosamente turbia. Una pareja de niños se divertían allí en bucle: se zambullían, salían y volvían corriendo a lo alto, mientras

sus padres permanecían cerca, absortos en una partida de *Space Invaders*.

Soy hijo de Poseidón, pero por mucho que me hubieses pagado, no me habría tirado en esa piscina. ¿Una masa de agua estancada en la que han estado jugando niños pequeños? No, gracias. Aun así, tomé nota de dónde estaba la piscina, por si necesitaba H₂O para lanzarme.

Soy un chico con habilidades limitadas. Si no puedo recurrir al agua, a una espada o al sarcasmo, estoy básicamente indefenso. Llevo el sarcasmo preinstalado. Tengo el boli-espada siempre en el bolsillo. Ahora tenía agua a mi alcance, de modo que estaba todo lo preparado que podía estar.

Dejamos atrás el gallinero... que pensaba que sería el sobrenombre de un espacio para actividades privadas o algo parecido, como un sitio en el que se celebraban despedidas de soltera. Pero no. Era un gallinero de verdad. Justo en medio del salón recreativo había una choza roja sobre unos soportes, rodeada de una valla de tela metálica. En el suelo una docena aproximada de pequeñas gallinas amarillas picoteaban comida, cacareaban y, en general, se comportaban como gallinas.

—¿Por qué? —pregunté.

—Es el animal sagrado de Hebe —dijo Annabeth—. A lo mejor deberíamos avanzar.

No le llevé la contraria. Las gallinas nos miraban con sus ojos negros pequeños y brillantes como si pensasen: «Colegas, si todavía fuéramos dinosaurios, os despellejaríamos vivos.»

Al final, encontramos el karaoke. Estaba separado del resto del centro de ocio por unas puertas correderas de caoba, pero eso no impedía que la música saliese. En el interior, media docena de mesas se hallaban orientadas hacia un pequeño y triste escenario, donde un grupo de gente mayor cantaba a voz en cuello una canción que sonaba vagamente a música de Woodstock. Las luces del escenario parpadeaban y tenían un enfermizo color amarillo. El sistema de sonido crepitaba.

Eso no parecía molestar a los puretas, que, con sus calvas relucientes, se abrazaban y agitaban sus bastones mientras berreaban sobre la paz y el sol.

—¿Podemos irnos ya? —preguntó Grover.

Annabeth señaló un reservado situado contra la pared del fondo.

—Mira allí.

Sentada en el reservado, taconeando al ritmo de la música, se hallaba una chica más o menos de mi edad. Al menos, eso parecía. Pero me di cuenta de que era una diosa porque los inmortales siempre se hacen demasiado impecables cuando se muestran en forma humana: cutis perfecto, cabello siempre a punto para una sesión de fotos, ropa muy pulcra y colorida para los simples mortales. La chica del reservado llevaba un minivestido de color rosa y turquesa con unas botas de gogó, pero conseguía que resultase moderno y que no pareciese un vestido retro de Halloween. Tenía el pelo cardado como un remolino. Pensé que había adoptado una moda que recordase a los puretas su infancia.

Nos acercamos al reservado.

—¿Señora Hebe? —pregunté.

Supuse que era la manera más segura de dirigirme a ella. Me imaginé que no se apellidaba Jeebies.

La diosa levantó el dedo para hacerme callar, con la mirada fija en los cantantes de la tercera edad.

—¿No te parecen felices? ¡Otra vez jovencísimos!

Los puretas no parecían felices. No sabía si jóvenes, pero tal vez «joven» significaba algo distinto en su época.

—Ejem, sí —dije—. Nos preguntábamos...

—Sentaos, por favor.

La diosa agitó la mano, y tres sillas aparecieron en el exterior del reservado.

Entonces Hebe lanzó la amenaza más aterradora que le había oído a un dios:

—Pediré pizza y hablaremos mientras los abuelos cantan canciones protesta.

7

Sorpresón: ofendo a una diosa

Fue la pizza la que me afectó.

No me refiero a una intoxicación alimentaria. Me refiero a la nostalgia.

La porción de queso parecía un triángulo de vinilo derretido, decorada con tres tristes partículas de albahaca y servida en un plato de cartón reblandecido de grasa. No tenía la menor intención de comérmela —después del comentario de Sparky sobre el moho—, pero el olor me retrotrajo directamente a tercero.

Los miércoles eran días de pizza. Recordaba el olor a queso quemado en la cafetería del sótano, las sillas de plástico verde agrietadas, las conversaciones febriles que mantenía con mis amigos sobre cromos, el profesor de historia que nos vigilaba a la hora de la comida, el señor Christ. (No es broma, se apellidaba así de verdad. Nos daba miedo preguntarle cómo se llamaba.)

Mirando ahora (y oliendo) la pizza de plástico reluciente de Hebe Jeebies, me sentí otra vez con ocho años.

—Hala —dije.

Hebe sonrió como si supiese exactamente lo que estaba pensando.

—Maravilloso, ¿verdad? Sentirse joven de nuevo.

Vale, puede que no supiese exactamente lo que estaba pensando. Estar en tercero no había sido maravilloso para mí. Tampoco la pizza. Pero seguía siendo excitante retroceder en el tiempo sólo con percibir un olor.

Grover le hincó el diente y devoró su porción de pizza, el plato de cartón y mi servilleta. Yo había aprendido a mantener las manos

fuera de su alcance cuando estaba en modo pastoreo, o podría haberme mordido los dedos.

Annabeth siguió centrada en los puretas del karaoke. Ahora cantaban a grito pelado una canción triste y lenta que trataba de adónde habían ido a parar todas las flores. Me dieron ganas de gritar: «No lo sé. ¿Por qué no salís a buscarlas?»

—Qué generación más fabulosa —dijo Hebe, admirando a los cantantes de la tercera edad—. Incluso ahora se niegan a aceptar la vejez. —Se volvió hacia mí—. Y tú, Percy Jackson, supongo que has venido a pedirme un favor. ¿Tal vez empiezas a arrepentirte de haber renunciado a la inmortalidad?

«Ya estamos», pensé.

Cada vez que los dioses sacaban a colación que yo había rechazado la oferta de Zeus, lo trataban como una señal de estupidez... o peor, como un insulto a la divinidad. No se me había ocurrido la forma adecuada de explicárselo. Como, por ejemplo, si todos os comprometieseis a reconocer a vuestros hijos semidioses antes, para que así vuestros niños no se pasasen la vida entera sin saber quiénes son o de dónde vienen, todos saldríamos ganando.

Debía de parecer que estaba a punto de echar mano del sarcasmo porque Annabeth intervino.

—Él tomó la decisión más desinteresada —dijo—. Gracias a ello, sus hijos han conseguido su propia cabaña en el Campamento Mestizo. Por fin usted ha recibido el respeto que merece.

Hebe entornó los ojos.

—Tal vez. Aun así, ¿renunciar a la juventud eterna, Percy Jackson? Es imposible que quieras envejecer. ¿No entiendes lo terrible que será?

No parecía que la pregunta tuviese una respuesta acertada.

Sinceramente, me había pasado casi toda la vida deseando ser mayor para poder ir a la universidad y escapar de los años en los que los monstruos intentaban matarme un día sí y otro no.

Sin embargo, no quería contradecir a la diosa, de modo que intenté contestar con cuidado.

—Supongo que envejecer forma parte de la vida...

—¡Esta pizza está buenísima! —me interrumpió Grover, supongo que tratando de salvarme de ser fulminado por la diosa—. Y la música... —Miró a los puretas con el ceño fruncido—. Un momento... ¿Están rejuveneciendo de verdad?

Tenía razón. Los cambios eran sutiles, pero parecía que ya no tenían el pelo tan canoso. Sus posturas eran más erguidas. Sus voces sonaban más seguras, aunque aun así espantosas.

—Vienen aquí a recordar los viejos tiempos. —Hebe señaló a su alrededor—. La nostalgia es la puerta para volver a ser joven. Yo sólo les enseño a abrirla.

Un escalofrío me recorrió los hombros. Lo último que el mundo necesitaba era que los puretas envejeciesen al revés, como si dijese: «¡Nos lo pasamos tan bien monopolizando el planeta la primera vez que vamos a repetirlo!»

—Es... un detalle por su parte —probó a decir Grover.

Sin embargo, por el ligero temblor de su voz, advertí que ya no le gustaba ese sitio, por muy rico que estuviese el regaliz.

Hebe cruzó las botas de gogó a la altura de los tobillos. Puso los brazos sobre el respaldo del reservado. Con su expresión de suficiencia, me recordaba más a un capo de la mafia que a una adolescente de los sesenta.

—¿Por eso estáis aquí, entonces? —preguntó—. ¿Queréis saber el secreto de la juventud? Me imagino que ninguno de vosotros ha tenido una infancia real, ¿verdad? Siempre haciendo recados para los dioses, huyendo de monstruos, comportándoos como adultos.

Su expresión se avinagró, como si esa palabra le disgustase.

—Nuestro torneo de *skee-ball* suele quitar un año o dos —continuó—. O podéis canjear tíquets por varios elixires en el puesto de los premios. Os aviso que si buscáis algo extremo, no convierto a nadie en bebé. No hacen más que llorar, hacer caca y vomitar. La verdadera magia de la infancia empieza más o menos a los ocho años.

Annabeth se movió en su asiento.

—No había niños pequeños en el salón recreativo. Nadie con menos de ocho años. La encargada, Sparky...

—Se queda en el salón recreativo principal —concluyó Hebe—. Yo siempre soy la persona más joven de la sala, aunque sólo sea por unos meses. No soporto que alguien sea más joven que yo. —Restó importancia a la idea desterrándola de su presencia—. Prefiero la adolescencia.

—Por eso pasa el rato en un karaoke —dijo—. Tiene sentido.

Ella asintió con la cabeza. Tomé nota mental de que no debía enfrentarme a ella con sarcasmo. Estaba claro que era inmune.

—Y ahora —dijo—, si me decís cuánto queréis rejuvenecer, os diré cuánto os costará.

—No —repuse.

De repente, el aire se enfrió a nuestro alrededor y se volvió más pringoso que la pizza.

—¿No? —preguntó la diosa.

—No estamos aquí por eso.

La expresión de Hebe pasó de la suficiencia a la «cara de diosa en reposo», y eso no era bueno.

—Entonces, ¿por qué me hacéis perder mi infinito tiempo? —quiso saber.

—Estamos buscando información —respondió Annabeth.

—Sobre los dioses —intervino Grover—. Un dios. Hipotéticamente. No sé... ¿Ganímedes, por ejemplo?

Estuve tentado de meterle a Grover un dispensador de servilletas por la boca, pero era ya demasiado tarde.

Hebe se inclinó hacia delante. Tenía las uñas pintadas de amarillo fluorescente.

—¿Por qué preguntas por él?

Los puretas terminaron la canción. Después de chocarse los cinco unas cuantas veces, volvieron a poner los micros en su sitio y bajaron del escenario arrastrando los pies para regresar al salón recreativo. Su clásico don de la oportunidad: se lo pasan pipa y luego se largan justo antes de que todo se tuerza.

Grover se retorció bajo la mirada de la diosa. Tenía una tira de servilleta de papel pegada a la perilla como un fantasma diminuto.

—Estamos llevando a cabo una breve encuesta de opinión...

—Él os ha mandado aquí —dedujo la diosa. Cuanto más tiempo pasaba sentada con nosotros, más joven parecía. Si la hubiese visto en el IEA, la habría confundido con una alumna de segundo año o incluso de primero: una alumna de primero muy pintoresca y vengativa—. Dime, ¿por qué haría eso Ganímedes?

Annabeth levantó las manos tratando de mostrar nuestras intenciones pacíficas.

—No es que nos haya mandado...

—Últimamente se le ha visto nervioso —reflexionó Hebe—. Pero él no mandaría a un grupo de héroes a menos que... —Sonrió—. A menos que haya perdido algo. Oh, no puede ser verdad. ¿Ha perdido el cáliz de los dioses?

Rió con tal regocijo que empecé a relajarme. Si eso le parecía gracioso, tal vez fuese positivo. Me gustaban mucho más las diosas contentas que las cabreadas.

Me encogí de hombros.

—Bueno, no podemos confirmar ni negar...

—¡Qué maravilla! —Le dio la risa tonta—. ¡Esa bruja advenediza se ha metido en un buen lío! Y os ha mandado a interrogarme porque... —El humor desapareció de su rostro—. Oh, ya veo.

—Sólo queremos un poco de información básica —dije a toda prisa—. Como quién podría tener motivos para, ejem...

—Robar el cáliz —concluyó ella.

Annabeth negó con la cabeza.

—No estamos insinuando...

—¡Creéis que lo he robado yo! ¡Habéis venido a acusarme!

—¡No exactamente! —chilló Grover—. Yo... ¡yo he venido por el regaliz!

Hebe se levantó. Su vestido se arremolinó emitiendo una luz de cachemir rosa y azul.

—¡Unos héroes acusándome de robo! ¡Lo único que he robado es

tiempo a las Moiras para que los mortales puedan disfrutar de vidas más largas! ¡Me trae sin cuidado la... copa de ese usurpador! ¿Creéis que querría recuperar mi antiguo trabajo sirviendo mesas en el monte Olimpo cuando aquí tengo mi propio local con toda la pizza, el karaoke y los coches de choque que pueda desear?

Parecía otra pregunta engañosa. Cometí la estupidez de intentar responderla.

—Tiene razón —dije—. Por supuesto que es ridículo. Pero a lo mejor conoce a otra persona que pueda haberla robado. Si nos dejara echar un vistazo para que pudiéramos informar de que definitivamente no está aquí...

—¡BASTA! —rugió Hebe. Abrió las manos—. ¿Qué has dicho antes, Percy Jackson? ¿«Envejecer forma parte de la vida»? Pues tal vez debas empezar de nuevo. ¡Tal vez en esta ocasión lo hagas bien y aprendas modales!

La diosa estalló en una tormenta de purpurina multicolor que me derribó de la silla.

8

Quiero a mi mami

Si la nostalgia era la puerta para volver a ser joven, me sentía como si Hebe hubiese abierto esa puerta y me hubiese metido en ella de una patada.

Me dolía todo el cuerpo. Tenía molestias en músculos de la barriga y la espalda que yo ni siquiera sabía que existían. Parecía que me fuese a explotar el cerebro como si fuese demasiado grande para mi cráneo.

Me quedé tumbado en el suelo, con la alfombra pegajosa y áspera al contacto con los brazos. Cuando me incorporé, me sentí pesado y al mismo tiempo demasiado ligero, como si alguien me hubiese hecho una transfusión de helio líquido. Tumbada a mi izquierda, Annabeth empezaba a despertarse. Grover estaba boca abajo a escasa distancia, roncando contra la alfombra.

Estábamos vivos. No nos habíamos convertido en purpurina ni en tíquets de salón recreativo. Hebe se había esfumado. Pero algo no iba bien. Mis manos parecían achatadas. Las perneras del pantalón eran demasiado largas. Los bajos se me amontonaban alrededor de los tobillos.

No comprendí lo que había pasado hasta que Annabeth gimió y se incorporó. Ella también estaba envuelta en ropa demasiado grande. Su cara... reconocería la cara de Annabeth en cualquier parte. Adoro su cara. Pero ésa era una versión de ella que no había visto nunca, salvo en algunas fotos antiguas y en visiones oníricas.

Era Annabeth con el aspecto que tenía poco después de llegar al Campamento Mestizo. Había retrocedido más o menos a cuando tenía ocho años.

Se frotó la cabeza y me miró fijamente, abrió mucho los ojos y a continuación soltó un taco que sonó extraño al salir de la boca de una alumna de tercero.

—Hebe nos ha rejuvenecido.

—¡BEEEEEE!

Grover se incorporó y se frotó la cabeza.

Los cuernos le habían encogido y ahora eran unos bultitos. Su perilla había desaparecido. Los pies y las zapatillas de pega se le habían escapado de las pezuñas, que de repente eran diminutas, y la camiseta le quedaba tan grande que parecía un camisón.

—No me encuentro bien. —Se quitó una tira de queso de la cara y acto seguido se miró las pezuñas y gimió—. Oh, no. ¡No quiero volver a ser pequeño!

No sabía si se refería al género humano o al cabrío... probablemente a los dos. Los sátiros maduran la mitad de rápido que los humanos, recordaba que me había dicho Grover. Eso significaba... lo multiplico por dos, me llevo uno, lo divido entre... no, da igual. Dejaría las mates para los deberes. Si es que alguna vez volvía a casa.

—A lo mejor volvemos a cambiar si salimos del edificio —propuse.

Annabeth se levantó con paso vacilante. Resultaba extraño verla convertida en niña. Albergaba un miedo irracional a que gritase: «¡Qué asquito! ¡Piojos!» y huyese de mí.

En cambio, dijo sin demasiado convencimiento:

—Vale la pena intentarlo.

Regresamos por el centro de ocio. Cuando pasamos por delante del corral, las gallinas nos miraron con renovado interés. No sabía que las gallinas podían mostrar interés, pero ladearon la cabeza y se pusieron a cacarear y a batir las alas. Uno de los polluelos en concreto, que tenía una pelusa rosa alrededor de los ojos y el pico, nos siguió a lo largo de la valla pavoneándose y piando.

—Hala, qué maleducado —dijo Grover.

—¿Qué?

—Está amenazándonos con arrancarnos la carne de los huesos.

Miré nervioso al polluelo.

—Vale, peque asesino. Tranquilízate. Ya nos vamos.

De repente, Grover se volvió contra mí, agachó la cabeza y me embistió en el pecho con la suficiente fuerza como para hacerme retroceder un paso.

—¡Ay! —me quejé—. ¿A qué ha venido eso, colega?

—¡Perdón, perdón! —Grover se frotó los cuernos—. Es... es que necesito jugar. Estoy practicando el dominio social en el rebaño.

Me embistió otra vez en el pecho.

—Esto va a degenerar muy rápido —dije.

—Ahora mismo me encantaría degenerar muy rápido —dijo Annabeth—. Sigamos adelante.

Ninguno de los demás clientes se fijó en nosotros. Supongo que sólo éramos tres niños más entre el gentío. Busqué a Sparky o a otra persona con uniforme de empleado, pero no vi a ninguna. Intentaba centrarme en buscar la salida, pero cada luz parpadeante, cada destello y cada pitido me llamaban la atención, tentándome a probar las distintas máquinas.

Tener trastorno hiperactivo por déficit de atención es duro, pero entonces me acordé de lo mucho más duro que había sido cuando era más pequeño, antes de que aprendiese a concentrar la atención, a controlar los nervios o, a efectos prácticos, a manejar mi cuerpo.

Tener otra vez ocho años era aterrador. La idea de que tuviese que pasar otra vez todos esos años... Se me llenaron los ojos de lágrimas. Quería a mi mami. Dominé la sensación de pánico lo mejor que pude. «La salida. Busca la salida.»

Nadie trató de detenernos. Nadie había puesto cadenas en las puertas. Simplemente volvimos al sol vespertino de Times Square...

Y seguíamos siendo niños.

Agarré a Grover por el brazo para impedir que propinase un cabezazo a un artista callejero con un disfraz de Mickey Mouse.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Annabeth, en tono tenso—. No podemos... volver a casa así.

Cuando Annabeth pide consejo sé que las cosas van mal. Ella

siempre es la que idea el plan. Además, su casa en ese momento era una habitación de la residencia de la Escuela de Diseño de Nueva York. No podía aparecer nueve años más pequeña.

—Todo irá bien —dije.

Ella me miró con el ceño fruncido.

—¿Tú crees? ¡Entonces eres tonto!

Se llevó las palmas de las manos a las sienes.

—Perdona, Percy... Me... me cuesta pensar con claridad. Creo que Hebe ha cambiado más cosas que nuestro aspecto.

Yo sabía a qué se refería.

Hacía mucho tiempo que no tenía tanto miedo; era como si me hubiese comido una mezcla de azúcar y cristales, y fuese a acabar descuartizado o hecho pedazos por dentro.

—No pienso cumplir nueve años otra vez —dije—. Volvamos a entrar y busquemos a Hebe.

—Y luego, ¿qué? —baló Grover—. ¡Podría convertirnos en bebés!

—¡Para ya! —dijo Annabeth.

—¡No, para ya tú, abusona!

—¡No soy una abusona!

—¡Sí que lo eres!

—¡Chicos! —Los agarré por los brazos y los separé—. Podemos solucionarlo. Volvamos adentro.

Intentaba ser el razonable de los tres. Sin duda, una señal de que se avecinaba el apocalipsis. Les hice volver a entrar en Hebe Jeebies, que era el último sitio en el que quería estar.

Casi en el acto, nos tropezamos con Sparky, que parecía mucho más alegre sin la rueda de tíquets.

—¡Hola, bienvenidos a Hebe Jeebies! —dijo—. ¿Conocéis el sitio?

—Acabamos de estar aquí —contesté—. Sólo que más mayores.

—Eso no me aclara nada... —Nos miró más detenidamente—. ¿Cómo de mayores? ¿Cincuenta? ¿Ochenta?

—¿En serio? —dijo Annabeth.

—Te preguntamos dónde estaba Hebe —intervino Grover—. Nos indicaste cómo llegar al karaoke.

—Ah, sí —asintió Sparky—. Vosotros tres. Vale, que lo paséis bien.

—¡Espera! —dijo Grover—. ¡Tenemos que volver a ver a Hebe! Sparky arqueó las cejas.

—¿Qué? ¿Queréis ser aún más jóvenes? Cuando Hebe te concede su bendición, no hay que pasarse de avaricioso. Yo tengo sesenta y cinco años. ¡Tuve que trabajar meses aquí para ser tan joven!

Claro. Sparky era otra pureta; una pureta de nueve años.

—No queremos rejuvenecer más —dije—. Queremos que Hebe nos vuelva como éramos.

Sparky frunció el entrecejo.

—Un momento... ¿Queréis presentar una queja por motivos de edad?

No me gustaba cómo me miraba la niña/pureta encargada, como si fuese a enterrarme con cupones de dos pizzas por una.

—Bueno, es que... creo que ha habido un malentendido. Nos gustaría...

—Os gustaría quejaros. —Sparky sacó un megáfono del cinturón y anunció al salón recreativo entero—: ¡Tenemos una queja por edad!

La multitud prorrumpió en vítores, silbidos y abucheos. Muchos nos sonrieron de forma maliciosa, como si esperasen que les diésemos un buen espectáculo.

—Ejem —dije.

—¡Soltad a las depredadoras! —gritó Sparky—. ¡Que empiece la persecución!

Sonaron campanas. El dinero cambió de manos. Unos cuantos clientes hicieron conjeturas acerca de quién caería primero: Annabeth, Grover o yo. Parecía que la suerte no estaba de mi parte.

El pulso me martilleaba, pero al escudriñar la sala, no vi ningún depredador sanguinario.

—¡Sólo queremos hablar con Hebe! —insistí.

Sparky me apuntó con el megáfono directamente a la cara y estuvo a punto de despegarme las cejas.

—Puede que lo hagáis si sobrevivís a la carrera. ¡Que os divirtáis!
Bajó el megáfono y se marchó.

En lo más profundo del salón recreativo alguien gritó. Una silla salió volando. Una máquina de pinball se volcó.

Annabeth sacó su daga, que parecía más grande en su manita.

—¡Por ahí vienen! ¡Puedo olerlas!

—¿Oler qué? —pregunté—. Yo no veo...

Entonces las vi. Las gallinas del gallinero estaban arrasando el salón recreativo. Normalmente no utilizaría la palabra «arrasar» para describir el comportamiento de unas aves de corral, pero esos pájaros eran el caos con plumas.

Docenas de ellas se arremolinaban alrededor de los armazones de las máquinas y derribaban muebles arrancando el tapizado con sus garras y sus picos. Algunas sobrevolaban las cabezas de los clientes bombardeando sus peinados. Otras le arrebataban perritos calientes a la gente de las manos.

A los clientes de Hebe Jeebies no parecía importarles. Gritaban de regocijo mientras huían del apocalipsis gallináceo como los mozos perseguidos por los toros en los Sanfermines, como si pensasen: «¡Estos animales podrían matarme, pero por lo menos la palmaré de una forma superguay!»

Las gallinas venían directas a nosotros con la violencia reflejada en sus ojos pequeños y violentos.

Saqué el boli.

—¿Esas gallinas buscan lío? Pues yo les daré lío.

Que probablemente fue la peor frase heroica de la historia.

Más vergonzoso aún fue el momento en el que quité el capuchón a Contracorriente y siguió siendo un bolígrafo. Ninguna espada apareció en mis manos.

—Pero ¿qué...? ¿Por qué? —grité al boli, cosa que no contribuyó a darme un aire heroico.

—A lo mejor no funciona con niños —propuso Grover—. Ahora eres demasiado pequeño.

—¿Quieres decir que mi espada tiene un capuchón a prueba de

niños?

—Eh, chicos —dijo Annabeth, desenfundando su daga—. Ya discutiréis luego. Ahora tengo otro plan: ¡CORRED!

9

Las gallinas atacan primero

Si nunca has tenido que correr por un salón recreativo perseguido por gallinas asesinas... ¿te apetece cambiar de vida un rato? Porque te ofrezco la mía, en serio.

Las aves eran pequeñas, pero también rápidas, crueles y sorprendentemente fuertes. Invadieron el espacio en una oleada de plumas y garras destrozando más muebles, dispersando a clientes y haciendo subir las máximas puntuaciones de las máquinas de *Dance Dance Revolution*. Mantuvieron los ojos clavados en nosotros todo el tiempo, con sus picos y sus garras relucientes como el acero pulido.

Había oído que había personas que organizaban peleas de gallos y les ponían a las aves cuchillas de afeitar en las patas para que hiciesen más daño —porque la gente hace cosas horribles—, pero esas gallinas daban aún más miedo. Eran máquinas de matar por naturaleza, y parecía que les encantaba su faena.

Mis piernas de niño de ocho años no estaban capacitadas para la persecución. Nunca había corrido mucho, y me estaba quedando detrás de Annabeth y Grover.

—¡Deprisa! —gritó Annabeth hacia atrás, como si a mí no se me hubiese ocurrido—. ¡Por aquí!

Corrió hacia la estructura de juego con grandes tubos de plástico para gatear.

Tenía ganas de preguntarle en qué consistía el plan, pero me había quedado sin aliento.

—¡Agarrad esa mesa, chicos!

Señaló una mesa de cafetería alta, como en las que uno se pone a socializar en una fiesta elegante o un acto parecido.

Sólo tardé un segundo en comprender para qué la quería. A esas alturas habíamos vivido tantas aventuras juntos que normalmente yo sólo iba unos pasos por detrás del proceso mental de Annabeth, y no con varios días de retraso.

Grover agarró la superficie. Yo agarré la base. Pesaba, y yo no era tan fuerte como una gallina salvaje, pero conseguimos arrastrar la mesa hasta la entrada de la estructura de juego. Annabeth se metió en el túnel primero, luego Grover y detrás yo, tirando de la base de la mesa detrás de nosotros como si le estuviésemos poniendo un corcho a una botella. La superficie circular tenía la medida justa para tapar la entrada y no dejaba espacio a las gallinas.

Un momento más tarde, la bandada se estrelló contra la estructura e hizo temblar los tubos de plástico. Las gallinas chillaron de indignación, pero de momento estábamos a salvo.

—¿Cuánto tardarán en descubrir que el tubo tiene otras entradas? —pregunté.

—No mucho.

A Annabeth le brillaban intensamente los ojos. Me di cuenta de lo asustada que estaba, pero también sabía que le encantaban esas situaciones. Los momentos en los que más viva se sentía era cuando buscaba la forma de salir de un aprieto.

Eso era positivo, porque acostumbrábamos a vernos en muchas de éstas.

—¿Por qué gallinas? —mascullé—. De entre todos los animales...

—¿Preferirías jaguares? —preguntó ella.

—Es por los templos de Hebe —dijo Grover, mordiéndose un nudillo—. Las sacerdotisas siempre tenían gallinas y pollitos. Los gallos se guardaban en el templo de Hércules. Las aves sólo se juntaban el día sagrado de Hebe.

—Ah, claro —asintió Annabeth—. Hebe se casó con Hércules cuando él se convirtió en dios. —Se estremeció—. Casi me compadezco de ella.

—Un momento —dije—. Grover, ¿cómo sabes eso de los gallos y

las gallinas?

—La guardería —contestó él tristemente—. Hebe financia guarderías para sátiros. Solíamos cantar «Feliz la gallina sagrada» cada mañana.

De repente desarrollé una nueva teoría sobre por qué los sátiros envejecían la mitad de rápido que los humanos, pero decidí que tal vez no era el momento para debatirla.

—Eres miembro del Consejo de Ancianos Ungulados —dije—. ¿No puedes pedirles a las gallinas que se retiren?

—Puedo intentarlo.

Baló algo en cabrés.

Las gallinas chocaron con la estructura de recreo todavía con más fuerza. Un pico duro como el acero perforó el plástico entre mis piernas.

—Supongo que eso es un no —dijo Grover.

—El día sagrado de Hebe —declaró Annabeth pensativa—. Pollitos...

Fruncí el ceño.

—¿En qué estás pensando? ¿Alguna distracción? No tengo ningún gallo a mano.

—No, pero en ese corral hay polluelos...

—¿Y qué? —grité mientras otro pico estaba a punto de hacerme un agujero en el muslo.

—Pues que necesitamos volver al corral. Y pillar a un pollito.

—Nos persiguen gallinas asesinas —dijo Grover—, ¿y tú quieres ir corriendo a su corral y robarles las crías?

—Sí. Y luego volver a correr. —Levantó las manos a la defensiva—. Percy, ya sé que vas a decir que es una idea pésima...

—Es una idea pésima.

—... pero tienes que confiar en mí. Vamos.

Se adentró a gatas en el tubo de recreo. Yo mascullé entre dientes y la seguí. No me gustaba un pelo la idea, pero no tenía ninguna propia... y sí que confiaba en ella.

El túnel se inclinaba hacia arriba hasta que nos encontramos

gateando justo debajo del techo. Miré a través de una de las ventanas de plexiglás con forma de burbuja y vi que casi toda la bandada seguía corriendo por el suelo, graznando airadamente. Algunas de las aves más avispidas habían descubierto que, mira por dónde, ¡tenían alas! Varias alzaron el vuelo y embistieron contra el tubo de recreo. Otras corrieron por la parte superior picoteando el plástico, pero de momento no habían descubierto cómo alcanzarnos.

Nos detuvimos en una T.

—Grover, gira a la izquierda —dijo Annabeth—. Distrae a la bandada mientras Percy y yo vamos a la derecha y escapamos al corral. Nos reuniremos en el karaoke.

—¿Puedo decir yo también que es una idea pésima? —preguntó Grover.

—Haz lo que puedas —dijo Annabeth—. Eres el que más corre de los tres. Además, eres el único que habla gallinés.

—Técnicamente, el gallinés no es un idioma propio —dijo—, aunque muchos dialectos animales suenan como el gallinés...

—Tú grítale, colega —le aconsejé—. ¿Sabes insultar a las gallinas?

—¡Esto es un centro de ocio familiar!

—Donde han intentado matarnos por quejarnos.

—Ahí le has dado —dijo Grover—. Insultaré a las gallinas.

Pasó por mi lado dándome un empujón y se desvió a gatas por el túnel de la izquierda, moviendo las pezuñas como pistones hendidos.

—Vamos —dijo Annabeth con su mejor tono de jefa de pelotón.

Y nos fuimos por el túnel de la derecha.

Nos deslizamos por un tobogán como una pajita flexible y caímos en una piscina de bolas, que no era una forma ideal de escapar rápidamente. Por suerte, las gallinas estaban ensimismadas. Al otro lado de la estructura de recreo, Grover había aparecido en todo su esplendor insolente y saltaba sobre las máquinas de Skee-Ball lanzando bolas de madera detrás de él y haciendo que las gallinas tropezasen y se moviesen de un lado a otro. Me acordé de un mito sobre una mujer que lanzaba manzanas de oro detrás de ella para

retrasar a los hombres que la perseguían. Parecía que las bolas de SkeeBall también funcionaban bastante bien.

—¡GRAAAC! —chilló Grover—. ico! ico!

A juzgar por lo mucho que eso enfureció a la bandada, debió de ser un comentario mordaz sobre la madre de los polluelos. Grover desapareció en el salón recreativo seguido de la mayor parte de las gallinas.

—No te quedes atrás.

Annabeth caminaba por la piscina de bolas manteniendo las manos por encima de la cabeza como si no quisiese que su inexistente rifle se mojase. Entretanto, yo conservaba el boli a mano, que supongo que me habría sido de lo más útil si las gallinas hubiesen querido un autógrafo.

—Hagas lo que hagas —me advirtió Annabeth—, no hagas daño a las gallinas. Siguen siendo los animales sagrados de Hebe.

—Es mi máxima prioridad —murmuré—. No hacer daño a las gallinas.

—Hablo en serio —dijo ella—. Sólo dará resultado si no hacemos cabrear más a Hebe.

No sabía cuál era el plan de Annabeth, ni cómo iba a dar resultado, pero puedes incluirlo en el apartado «Yo no tenía ninguna idea mejor», que ya acumulaba una carpeta bastante gruesa.

Annabeth salió de la piscina de bolas y me ofreció la mano. Me gustaría decir que salí con elegancia. No fue así. Me sacudí una docena de bolas de plástico de los bajos de mis descomunales pantalones y me quité raspando una hamburguesa con queso a medio comer de la suela de la zapatilla. Me preguntaba qué más cosas podían estar fosilizándose poco a poco en el fondo de la piscina de bolas... probablemente una panda de semidioses que se habían atrevido a presentar quejas por motivos de edad.

—El corral —dijo Annabeth, y echó a correr.

Incluso siendo una niña de ocho años, tenía más determinación de la que yo nunca tendría, cosa que podría haberme molestado si hubiese tenido el ancho de banda para centrarme en ello.

Encontramos a los polluelos del corral donde los habíamos dejado. No parecían contentos de haberse perdido la persecución.

Cuando Sparky había soltado a las depredadoras, por lo visto había activado un mando que bajaba la valla de tela metálica justo a la mitad: lo bastante bajo para que las gallinas adultas pudiesen saltar, pero demasiado alto para que las crías la franqueasen. Supongo que ésa era la versión de Hebe del cartel de una atracción de feria: ¡TIENES QUE SER ASÍ DE ALTO PARA ASESINAR A NUESTROS CLIENTES!

Annabeth observó a los pollitos, que corrían dando vueltas pisando la paja y soltando insultos intraducibles dirigidos a nosotros.

El polluelo de la pelusa rosa en la cara en el que me había fijado antes parecía especialmente enfadado; piaba a pleno pulmón.

—Espero que pueda atrapar uno —murmuró Annabeth, sobre todo para sí misma.

Antes de que yo pudiese decir: «Para ser una chica tan sabia, no me parece una idea muy sabia», metió la mano en el corral.

—¡AY!

Peque Asesino le había picado el dedo y lo tenía sujeto. Annabeth tiró de la mano hacia atrás y sacudió al pollito plumoso como un calcetín con electricidad estática, pero Peque Asesino se negaba a soltarla.

—Acuérdate de no hacerle daño —dije.

—Me estás ayudando mucho —farfulló Annabeth.

Le cayeron gotas de sangre del dedo, pero ahuecó la mano libre en torno al pollito y lo sujetó contra el pecho para que no escapase, suponiendo que se cansase del sabor de la carne humana.

—Vamos al karaoke.

—¿Basta con un pollito? —pregunté.

—Si te da envidia, puedes quedarte éste.

—Es bastante mono para ser una gallina asesina.

Del otro lado del salón recreativo vino un repentino estruendo de clientes que jaleaban, gallinas que chillaban «icoc! icoc!» y un sátiro asustado que gritaba: «¡Ya vienen!»

Qué rápido me había olvidado de la bandada de gallinas sagradas

que querían hacernos picadillo.

Annabeth y yo corrimos hacia el karaoke, aunque con mis piernas recién rejuvenecidas, más que correr andaba como un pato. Ni siquiera tuve tiempo o energías para hacer explotar la piscina cuando pasamos por delante.

Grover llegó al salón al mismo tiempo que nosotros. Tenía plumas pegadas en el pelaje, y la parte trasera de su camiseta estaba hecha jirones como si hubiese estado revolcándose en un colchón muy peligroso.

—Ha sido divertidísimo —dijo resollando.

—¡Abrid las puertas! —ordenó Annabeth.

Grover y yo agarramos los grandes paneles de caoba y empezamos a deslizarlos juntos. No sabía por qué el karaoke tenía su propio tabique; tal vez para aislar el resto del centro de la música, o para crear un espacio privado en el que celebrar fiestas de cumpleaños o sesiones de interrogatorio íntimas.

Acabábamos de cerrar las puertas cuando la bandada se estrelló contra ellas.

Las gallinas graznaron de indignación. Los paneles de caoba temblaron y crujieron. No creía que aguantasen mucho sometidas a un violento ataque gallináceo.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Grover, respirando con dificultad.

Parecía tan pequeño y asustado que me supo mal meter a un chaval como él en esa situación. Entonces me acordé de que yo también era un chaval.

—Ahora viene la parte difícil —contestó Annabeth.

—¿Esa era la parte fácil? —inquirí.

Annabeth hizo una mueca mientras se sacudía a Peque Asesino del dedo y lo dejaba en el suelo.

Peque Asesino erizó sus plumas salpicadas de sangre. Nos miró con sus brillantes ojos negros, pió con suficiencia como diciendo: «Sí, más vale que me soltéis», y se alejó picoteando migas de pizza de la alfombra con satisfacción.

Annabeth se envolvió el dedo herido con una servilleta.

—Este karaoke es el templo de Hebe, ¿no? Su santuario.

Normalmente yo no asociaba esas palabras con los karaokes, pero asentí con la cabeza.

—¿Y...?

—Los días sagrados de Hebe los peticionarios solían ir a su altar —continuó Annabeth—.

—Es cierto —asintió Grover—. Le pedían perdón, y Hebe les concedía asilo.

—Pero hoy no es su día sagrado, ¿no? —pregunté—. Es imposible que tengamos tanta suerte.

—Probablemente no —respondió Annabeth—. Pero tendremos que intentarlo.

Las puertas temblaron y se combaron hacia dentro bajo el peso de las pérfidas aves de corral.

—Grover —dijo Annabeth—, haz lo que puedas para bloquear las puertas. Percy y yo buscaremos la canción adecuada.

—¿Canción? —pregunté—. No te referirás a un dueto de *Shallow*, ¿verdad?

—¡No, una canción de disculpa, Sesos de Alga! Suplicaremos perdón a Hebe. Cuando aparezca, le pediremos asilo y una segunda oportunidad.

—¿Y si se niega?

Annabeth miró a Peque Asesino.

—Entonces espero que el Plan Pollito funcione. Si no, estamos muertos.

10

Lo empeoro todo cantando, y la peña se queda horrorizada

Me encantan las arengas de Annabeth. Siempre se reducen a: si $A = B \Rightarrow$ Vale; si $A \neq B \Rightarrow$ Muertos.

No sabía por qué habíamos secuestrado a Peque Asesino, ni qué pensaba hacer Annabeth con él, pero esperaba que no tuviésemos que llevar a cabo el Plan Pollito. Lamentablemente, eso significaba que tenía que depositar mis esperanzas en el Plan Percy Canta, que tenía todos los números de acabar con nuestra muerte.

Mientras Grover amontonaba muebles delante de las puertas, Annabeth y yo corrimos al escenario y encendimos la máquina de karaoke. (Nunca pensé que diría eso.) Peque Asesino se puso cómodo y se dedicó a buscar migas, pizza mohosa o dedos frescos que morder debajo de las mesas.

Annabeth miró la pantalla del karaoke con el entrecejo fruncido.

—¿Esto tiene función de búsqueda? Podría combinar «disculpa» y «perdón».

—*Sorry Not Sorry* —propuse.

—Percy...

—Vale, vale. —Me exprimí los sesos—. ¿Cómo se llama la canción en la que el tío ese canta «No quería herirte y hacerte llorar»?

—Nosotros no queremos hacer llorar a Hebe... Ah, espera, ¿te refieres a la canción de John Lennon? ¿*Jealous Guy*?

—Supongo.

—¿Has llamado a John Lennon «el tío ese»?

—Como se llame. ¡Mira si tienen esa canción!

Las gallinas estaban en la puerta golpeando contra los paneles,

sacudiendo los marcos, agujereando la caoba con boquetes del tamaño de sus picos. Grover resoplaba arrastrando mesas para bloquear la entrada, pero un sátiro preadolescente no podía hacer gran cosa. Yo estaba a punto de acercarme a ayudarlo cuando Annabeth dijo:

—¡La he encontrado!

Pulsó el botón, y sonaron los primeros compases de *Jealous Guy*.

No sabía si sentirme aliviado o no. Ahora tenía que cantar la canción, y no sé cantar.

—¿Quieres llevar la voz cantante?

—Oh, no —contestó Annabeth—. ¡Tú eres el que ha hecho enfadar a Hebe!

—¿Yo? ¡Hemos sido todos!

—Tú has hecho el noventa por ciento.

—Pero sólo el noventa por ciento. ¡Estoy mejorando!

Grover empujó otra mesa contra las puertas.

—¡Sube la música! ¡Nosotros dos te acompañaremos!

El teleprompter empezó a avanzar, y Annabeth me dio el micro. (Esa es otra cosa que nunca pensé que diría.)

Me acordaba de la canción de cuando era niño. Mi madre la ponía a todas horas, aunque le hacía llorar. Yo no soporto ver llorar a mi madre, y por eso se me había quedado grabada en el cerebro.

Pensándolo bien, no estoy seguro de si la canción le recordaba a Poseidón, o si la ponía para insinuarle a mi primer padrastro: «Tal vez deberías disculparte por ser como eres.» Si se trataba del segundo caso, Gabe el Apestoso nunca captó el mensaje.

La canción empezaba despacio, como un canto fúnebre. En cuanto empecé a mascullear la primera estrofa, las gallinas aporrearon las puertas aún más fuerte. Sin duda se dieron cuenta de que tenían que detenerme a toda costa antes de que una canción perfecta fuese masacrada vilmente. Tampoco contribuía que yo hubiese recuperado la voz de pito que tenía a los ocho años. Ése era otro detalle que no echaba de menos de la escuela primaria.

Annabeth «ayudó» (comillas totalmente sarcásticas) cantando

todas las palabras medio compás por detrás de mí. Ésa es la forma de saber que has encontrado el amor verdadero: cuando tu media naranja canta tan mal como tú.

Llegué al coro y grité:

—¡Esta canción es para ti, Hebe!

(También me gustaría señalar que cuando he escrito «coro», al principio el corrector automático lo ha cambiado por «condena», que me parece muy acertado.)

—... hacerte daño —murmuré—. Llorar. Celoso. ¡Oh, sí!

Nuestro amigo el pollito Peque Asesino se fue corriendo debajo del reservado del rincón para esconderse. Se asomó y me miró con cara de ofendido como si estuviese pensando: «Sólo tengo dos días y podría cantar mejor que tú.»

Para la segunda estrofa, Annabeth ya le estaba pillando el truco. Me pasó el brazo por los hombros y cantó a grito pelado que ella también era celosa. Su entusiasmo mejoró la canción un cinco por ciento negativo.

Finalmente, cuando nos lanzamos de lleno al segundo coro/condena, un remolino de purpurina y tíquets de premios se materializó en medio de la pista de baile. Hebe apareció tapándose los oídos con los dedos.

—¡Basta! ¡Basta ya!

La máquina de karaoke se apagó. Peque Asesino volvió a desaparecer debajo del reservado. Las puertas dejaron de sacudirse cuando el ejército de gallinas interrumpió su ataque.

—¡Oh, grande y jovencísima Hebe! —dije—. Lo sentimos mucho...

—Sobre todo Percy —apuntó Annabeth.

—¡Yo lo siento el noventa por ciento! —convine—. ¡Perdónenos, por favor!

Hebe echaba fuego por los ojos.

—Si se supone que esa canción era una disculpa, deberíais dirigírsela a John Lennon.

—¡Protéjanos de sus gallinas iracundas, por favor! —gritó Grover desde las puertas.

—¡Y devuélvanos la edad que nos corresponde, por favor! —dijo Annabeth.

—¡Espera, espera, espera! —Hebe formó una T con las manos para solicitar tiempo—. ¿Primero profanáis mi máquina de karaoke y luego me bombardeáis a peticiones? ¿Por qué debería devolveros la edad que teníais?

—Porque... —dije titubeando—. Porque es usted generosa y buena, y además jovencísima.

—Somos peticionarios en su altar —terció Annabeth.

—¡El más sagrado de sus escenarios de karaoke sagrados! —dijo Grover—. ¡El más sacrosanto de los garitos de baile!

Hebe lo miró fijamente.

—¿Me he pasado? —preguntó Grover—. Sólo queremos marcharnos en paz, con nuestras edades normales... ¡para poder dar a conocer las maravillas y los horrores de Hebe Jeebies!

—Y con un poco de información sobre el cáliz de los dioses, por favor —dije.

Annabeth me dio una patada en la espinilla, pero ya era demasiado tarde.

Hebe enseñó los dientes.

—Ahí está otra vez. Esa insolencia. Esa calumnia. Tal vez no os he hecho retroceder lo suficiente en el tiempo.

—¡Perdónelo! —gritó Annabeth.

Me fijé en que no paraba de desviar la vista al reservado del rincón en el que se escondía Peque Asesino. Pero si ella quería que el pollito lanzase un ataque sorpresa a la diosa, no me gustaban nuestras posibilidades de éxito.

—¡Nosotros nunca intentaríamos dejar pasar el tiempo! —añadió Annabeth.

La última parte iba dirigida a mí. Incluso con ocho años, incluso siendo el menos espabilado del grupo, me di cuenta. Annabeth estaba ganando tiempo. Pero ¿por qué?

—¡Es verdad! —dije—. ¡El tiempo es malo!

Pareció que el peinado de Hebe se enroscaba más, como

formando un casco protector contra lesiones traumáticas como oírnos hablar. ¿Eran imaginaciones mías o también estaba encogiendo?

—No dices más que tonterías —espetó.

—Exacto —asintió Annabeth—. ¡Lo hace continuamente! Por eso debe perdonarlo.

—¿Debo?

—¡Debería! Podría, si estuviera dispuesta. ¡Por favor, oh, diosa!

Hebe dio unos pisotones con sus botas de gogó, que ahora le llegaban a las caderas como unas botas de pescador.

—¡Sois todos unos... asquerosos!

Estaba encogiendo delante de nuestros ojos. Su minivestido se convirtió en un maxivestido, y el dobladillo de cachemir se amontonó alrededor de sus tobillos. Sus mejillas se llenaron de grasa infantil.

—¿Qué está pasando? —Sacudió sus nuevos puñitos—. ¡No me gusta!

Parecía más pequeña de lo que éramos nosotros en ese momento; debía de tener unos siete años. Sus ojos conservaban la mirada colérica, pero tenía una voz de pito como si hubiese aspirado helio que hacía difícil tomársela en serio.

—¡No me mires así! —gritó, con el labio tembloroso—. ¡Tonto de remate!

Sin embargo, yo no podía evitar mirar. Se encogió hasta quedar reducida al tamaño de una niña de preescolar y luego se volvió un bebé. Incluso Peque Asesino se asomó de su escondite para mirar.

Finalmente entendí el Plan Pollito.

Hebe siempre tenía que ser la más joven de la habitación. Sus poderes estaban reaccionando a la presencia del polluelo. Al ser una diosa, debería haber podido interrumpir el proceso, pero supongo que la pilló por sorpresa. O tal vez hacerse mayor iba en contra de su naturaleza.

Se desplomó, incapaz de andar. Luego se dirigió a gatas a mí como si quisiese agarrarme los tobillos, pero entonces se cayó de lado, retorciéndose, y empezó a berrear. La diosa de la juventud era

ahora la más joven de la habitación: una recién nacida malhumorada con la cara rojo chillón.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Grover.

Annabeth se acercó y tomó en brazos al bebé envolviéndolo en el vestido de cachemir de Hebe.

—Peque Asesino ha hecho valer su juventud sobre Hebe. — Annabeth hizo cosquillas a la diosa en la barbilla—. Pero tú eres adorable.

Hebe se retorció y gruñó. Trató de morder el dedo de Annabeth, pero no tenía dientes.

—Espera —le dijo Annabeth al bebé—. Ya sé que eres muy quisquillosa, pero no vas a presentar una queja, ¿verdad? A las gallinas no les gustaría.

La Hebe bebé se quedó muy quieta.

—Estupendo —dijo Annabeth—. Te propongo lo siguiente. Acordamos que algunas edades son demasiado tempranas. Luego nosotros sacamos a Peque Asesino de la sala para que puedas volver a tener edad, como mínimo, de ir a la escuela primaria. Después aceptas nuestras disculpas, nos devuelves a nuestra edad normal, nos cuentas lo que sabes del cáliz de los dioses y cada uno se va por su lado. Balbucea una vez para decir que sí. Hazte caca encima para decir que no.

En mi vida había querido tanto oír «sí».

Hebe balbuceó. Puede que fuese un balbuceo cualquiera, pero Annabeth lo aceptó como una promesa.

—Grover —dijo—, ¿puedes pedirle a Peque Asesino que vuelva a su corral, por favor?

Grover emitió un par de balidos. Peque Asesino nos pió — probablemente dijo: «Gracias por la emoción, las migas y la sangre»—, se dirigió corriendo a las puertas y se deslizó por uno de los agujeros que las gallinas habían hecho con el pico.

A juzgar por los cloqueos del exterior, las gallinas recibieron al pollito como a un héroe victorioso. Luego el cacareo se fue apagando a medida que regresaban al gallinero. Supongo que Peque

Asesino hizo correr la voz de que habíamos acordado el alto el fuego.

Enseguida Hebe empezó a crecer. Annabeth la dejó de inmediato. Observamos cómo el bebé se convertía rápidamente en una niña de preescolar, luego en una alumna de quinto y por fin se plantaba frente a nosotros como la estudiante de secundaria más cabreada que habíamos visto en la vida.

—Vosotros tres... —gruñó.

—Le pedimos disculpas, gran Hebe —dijo Annabeth—. Y le solicitamos asilo.

—E información —añadí yo.

Annabeth me dio un codazo.

—Por favor —agregué.

La diosa echaba humo. Chasqueó los dedos, y de repente volvimos a tener nuestras edades normales.

—Tenéis suerte de que me guste John Lennon —murmuró la diosa—. Sentaos, y os contaré lo que sé. Pero no va a gustaros.

11

No ganamos ni un tíquet

—Debéis ir al mercado de productos agrícolas —dijo Hebe, como si nos estuviese mandando a hacer una serie de pruebas especialmente horribles.

Estábamos otra vez sentados en el reservado, disfrutando de una segunda porción de pizza. De hecho, esta vez yo me la estaba comiendo, porque volvía a ser un adolescente. Además, no había puretas cantando canciones protesta, cosa que favorecía la digestión.

Grover se tragó un plato de cartón grasiento.

—¿Qué tiene de malo un mercado de productos del campo?

La diosa arrugó la nariz.

—A Iris se le metió en la cabeza que no bastaba con su tienda de productos ecológicos de California. ¡Ahora tiene que ofrecer sus artículos al mundo entero! La encontraréis vendiendo cristales e incienso y Zeus sabe qué más este sábado enfrente del Lincoln Center.

Me sentí aliviado. ¿Otra misión en la ciudad? ¿Y un sábado? Eso quería decir que tal vez pudiese asistir a clase el resto de la semana, que no era una fiesta, pero al menos era mejor que arrastrarse por el campo a un mercado de productos agrícolas de Idaho.

Sin embargo, Annabeth entornó los ojos. Estudió a Hebe como si la diosa fuese a atacarnos otra vez con purpurina.

—Entonces, ¿cree que Iris ha robado el cáliz?

Hebe se encogió de hombros.

—Eso tenéis que decidirlo vosotros. Lo único que puedo deciros es que no he sido yo, e Iris es la única persona aparte de mí que ha

servido de copera divina. A lo mejor, detrás de esa fachada multicolor de paz y amor, odia a Ganímedes más de lo que dice.

—Conozco a Iris —dije—. No me parece rencorosa.

—¿Y yo? —preguntó Hebe.

Mantuve la boca cerrada. A veces aprendo.

—Gracias por sus consejos, gran Hebe —dijo Annabeth—. Le pedimos permiso para marchar en paz.

—Hum. —La diosa se cruzó de brazos—. Muy bien. Pero nada de tíquets de premios para vosotros.

Grover se aclaró la garganta como hace uno cuando ha estado comiendo platos de cartón grasientos.

—Y, ejem... ¿no le contará a nadie la situación del cáliz?

Hebe rió.

—Claro que no. Estoy deseando ver cómo Ganímedes hace el ridículo en el próximo banquete y Zeus lo reduce a cenizas. Pero recordad lo que os digo: si ofendéis a Iris como me habéis ofendido a mí, no escaparéis tan fácilmente. Desearéis no haber dejado de ser niños.

La última vez que vimos a Hebe, estaba recibiendo a un grupo de milenials que querían rememorar los noventa a través de la magia de las canciones de las Spice Girls disponibles en el karaoke. Esperaba que saliesen con vida.

Durante todo el recorrido hasta la salida del salón recreativo, noté que los empleados, los clientes y las gallinas nos seguían con la mirada. Temía transformarme en un niño pequeño en cualquier momento.

Conseguimos volver a Times Square. Nunca me había alegrado tanto de ver las familiares multitudes de turistas, esta vez a la altura de sus ojos y no de sus traseros.

En la estación de metro, Annabeth, Grover y yo nos separamos. Ninguno dijo gran cosa. La tarde de juventud, gallinas y terror nos había dejado bastante tocados. Pero no me preocupaba demasiado. Habíamos vivido juntos muchas veces el síndrome de estrés posaventura, y sabía que nos recuperaríamos. Annabeth se dirigió al

centro para ir a la Escuela de Diseño de Nueva York. Grover tomó el ferrocarril de Long Island al Campamento Mestizo. Yo fui andando al Upper East Side porque necesitaba tomar el aire. De vez en cuando me miraba las manos, recordando lo pequeñas que habían sido, y lo indefenso que me había sentido al no poder utilizar la espada. Por dentro todavía me sentía como un niño de ocho años, a punto de llorar.

Esa noche busqué excusas para no hacer los deberes. Ya, menuda sorpresa.

Me quedé sentado en la escalera de incendios balanceando las piernas por encima del callejón. Por mis venas circulaba una gran ansiedad. Siempre había sentido una agitación constante, pero eso era peor.

Había participado en muchas misiones en las que el riesgo era elevado: en las que si fracasaba arderían ciudades, el mundo explotaría o los pantalones de campana volverían a ponerse de moda. La misión actual consistía simplemente en recuperar la copa de un dios. Aun así, parecía tan arriesgada como cualquiera de las que había hecho en el pasado.

Tal vez era porque me quedaba muy poco para graduarme y, con suerte, comenzar una vida nueva en California. Sólo me faltaban unos pasos, pero el suelo empezaba a agrietarse bajo mis pies. No estaba convencido de que el mundo siguiese aguantando mi peso.

—Hola —dijo mi madre.

Miré hacia atrás y vi que salía por la ventana.

—¿Necesitas ayuda?

Hice ademán de levantarme.

No sabía por qué me alarmaba. Ella había salido por esa ventana cien veces, pero esa noche estaba preocupado, tal vez porque mi futuro parecía muy frágil.

Ella me hizo señas con la mano para que siguiese sentado.

—No hace falta —dijo—. Me ha dado la impresión de que

necesitabas compañía.

Se sentó a mi lado, con la espalda contra el muro de ladrillo. Las canas de su pelo brillaban como venas de plata.

Curiosamente, a mí me había salido el primer mechón gris antes que a ella, gracias a cierto titán llamado Atlas, pero las canas le quedaban mejor que a mí. No parecía tan mayor como regía. Me acordaba de que, hacía mucho, Poseidón había comparado a mi madre con una princesa... y no se refería al estereotipo de la damisela en apuros. Se refería a las princesas guerreras de la antigua Grecia que no se andaban con miramientos y sabían blandir una espada de bronce.

Mi madre tenía ese tipo de fuerza. También tenía la humanidad para darse cuenta de que yo estaba sufriendo y para salir por la ventana a hacerme compañía.

Durante un rato nos quedamos en un agradable silencio observando docenas de estampas de la vida urbana en las ventanas iluminadas del barrio. Una familia preparaba la cena riendo y lanzándose espaguetis unos a otros. Un anciano se hallaba apoltronado en un sillón, con la cara bañada de la luz azul de una pantalla de televisión. Dos niños saltaban en una cama pegándose con almohadas.

Me encanta Nueva York porque puedes ver todas esas vidas unas al lado de las otras, como un tapiz interminable de pantallas de videojuegos que te invitan a darle al PLAY y colarte en una nueva realidad. Me preguntaba si alguien se había planteado colarse en mi vida.

—¿Cómo era yo de pequeño? —pregunté.

Mi madre se puso tensa como si le hubiese hecho una pregunta capciosa.

—¿Por qué lo preguntas?

—Hoy he cumplido ocho años.

Normalmente no le cuento a mi madre los detalles de mis misiones. No quiero preocuparla más de lo necesario. Ya sabe lo

peligrosa que es la vida de un semidiós. Sin embargo, esa noche le relaté la tarde en Hebe Jeebies.

—Qué pasada —dijo—. Siempre me ha gustado *Jealous Guy*, pero aun así...

Asentí con la cabeza, con un nudo en la garganta.

—Aguantaste —observó ella—. Siempre aguantas.

—Supongo... Pero fue como si todos los progresos que he hecho, todos esos años haciéndome mayor y aprendiendo a sobrevivir... Hebe me los arrebató con un chasquido de dedos. Volví a ser un niño indefenso.

—Eres muchas cosas, Percy, pero indefenso no es una de ellas. —Me puso la mano en el hombro—. Cuando eras pequeño... cada vez que te asustabas, te echabas atrás un instante, pero luego ibas directo a por lo que te había asustado. Le sostenías la mirada hasta que se iba, o hasta que lo comprendías. Cuando pienso en ti de pequeño me siento...

—¿Mal del estómago?

Ella rió.

—Me siento esperanzada. No has dejado de avanzar. Te has convertido en un joven estupendo, y estoy orgullosa de ti.

El nudo de la garganta era ahora del tamaño de un kiwi.

—No hay nada malo en tener dudas de uno mismo —añadió mi madre—. Es de lo más normal.

—¿Incluso para los semidioses?

—Sobre todo para ellos. —Me atrajo hacia ella y me dio un beso en la cabeza, como le gustaba hacer cuando yo tenía ocho años—. Por cierto, tienes que fregar los platos.

Sonreí.

—¿Tanto dorarme la píldora sólo para que haga las tareas?

—iDe sólo, nada! Anda, échame una mano, ¿quieres? Estar sentado es fácil. Levantarse, no tanto.

Fregué los platos porque supongo que los semidioses hacen lo que tienen que hacer.

Dejé a Paul y a mi madre en la sala de estar, acurrucados en el

sofá, escuchando un vinilo de jazz de Paul. Los dos me dieron las gracias y me desearon buenas noches.

Sin embargo, me quedé levantado. Terminé los deberes. Conseguí encontrar fuerzas para el álgebra avanzada. Incluso redacté un trabajo, aunque las palabras me daban vueltas ante los ojos y la mitad probablemente estaban mal escritas.

Esa noche dormí como hacía mucho que no dormía.

12

Ganímedes me pone otro trago

Después de eso pasé tres días sin interferencias sobrenaturales.

Qué pasada. Todo un lujo.

Me esforzaba por hacer los deberes. Quedaba con Grover y con Annabeth cada tarde para tomar un batido, ver una película o dar un paseo por Central Park. Reconozco que era agradable.

El jueves tuve la primera clase de natación y conseguí causar sensación, pero sin pasarme. No invoqué un tsunami en la parte honda de la piscina ni nada por el estilo.

Casi no me acordé de que se acercaba el fin de semana, y con él el mercado de productos agrícolas, hasta el viernes a la hora de comer.

El IEA es un campus cerrado. Se supone que todo el mundo come en la cafetería. Sí, muchos alumnos del último curso se escabullen a la hora de la comida, pero yo me quedaba porque no quería arriesgarme a que me echasen tan pronto. Es un instituto pequeño, de modo que es bastante fácil darse cuenta de las ausencias.

Estaba sentado solo, masticando un sándwich de plátano y mantequilla de cacahuete (eh, me lo preparaba yo mismo, una de mis recetas gourmet), tratando de leer un relato breve sobre un tío al que le gustaba abrir latas; ni idea de por qué. Entonces alguien se me acercó y me dijo:

—Toma otro trago.

Ganímedes me echó algo de una gran jarra de cristal en la lata de refresco, que sólo estaba medio vacía. Lo hizo con una concentración y precisión absolutas, sin derramar una gota, aunque estaba claro que el líquido no era lo que había en la lata.

—Ah, ¿gracias? —dije, cosa que no fue fácil con la boca llena de mantequilla de cacahuete.

—De nada. —Ganímedes hizo una reverencia formal, como si fuésemos dos embajadores internacionales y acabásemos de intercambiarnos obsequios—. Quiero que me informes de la misión... pero vuelvo enseguida.

Me dio tiempo a terminar el sándwich mientras Ganímedes circulaba por el comedor rellenando los vasos de los estudiantes sin pedir permiso. Algunos chicos lo miraban mal, pero la mayoría ni se daba cuenta. Era raro, porque Ganímedes llevaba un quitón griego, unas sandalias de tiras y poco más. Supongo que tenía que agradecer a la Niebla que empañase las mentes de los mortales, o quizá los alumnos simplemente pensaban que estaba haciendo un número para la clase de teatro.

El dios volvió a mi mesa y se sentó enfrente de mí.

—Bueno.

—¿Qué estás sirviendo? —pregunté—. No irás a convertir a todos los alumnos en inmortales, ¿verdad?

Él suspiró.

—Claro que no, Percy Jackson. Ya te lo dije, el cáliz es el que tiene la magia.

—¿Lo de la jarra no es néctar? —inquirí—. Porque los mortales se quemarán si lo beben.

—¿Qué te hace pensar que es néctar?

—Bueno... es azul y brilla.

Ganímedes miró la jarra con el ceño fruncido.

—Supongo. No, sólo es bebida olímpica corriente número cinco. Te refresca y te reanima, y sabe a lo que tú desees. No convertirá a nadie en inmortal ni le hará arder por combustión espontánea. Pruébala.

Me pregunté qué pasaba con las bebidas olímpicas del uno al cuatro. Pero Ganímedes me miraba fijamente, y ofenderle no me ayudaría a conseguir la carta de recomendación.

Bebí un trago. Sabía a refresco de lima-limón corriente, el mismo

que había estado bebiendo antes, pero más chispeante y burbujeante. En la cafetería nadie ardía ni brillaba.

—Vale, estupendo —dije—. Gracias.

Ganímedes se encogió de hombros.

—Es importante mantenerse hidratado. Bueno, hablemos de mi cáliz.

Le puse al día.

Cuando terminé, él frunció sus cejas majestuosamente esculpidas. Me dio la impresión de que no estaba contento, como si fuese a marcar la casilla «medianamente satisfecho» en lugar de «muy satisfecho» en mi formulario de recomendación.

—¿Y te fías de lo que Hebe te dijo? —preguntó.

—Nunca... —dije, y me interrumpí.

Había estado a punto de decir «Nunca me fío de un dios», pero eso no le habría sentado bien a un dios.

—Nunca puedo estar seguro al cien por cien, pero no creo que Hebe te haya robado la copa.

—¿Y si decide contárselo a todo el mundo?

—No lo hará —dije—. Al menos... hasta el próximo banquete. Dijo que prefiere ver cómo haces el ridículo delante de todos los dioses.

Omití «Y Zeus lo reduce a cenizas».

La frente de Ganímedes se ensombreció hasta adquirir el color que me imaginé que debía de tener la bebida olímpica número dos.

—Eso es algo que Hebe diría. ¿Y ese mercado de productos avíco...?

—Productos agrícolas.

—¿Ese mercado de productos agrícolas se celebra mañana?

—Exacto.

—¿Y cuál es tu plan?

—Hablar con Iris. Buscar la copa. No acabar convertido en arcoíris.

Él asintió con la cabeza.

—Me parece sensato. Pero si ella no tiene el cáliz...

—Ya nos preocuparemos por eso mañana.

Él se movió en el asiento.

—Discúlpame, casi nunca mando a semidioses de misión. ¿Ésta es la parte en la que amenazo con matarte si fracasas?

—No —contesté—. Eso viene más adelante.

—Hum. De acuerdo. Pero no me decepciones, Percy Jackson. Mi reputación depende de ello. ¡Y tu carrera universitaria!

A continuación se levantó y se alejó con su bata a servir más Kool-Aid divino.

Sobreviví al resto del día. Reconozco que me sentí renovado e hidratado. Esa noche, después de cenar, me quedé sentado en la cama hablando con Annabeth.

Ella no estaba allí realmente; estaba en la otra punta de la ciudad, en la habitación de su residencia, pero nos comunicamos gracias a la tecnología punta de los mensajes Iris.

Los semidioses no usamos teléfonos móviles porque atraen a los monstruos. Yo nunca he acabado de entenderlo. Es algo tan natural en nuestras vidas que siempre lo he aceptado en plan «Pues claro que sí». La manera más rápida de reconocer a un semidiós es darle un teléfono móvil. Si tiene menos de dieciocho años y ni idea de qué hacer con él, probablemente sea un semidiós. Cuando aparecen los monstruos y se lo zampan, puedes estar cien por cien seguro.

En lugar de un teléfono, yo tenía una linterna, un humidificador y un bol con dracmas de oro. Enfocas el vapor con la linterna para formar un arcoíris. Lanzas una moneda al arco, pronuncias una plegaria y, *voilà!*, tienes a una reluciente Annabeth holográfica sentada a tu lado. Ella tenía un tinglado parecido en su cuarto, pero sólo podíamos hablar de ese modo cuando su compañera de habitación estaba fuera. Annabeth le había dicho que el humidificador era para la alergia. Lo que no le había dicho era que se trataba de alergia a los teléfonos.

Estaba tumbada en su cama, apoyada en un codo, con una pila de libros de arquitectura enfrente de ella. Las gotitas de vapor que se interponían entre nosotros brillaban como fuegos artificiales.

—A propósito de lo de mañana —dijo—. Tengo un plan.

No me extrañó. Annabeth siempre tenía un plan. Era un rasgo que había heredado de Atenea, pero elevado a la máxima potencia. Sin embargo, no me quejaba. Si ella no se encargase de la planificación, yo no sabría qué hacer con mi vida el año siguiente. Probablemente ya me hubiese dado por vencido y hubiese buscado trabajo en Dónuts Monstruo.

—Soy todo oídos —dije.

—Bueno. —Introdujo la daga en su libro de texto para marcar la página. Yo tampoco sabía qué opinaría su compañera de habitación del cuchillo—. Estaba pensando que sería más fácil si consiguiéramos que alguien nos presentara a Iris.

—Pero yo ya la conozco.

Annabeth arqueó una ceja.

Entendí lo que quería decir: haber conocido a un dios no era ninguna garantía de que se acordase de ti o te tratase bien. Había oído a los dioses quejarse de que todos los mortales nos confundimos... como un banco de sardinas.

—¿Qué has pensado? —pregunté.

—No tenemos muchas opciones —respondió—, pero he pensado en un hijo de Iris.

—Butch está en Minnesota... —Repasé la lista de semidioses del Campamento Mestizo que conocía—. Y ahora mismo no hay ningún campista en la cabaña de Iris.

—No —convino Annabeth—. Pero hay una hija de Iris que vive en la ciudad. En el Soho.

Se me hizo un nudo en la boca del estómago, y toda la bebida número cinco de Ganimedes me empezó a bajar a las piernas.

—No lo dirás en serio.

—Ha accedido a vernos en el mercado.

Me pregunté cómo lo había conseguido Annabeth. Debía de haber habido promesas de favores de por medio. Dinero. Hijos primogénitos. Algo.

—Pero... —Busqué cualquier idea que pudiese hacer cambiar de

opinión a Annabeth—. ¿No se supone que en la mayoría de las misiones tiene que haber tres personas? ¿No traería mala suerte una cuarta?

—Ella no va a participar en la misión. Sólo nos presentará a su madre, y con suerte convencerá a Iris de que no sea muy dura con nosotros cuando le digamos... en fin, que sospechamos que es una ladrona de copas.

Me estremecí.

—Podría empeorar las cosas. ¿Te acuerdas de lo que pasó en la última fogata?

Annabeth rió.

—En realidad a mí me pareció bastante gracioso. Tranquilo, Sesos de Alga. Lo tengo todo controlado.

—Hum.

—No me vengas con ésas. —Miró detrás de ella—. Mi compañera de habitación está llegando. Tengo que dejarte. Te quiero.

—Yo también te quiero. Pero no a tu plan.

—Termina los deberes.

—Sí, señora.

Ella asintió con la cabeza, satisfecha, y me lanzó un beso. La conexión se desvaneció en gotitas de vapor.

Miré el montón de deberes que tenía para el fin de semana y gemí. Otro trabajo de lengua que redactar, esta vez sobre el tío al que le gustaba abrir latas. Además de matemáticas, ciencias y dos capítulos de historia. Y teníamos que enfrentarnos a Iris y a su hija al día siguiente. Me pregunté si sería demasiado tarde para buscar trabajo en el turno de noche de Dónuts Monstruo.

13

Buscamos cosas muertas en el mercado

Grover estaba entusiasmado.

—¿Va a venir Blanche? —Se tocó los cuernos de cabra como si quisiera asegurarse de que no los tenía torcidos—. ¿Estoy bien?

Llevaba unas bermudas y unas zapatillas de deporte por encima de las pezuñas; el disfraz mínimo para que los humanos pensasen «Ese chico tiene que depilarse las piernas» y no «Ese chico es mitad cabra». Su *top du jour* era una especie de jersey verde tejido a mano con motivos de arbolitos que estaba seguro de que le habían confeccionado las dríades para el Día del Árbol.

—Estás bien —dije.

—Además, Grover —intervino Annabeth—, se trata de Blanche. No es tu novia.

Grover tenía una novia, Enebro, a la que no le habría hecho gracia ver que Grover estaba tan nervioso.

—Ya lo sé. —Se puso colorado hasta las raíces de la perilla—. Es que es una gran artista.

—Otra vez, no —murmuré.

—¡Mola tanto!

—¿Estamos hablando de la misma Blanche? —pregunté.

—Callaos los dos. —Annabeth miró Broadway abajo—. Por ahí viene.

Blanche, hija de Iris, llevaba una gabardina color noche, unos vaqueros y unas botas militares, prendas que combinaban con el maquillaje que hacía que sus ojos brillasen como diamantes. Llevaba la cabeza rasurada, a excepción de un moño rubio platino. De su

cuello colgaba una cámara Nikon del tamaño de una caja de zapatos.

—Hala —dijo, mirando a su alrededor—. El centro.

Entornaba los ojos como si el Upper West Side le resultase demasiado luminoso, demasiado abierto, demasiado ruidoso, demasiado de todo. Como vivía en el Soho, probablemente habían tenido que sellarle el pasaporte para viajar tan hacia el norte.

—¡Montones de cosas que fotografiar! —dijo Grover, apoyándose no demasiado despreocupadamente contra un buzón para ofrecerle un ángulo de perfil.

Blanche parecía más interesada en el arbolito mustio de la mediana.

—Se está secando. Qué guay.

Le quitó la tapa a la Nikon y empezó a jugar con el objetivo. Annabeth y yo nos cruzamos una mirada.

«¿En serio?», le pregunté en silencio.

«Ten paciencia», me contestó ella mirándome.

Había oído que actualmente Blanche tenía una exposición en una galería de Tribeca. Sus fotografías de hojas secas, tocones de árboles podridos y animales atropellados —todo en blanco y negro— se vendían a unos mil pavos la instantánea. Era la Ansel Adams de la naturaleza muerta. Y después de nuestra última fogata, Grover había quedado tan impresionado con ella que quería que le hiciese un retrato para regalárselo a Enebro.

Te estarás preguntando que pasó en la última fogata.

Cuentos de fantasmas. Era una tradición. Para sorpresa de todos, Blanche se había ofrecido a contar el último de la noche. Delante de sesenta o setenta campistas y con una linterna debajo de la cara para provocar el máximo terror, Blanche se había puesto a narrar una historia sobre un semidiós que había muerto hacía años: un hijo del dios de las enfermedades. Supuestamente, en el campamento nadie apreciaba a ese chico porque las enfermedades no eran muy populares. Al final se había consumido a causa de una terrible plaga, pero antes de morir maldijo el campamento de manera que quien

pisase su tumba perdiese todo el color, contrajese una dolorosa enfermedad putrescente y quedase reducido a la nada. Los campistas habían incinerado su cadáver y habían esparcido sus cenizas tratando de evitar la maldición.

—Pero dio igual —nos dijo Blanche—. Porque el sitio donde fue incinerado contaba como tumba. Y esa tumba... ¡está justo aquí!

Entonces nos enfocó con la linterna. Miramos a nuestro alrededor, sobresaltados y medio cegados, y nos dimos cuenta de que nos habíamos quedado sin color. Todo el grupo se había vuelto monocromático como los viejos dibujos animados en blanco y negro.

Hubo gritos. Hubo chillidos e idas y venidas. Y eso sólo yo. Algunos semidioses se asustaron mucho, lo que no es muy recomendable si estás en un grupo de chicos armados con espadas.

Entretanto, Blanche se dedicó a hacernos fotos, y el flash de su Nikon creó un efecto estroboscópico que no hizo más que aumentar el pánico.

Finalmente, el director de actividades, Quirón, logró restablecer el orden. Nos explicó que Blanche había absorbido todos los colores circundantes: un truco que podían hacer algunos hijos de Iris. El efecto monocromático se pasaría y no, no nos moriríamos. El sátiro fulminó con la mirada a Blanche pidiéndole que se disculpase. Ella se limitó a darnos las gracias por la divertida noche y se perdió en la oscuridad. Por algún motivo, eso la convertía en un genio del arte a ojos de Grover.

Y ahora Annabeth confiaba en que ella nos ayudase.

—Gracias por venir —le dijo Annabeth.

—¡Eh! —Blanche hizo otra foto—. Me hiciste una oferta que no podía rechazar. Vamos a buscar a mi queridísima mamá.

Miré a Annabeth preguntándome qué le había prometido a Blanche y si implicaba vender nuestros órganos internos. Annabeth simplemente sonrió. Acto seguido siguió a Blanche al caos del mercado de productos agrícolas.

Hacía un día soleado y agradable, de modo que la gente había salido en masa. Los compradores se paseaban entre hileras de

puestos de productos del campo, hurgando en cestos de frutas del bosque y alcachofas. La plaza olía a tomates y cebollas calientes. Había vendedores de leche, huevos, queso y miel, todo procedente de granjas locales. Era irreal tener todos esos productos frescos del campo en medio de Manhattan, pero supongo que ése era parte del atractivo. A Grover le temblaba la nariz al pasar por delante de la verdura. Me alegré de que no fuese hijo de Hermes, porque estaba seguro de que tuvo la tentación de robar algún nabo.

Mi amigo avanzaba al lado de Blanche tratando de entablar conversación con ella. De vez en cuando se cruzaba en su línea de visión, posando en distintos ángulos teatrales, tumbándose sobre las mesas con verdura como una cantante de salón en un piano. Ella no le hacía caso y se detenía cada cierto tiempo a fotografiar un diente de león moribundo o una ambrosía que crecía entre las grietas de la calzada.

—Tranquilízate —me instó Annabeth—. Estás rechinando los dientes.

—No es verdad —dije, aunque efectivamente estaba rechinándolos.

Ella me tomó la mano.

—Disfruta del día. A lo mejor luego te dejo invitarme a comer.

—Eso no me hace sentir mejor —dije, aunque efectivamente me hacía sentir mejor.

A medida que nos adentrábamos en el mercado, empezaron a aparecer puestos de artículos que no tenían tanto que ver con granjas. Un curtidor vendía bolsos, carteras y fundas para cuchillos labrados a mano. (¿Existe un gran mercado de fundas para cuchillos en el centro?) Un jabonero ofrecía jabón elaborado sin ingredientes de origen animal porque es importante ducharse con la conciencia tranquila. Un fabricante de incienso exhibía mil tipos distintos de sustancias para quemar.

Comenzaba a entender qué interés podía tener una diosa en pasar el rato en un mercado. A los dioses les encantaban las ofrendas quemadas en el altar. Podían vivir a base de fragancias

como yo podía vivir a base de la salsa de siete capas de mi madre. Y ese mercado era un festín de olores.

Blanche se detuvo de repente.

—Vale, ahí está mi madre.

Señaló al fondo del pasillo, detrás de un vendedor de toallas de lino y un muestrario de colgadores de plantas de macramé.

Y allí estaba Iris.

No se parecía en nada a como yo la recordaba. No me sorprendió. Los dioses cambian de apariencia como los mortales de ropa. Ese día Iris era una mujer regordeta con aspecto de abuela, largo cabello canoso y un vestido suelto morado y blanco decorado con... en fin, flores de iris.

Había algo en la presencia de la diosa que me erizó el vello de los brazos. Mi instinto de supervivencia clamaba: «¡Huye! ¡Te ofrecerá granola!»

Su caseta estaba decorada con miles de cristales: algunos colgados de cordones bordados y otros colocados en soportes de bronce, que destellaban a la luz del sol y lanzaban un sinfín de arcoíris sobre el mercado. Me imaginé que todos contenían mensajes Iris y que, al mezclarse, las misiones se asignaban a los semidioses inadecuados, situación que explicaría muchas cosas. Tal vez mi trayectoria entera había sido una serie de llamadas accidentales por mensaje Iris.

—Tranquilizaos —nos dijo Blanche—. Dejadme hablar a mí.

—Mientras yo esté guapo —dijo Grover al tiempo que giraba la cara hacia el sol, haciendo su mejor imitación de una flor silvestre moribunda.

Blanche no le prestó atención. Se acercó a la caseta con paso resuelto, seguida por nosotros.

A Iris se le iluminaron los ojos a medida que nos aproximábamos.

—¡Qué sorpresa más agradable, querida! ¡Y has traído a... amigos!

Dijo la palabra «amigos» como si careciese por completo de lógica combinada con Blanche, como «sandalias de langosta».

—Son unos compañeros del campamento —explicó Blanche—. Querían conocerte.

Iris nos echó un vistazo. Tenía los ojos multicolores, como manchas de aceite en agua. Sonreí y traté de mostrarme cordial, pero no sabía si me había reconocido.

—Qué maravilla —dijo Iris en tono evasivo. Las comisuras de la boca le tiraron hacia abajo al examinar a su hija—. Y veo que sigues vistiendo toda de negro. ¿No te gustó la bufanda que te mandé?

—Sí, era genial —declaró Blanche—. Los colibríes rosa son justo mi estilo.

Iris hizo una mueca.

—Y me imagino... —Señaló la cámara—. Me imagino que no has comenzado a utilizar película en color.

—El blanco y negro es mejor —dijo Blanche.

Parecía que Iris tratase de sonreír mientras le retorcían una daga en la barriga.

—Entiendo.

Empezaba a dudar del plan de Annabeth. Parecía que estábamos a punto de vernos arrastrados a otro drama entre madre e hija que no beneficiaría a nuestra misión. Me imaginé que Iris me maldecía y que acababa saliendo del mercado con el pelo teñido de azul para siempre y la piel decorada con colibríes rosa.

—Bueno —continuó Blanche—, el caso es que dijiste que podía pedirte un favor.

Iris abrió mucho los ojos.

—¡Por supuesto, querida! ¿Un vestido nuevo? ¿Una cámara mejor? ¿Un viaje para contemplar las auroras boreales?

La diosa parecía extrañamente desesperada por agradarle. Pensé que Blanche había hallado una estrategia novedosa para llamar la atención de un padre divino: la indiferencia absoluta. A Iris le dolía ver a su hija tan obsesionada con lo monocromo.

Me pregunté si a mí me daría resultado el método. Si me iba al desierto del Sáhara y fingía que odiaba el agua, ¿empezaría

Poseidón a mandarme regalos: acuarios, piscinas, folletos de cruceros...?

No, probablemente no.

—Quiero que los escuches —dijo Blanche, señalando con el pulgar en dirección a nosotros—. Puede que te dé la impresión de que te acusan de robo.

Iris se quedó peligrosamente inmóvil.

—¿Perdón?

—Pero sólo quieren información. No los fulmines. No los maldigas. Sólo... intenta ayudarlos, ¿vale? Ése es el favor.

Iris nos estudió con más atención. Traté de parecer indigno de ser fulminado.

Al final, la diosa suspiró.

—Muy bien, querida. Por ti. —Su voz adquirió un tono más dulce y ligeramente suplicante—. Luego podríamos hacer algo juntas. ¿Un maratón de *Bruja Escarlata y Visión*?

—Estupendo, mamá. Te mandaré un mensaje. —Blanche se volvió hacia nosotros—. Me piro, entonces. Buena suerte. Y recordad nuestro trato.

Annabeth asintió con la cabeza.

—Grover estará allí.

Grover gritó.

—¿Estar dónde?

—En mi estudio. —Blanche le dio una tarjeta de visita—. La próxima semana. Para una sesión de fotos fijas. Hace siglos que intento engancharte, pero te haces de rogar.

A Grover se le cayó la mandíbula al nivel del sótano. Blanche se alejó por el mercado, sin duda en busca de hierbas débiles y ratas muertas que inmortalizar con su objetivo.

—Bueno, pues —nos dijo Iris—, contadme lo que supuestamente creéis que he robado. Y haré todo lo que pueda para ayudaros... o al menos para no mataros.

14

Iris me da un palo

Lláname entusiasta.

Le contamos a la diosa nuestras aventuras hasta la fecha. Tengo que reconocerlo: Iris sabía escuchar. Los dioses acostumbran a impacientarse con los problemas de los mortales, pero supongo que, como Iris era una mensajera, había tenido que aprender a prestar atención a lo que la gente decía.

Cuando mencioné el cáliz desaparecido de Ganímedes, hizo una mueca como si se le hubiese clavado un trozo de cristal en un sitio incómodo. Cuando le relatamos nuestra experiencia en Hebe Jeebies, Iris cerró los ojos y suspiró como diciendo: «Dioses, dadme paciencia.» Claro que ella formaba parte de los dioses, y no estaba seguro de que rezarse a una misma diese resultado.

—Por supuesto, no creemos que usted robara el cáliz —concluyó Annabeth—. Eso sería ridículo.

—Aunque, si lo hizo —apuntó Grover—, nos encantaría recuperarlo.

Annabeth lo miró frunciendo el ceño. Grover no pareció percatarse. Tenía una aureola fotogénica, como si ahora que era un modelo de retrato de Blanche fuese invulnerable.

—Pero está claro que usted no lo robó —le dije a la diosa—, ¿verdad?

No pretendía poner signos de interrogación a la última parte. Simplemente se me escapó.

Iris frunció los labios. Deslizó los dedos por los colgantes de cristal expuestos y lanzó nuevos destellos de luz de colores por el mercado. Tuve la incómoda sensación de que, con sólo pensarlo, la

deidad podía convertir todos esos rayos de luz en láseres y convertirnos en carne picada de semidiós.

—¿Tenéis idea de lo ingrato que es el trabajo de copero? —preguntó.

Me acordé de Ganimedes paseándose obsesivamente por el comedor del instituto, llenando los vasos y las latas de los estudiantes de bebida olímpica número cinco.

—No parece divertido —reconocí.

—No, Percy Jackson. No es divertido.

Ése fue el primer indicio de que se acordaba de mí, o como mínimo sabía cómo me llamaba. La información no me hizo sentir más seguro.

—Entonces —dije—, no le gustaría volver a tener nada que ver con el cáliz. Ni siquiera para fastidiar a Ganimedes.

Esta vez conseguí que no sonase como una pregunta. Pero aun así Iris puso cara de ofendida. No hay nada más espeluznante que de repente una abuela hippy te lance una mirada asesina.

—Yo no fastidio a la gente —dijo—. No siento más que compasión por ese pobre dios. ¿Secuestrado por Zeus porque era atractivo, utilizado eternamente como adorno para fiestas y teniendo que aguantar las malas caras de Hera y los demás mientras a Zeus se le cae la baba por él? No. Muchos jóvenes y doncellas han sido víctimas de Zeus y de otros dioses que hacen lo que les da la gana con total impunidad. Es terrible.

Miré a mis amigos. Evidentemente, estábamos de acuerdo con Iris, pero fue una sorpresa oír a una diosa decir algo así en voz alta. Era la clase de opinión que Zeus podía censurar con un rayo en la cabeza.

—Veo que hemos venido al sitio adecuado —dijo Annabeth—. Es usted perspicaz, amable, sabia... todas las cualidades que necesitamos para encontrar al ladrón de la copa. Su consejo es precioso como un arcoíris.

Iris sonrió.

—Me doy cuenta de lo que estás haciendo. Intentas halagarme.

—¿El comentario del arcoíris ha sido demasiado? —preguntó Annabeth.

—Excesivo hasta decir basta.

Iris flexionó los dedos como diciendo: «No pares.»

—Nos vendría bien su asesoramiento —continuó Annabeth—. Usted conoce a los dioses. Ve a los que tienen celos de Ganímedes. ¿Quién cree que robó el cáliz?

Iris se quedó un momento en silencio, pensando. Se trataba de otro rasgo poco común en un dios, ya que éstos solían dar por sentado que lo sabían todo y lo soltaban.

—Tengo una teoría —dijo—. Pero necesito estudiar esa idea... discretamente.

—Por supuesto —asintió Grover, y sus hombros se relajaron—. ¡Qué bien! Gracias.

—Ah, la información no será gratis —añadió Iris.

A duras penas conseguí reprimir un comentario. «Claro que no.»

—No porque no quiera ayudaros —dijo Iris, que pareció descifrar mi expresión—. Sé que pensáis que a los dioses nos vuelve locos daros recaditos... y tenéis razón. Os presentáis en nuestra casa, y de repente nos acordamos de montones de cosas que nos gustaría tachar de nuestra lista de cosas pendientes. Pero se trata de algo más.

—El conocimiento tiene un valor —aventuró Annabeth—. Cuanto más valioso es, más hay que ganárselo.

Iris sonrió.

—Has hablado como una auténtica hija de Atenea. Además, así tendréis algo que hacer mientras yo investigo mi corazonada.

No le dije que ya teníamos suficientes cosas que hacer. Sospechaba que los dioses, incluso los buenos como Iris, creían que los semidioses estábamos en un armario de enseres en alguna parte, desactivados y cubiertos con trapos para el polvo, hasta que éramos requeridos para llevar a cabo una misión.

—No os preocupéis —dijo—. Mi misión no os llevará mucho

tiempo. Y todavía disponéis de quince días hasta que salga a la luz la deshonra de Ganímedes.

Grover se estremeció.

—¿Por qué quince días?

—Es cuando Zeus tiene pensado celebrar su próximo banquete.

—Iris se quedó mirando nuestras expresiones vagas y luego suspiró

—. Pero, claro... Zeus no se ha molestado en decírselo a Ganímedes, ¿verdad? —Se volvió hacia Annabeth—. Es el Epulum Minerva: la antigua festividad romana en honor a tu madre. Zeus ha decidido dar una fiesta, tal vez porque quiere algo de ella. Un nuevo invento. Una guerra. Una variedad de aceituna sin hueso. ¿Quién sabe? Si el cáliz no aparece antes de la fecha del banquete, todos los dioses sabrán que Ganímedes lo ha perdido. Zeus se indignará. Ganímedes... probablemente deje de estar con nosotros.

A Grover le tembló el labio inferior. Su aureola fotogénica se había desvanecido.

—¿Qué quiere que hagamos?

Iris sonrió.

—Así me gusta.

Ella se volvió y empezó a quitar cristales de un soporte situado al fondo de su puesto. Mientras ella retiraba los collares, me di cuenta de que el poste exhibidor no era un simple poste. Era un bastón de madera del tamaño de un palo de escoba, con un bonito adorno metálico en la parte superior.

Iris levantó el bastón. Lo dejó en la mesa entre nosotros. Le brillaban los ojos, como si estuviésemos en *La divertida casa de empeños* y esperase oír lo que le ofrecíamos por él.

Annabeth inspiró bruscamente.

—¡Es su *kerykeion*!

—Ah, claro —dije—. Un *kerykeion*.

Iba a suponer que era un sacudidor de alfombras, pero no quería equivocarme.

Annabeth puso los ojos en blanco.

—Es la vara de un heraldo, Percy. Como la que utiliza Hermes.

—Sí... —asintió Iris tristemente—. Otro antiguo trabajo mío. Fui la heralda de los dioses.

Estudí la vara. A diferencia del caduceo de Hermes, no había unas serpientes vivas enroscadas a su alrededor, pero al mirarla con más atención, me di cuenta de que la pieza superior tenía en realidad la forma de un par de serpientes. Poseían unos cuernos diminutos y estaban enroscadas formando un ocho una enfrente de la otra en la parte de arriba. El metal se había cubierto de suciedad con el paso de los años, de modo que costaba distinguir los detalles. Y la madera se encontraba en bastante mal estado, con manchas oscuras de hollín y rodales de grasa.

Me pregunté cuándo había dejado Iris de ser la mensajera de los dioses... Tal vez antes de que naciese Hermes, que fue más o menos, sí... hace bastante. Parecía que desde entonces la vara sólo se hubiese utilizado de expositor de artículos de liquidación.

También me pregunté cuántas veces podía cambiar de trabajo un dios. ¿Podía decidir Iris un buen día convertirse en la diosa de las proteínas de origen vegetal? ¿Podía Ares abandonar la guerra y volverse el dios de las labores de punto? Pagaría dracmas de oro por verlo.

—¿Percy? —preguntó Grover, para avisarme de que había desconectado.

—Perdón. ¿Qué?

—Has oído eso, ¿verdad? —inquirió—. Iris nos estaba explicando que la parte superior es de bronce celestial y la base es de roble de Dodona.

—Vale. —No tenía ni idea de qué era el roble de Dodona, pero no se veía muy higiénico. Y la pieza de arriba parecía más de roña celestial que de bronce celestial—. Entonces, ¿tenemos que transmitir un mensaje con él?

—Oh, no —dijo Iris—. Eso ya es cosa del pasado. Pero antiguamente utilizaba la vara para crear arcoíris cuando volaba por el cielo, viajando de un sitio a otro. Lo echo de menos. —Suspiró—. Me gustaría que limpiaseis la vara como es debido. Que me la

devolváis en todo su esplendor original. Lo reconozco, debería haberlo hecho yo misma hace mucho, pero supongo... En fin, estaba resentida porque Hermes me había quitado el trabajo.

Pensé en lo que la diosa había dicho antes, que cuando había perdido el puesto de copera no se lo había echado en cara a Ganímedes. Pero perder el trabajo de mensajera sí que le había despertado resentimiento. Me hizo pensar hasta qué punto podíamos fiarnos de esa amable abuela multicolor.

—Supongo que no podemos utilizar limpiacristales —dije—. O llevar la vara a una tintorería.

—Oh, no —contestó ella—. Sólo se puede lavar en el río Helisonte.

Annabeth parpadeó.

—No lo conozco.

—Yo sí —dijo Grover. No parecía muy entusiasmado—. Hace mucho, el Helisonte era famoso por su agua mágica y cristalina. Supuestamente, podía limpiarlo todo, por muy contaminado que estuviera. Y... ciertas criaturas se aprovecharon.

—Es cierto —convino Iris—. Las Furias a veces se bañan en él. El río Helisonte es lo único que consigue quitarles la peste del inframundo cuando tienen que mezclarse entre mortales.

Me estremecí al pensar en mi antigua profesora de matemáticas, la señora Dodds, también conocida como la Furia Alecto. No me gustaba la imagen de ella bañándose en un río antes de darnos clase de álgebra.

—Y también otros monstruos —añadió Grover, mirando la pieza serpentina de la vara—. Como serpientes con cuernos.

—Sí, muy bien, joven sátiro —dijo Iris—. De hecho, debéis limpiar la vara en el mismo río en el que se bañan las serpientes.

—Y esas serpientes son superamistosas —deduje.

Iris dejó escapar un grito ahogado.

—Oh, no. Intentarán mataros. —Como Hebe, por lo visto era inmune al sarcasmo—. Pero tened cuidado: no debéis hacer daño a las serpientes.

—¿Porque son sagradas para usted?

—En absoluto. Pero no quiero que nadie sufra en esta misión. Debéis encontrar la manera de cumplir la tarea que os encomiendo sin hacer daño a ninguna de las criaturas del río. ¡Buena suerte, semidioses! Ahora debo volver a mis obligaciones.

Un grupo de clientes invadió la caseta de Iris y empezó a exclamar de admiración al ver los cristales. Podíamos irnos. Agarré la vara mugrienta, que por desgracia no adquirió una forma más pequeña. Mientras andaba por el mercado, me sentí como un mago de pacotilla.

—Que nadie sufra —masculó Annabeth—. Supongo que eso no incluye a los semidioses.

—Ya se nos ocurrirá algo —dijo Grover, sorprendentemente alegre de nuevo—. Siempre he querido ver el río Helisonte. Sólo hay un problema.

—¿Aparte de los monstruos que no podemos matar? —pregunté.

Él rechazó el comentario con un gesto de la mano.

—Me refiero a que el río Helisonte real de Grecia ya no existe. El río mítico podría estar en cualquier parte. He oído que al dios del río le disgustaba tanto que todos los monstruos se bañaran en sus aguas que escondió el río, así que es casi imposible de encontrar. E Iris no nos ha dicho dónde está.

—Supongo que diría que tenemos que encontrarlo nosotros solos —deduje—. Porque el conocimiento es valioso, bla, bla, bla.

Annabeth me dio un codazo en las costillas.

—Lo que necesitamos es un espíritu del agua superior que nos indique cómo encontrarlo. Esas nereidas y náyades se conocen todas. Me pregunto dónde podríamos encontrar a una náyade a la que preguntarle...

Me miró intencionadamente.

Rechiné los dientes una vez más.

—Está bien. Esperaré al lunes y le preguntaré a mi orientadora escolar. Espero que no vuelva a tirarme por el desagüe.

15

¡Yonkers!

Lector, me tiró por el desagüe.

Esperé hasta la séptima hora para ir al despacho de la orientadora escolar de manera que no me perdiese muchas clases si me expulsaba otra vez al Atlántico. Sin embargo, al principio confiaba en que Eudora y yo pudiésemos mantener una tranquila y agradable conversación.

—¡Bienvenido, Percy Jackson!

Pareció alegrarse de verdad de verme cuando me hizo pasar y me señaló una nueva silla de plástico azul. Me pregunté si tenía un montón de ellas en el armario para poder pillar una nueva cada vez que evacuaba a alguien a través del suelo.

Me sonrió por encima del tarro de gominolas. Sus ojos flotaban detrás de sus gafas de culo de botella. Su cabello ondulado relucía como si acabara de hacerse la permanente con baba de medusa.

—¡Bueno! ¿Cómo te va todo?

—He recibido la primera misión —dije—. Para Ganímedes.

Ella dio un chillido.

—¡Es maravilloso! ¿En qué consiste exactamente?

Le di los detalles, pero su mirada distraía tanto que mantuve la vista fija en Rana Pochita casi todo el rato. Ella me miraba triste con su termómetro en la boca sin juzgarme.

Estaba currándomelo para pedirle a Eudora un favor —la ubicación del río Helisonte— cuando ella me interrumpió.

—Un momento. Hebe ha estado involucrada. Ahora Iris. ¿Has solicitado doble crédito?

—¿Que si... qué?

—Oh, querido. Si hay involucrados múltiples dioses, podrías haber solicitado doble crédito. Hebe e Iris también te podrían haber escrito cartas de recomendación.

—¿Quieres decir... que podría haber conseguido tres cartas de recomendación con una sola misión?

Eudora empujó el tarro de las gominolas para formar una barrera protectora entre los dos.

—Pues sí, pero...

—¿Y si solicito ahora la movida esa del crédito doble? Podría volver a ver a Hebe... —Me di una bofetada mental—. Vale, a lo mejor a Hebe no, pero podría volver a ver a Iris...

—Ah, pero tienes que solicitar el doble crédito por adelantado. Me temo que ya es demasiado tarde.

Lancé una mirada furibunda a Rana Pochita. Tenía ganas de darle un puñetazo en la cara, pero como estaba pintada en una pared de ladrillo, supuse que me haría más daño que el que le haría a la rana.

—¿Podemos hacer una excepción? —pregunté—. He cumplido el encargo... Estoy cumpliendo el encargo.

—Ejem... —Eudora rebuscó entre sus folletos y sacó uno de la Universidad de la Nueva Roma—. No... ¿Lo ves? Aquí. Dice que no se puede solicitar doble crédito *a posteriori*.

—¿Es una regla general? Pensaba que yo era el único que necesitaba las cartas de recomendación.

—Y lo eres. Mira.

Me dio el folleto. Al final de un diminuto párrafo sobre el doble crédito (que estoy seguro de que no figuraba antes), un asterisco me remitió a una cláusula de protección todavía más diminuta que rezaba «Esto es aplicable a Percy Jackson».

—Vale, qué rollo. ¡No lo sabía!

Eudora suspiró.

—Bueno, por lo menos parece que la misión va bien. Y ahora, ¿qué?

«Ahora —pensé— voy a pegarle un puñetazo a tu rana en la cara.»

Sin embargo, no dije eso. Me obligué a espirar.

—Ahora —dije— necesito orientación.

—¡Oh! —Eudora se inclinó hacia delante, entusiasmada—. ¡A eso me dedico!

Le hablé de la vara de Iris, que en esos momentos ocupaba un sitio en el armario de mi habitación.

—Tengo que limpiarla y para eso necesito encontrar el río Helisonte.

Eudora no dejó de sonreír. (No sabía que fuese físicamente capaz de eso.) Pero sus labios se estiraron formando una mueca como si alguien le estuviese tirando del peinado.

—El Helisonte. Ah. —Mezcló los folletos y volvió a guardarlos en el cajón—. Allí se bañan serpientes, ¿sabes?

—Eso he oído.

—Monstruos de toda condición. No te lo recomiendo.

—Pero no tengo alternativa. Necesito la carta de recomendación. Como tú me dijiste.

Ella hizo una mueca, probablemente debatiéndose entre las obligaciones de su puesto y sus sentimientos personales.

—Sí, pero... Helisonte es muy quisquilloso. A él no le gusta que la gente se aproveche de sus aguas puras.

—¿Él? ¿Te refieres al dios del río?

Había conocido a varios dioses de ríos. Solían ser malhumorados y antipáticos, y consideraban a los semidioses una forma más de contaminación, como los neumáticos viejos o las colillas.

—Si se entera de que te he indicado dónde está —murmuró Eudora, dirigiéndose casi a sí misma—, no me volverá a dejar entrar en su clase de yoga.

—¿Su clase...? Da igual —dije—. ¿Me estás diciendo que sabes dónde puedo encontrarlo?

Eudora consultó su reloj.

—Ya casi ha terminado la jornada. Supongo que si acabaras en la cabecera del Helisonte por casualidad, no sería culpa mía.

Empezó a borbotear agua de las baldosas y a acumularse

alrededor de mi silla.

—No —dije.

—¡Buena suerte, Percy!

Y me evacuó a través del suelo.

Podría haber acabado en Grecia o Brasil o vete a saber a qué distancia. Tuve suerte de acabar en Yonkers, y es la primera vez en la historia en que las palabras «suerte» y «Yonkers» se utilizan en la misma frase.

Vale, lo siento, Yonkers, no es justo, pero, eh... no era un sitio al que me apeteciese ir a parar después de clase, sabiendo que tendría que hacer un nuevo trayecto en tren para volver a Manhattan.

La silla de plástico azul y yo salimos disparados de una tubería de desagüe, caímos por una bajada pedregosa y nos zambullimos en un arroyo. Me quedé allí sentado un instante, aturdido y magullado, mientras el agua fría se impregnaba en mis pantalones. Lo primero en lo que me fijé fue en el asiento de mi silla volcada, que tenía una placa metálica con el siguiente mensaje grabado:

EN CASO DE ENCONTRARLA,
DEVUÉLVASELA A EUDORA,
OCÉANO ATLÁNTICO.
DEPÓSITO REEMBOLSABLE:
UN DRACMA DE ORO

Estupendo. Si no conseguía entrar en la universidad ni encontraba trabajo, podía dedicarme a deambular por Nueva York buscando sillas de plástico azules para canjearlas por dracmas.

Me puse de pie con dificultad. El arroyo serpenteaba por el lúgubre centro de una pequeña ciudad: edificios de ladrillo bajos, fábricas y almacenes viejos reconvertidos en bloques de apartamentos u oficinas. Supe que era Yonkers porque a lo largo de

la orilla había farolas de hierro de las que colgaban carteles extrañamente festivos que proclamaban ¡YONKERS!

Era el tipo de zona posindustrial que habría tenido mejor aspecto en pleno invierno, bajo un cielo gris encapotado y una capa de sucia nieve urbana. Peligrosa. Inhóspita. Un sitio que te decía «Apechuga o vuélvete a casa».

El lecho del arroyo estaba lleno de arbustos y piedras grises, muchas pintadas ahora de sangre de Percy y muestras de piel producto de la salida por la tubería de desagüe. El agua era lo que se podría llamar educadamente no potable: marrón sucio y cubierta de espuma como un baño de burbujas, sólo que estaba bastante seguro de que no era un baño de burbujas.

Había caído justo al lado de una zona pantanosa denominada HÁBITAT DE RATAS ALMIZCLERAS DEL RÍO SAW MILL.

No vi ninguna rata almizclera. Como eran animales inteligentes, probablemente estuviesen de vacaciones en Miami.

El nombre Saw Mill me resultaba familiar. Recordé una noticia de cuando era niño. Mi madre me había leído un artículo sobre una serie de ríos urbanos que habían sido pavimentados en aquel entonces y convertidos en canales subterráneos de alcantarillado, y la iniciativa de volver a abrirlos y transformarlos en hábitats naturales. ¿Cómo lo llamaban...? Renaturalizar un río.

Por lo que veía, el río Saw Mill no disfrutaba mucho de su renaturalización. A tres manzanas al norte, el agua goteaba sin ganas de un túnel lo bastante grande para atravesarlo en camioneta. La corriente era lenta, como si quisiese volver a la oscuridad y esconderse.

Me preguntaba si Eudora había cometido un error.

«Ah, ¿buscabas el Helisonte, las aguas más puras del mundo? — me la imaginaba diciendo—. ¡Perdona, pensaba que habías dicho el Saw Mill, las aguas más puras del condado de Westchester! ¡Siempre los confundo!»

O tal vez me había desviado a propósito para proteger la

ubicación del Helisonte. De ser así, el dios del río debía de dar unas clases de yoga fenomenales.

Anduve río arriba resbalando y tropezando en rocas cubiertas de musgo. No paraba de girar la cabeza por si veía monstruos o policías de Yonkers o ratas almizcleras gruñonas, pero nadie me molestó. Aproximadamente a mitad de camino del túnel, capté el primer olor pestilente de la entrada, como el aliento de un gigante dormido que había estado viviendo a base de sándwiches de pescado mohoso. Me incliné y tuve arcadas.

El olor no me hizo pensar en las aguas más puras del mundo.

Mientras estaba encorvado rezando al dios de no vomitar, algo pasó flotando junto a mi pie. Al principio pensé que era una bolsa de la compra rota: una simple tira de plástico blanco translúcido. Entonces me fijé en el dibujo en forma de panal de la membrana. Como escamas. Como la piel mudada de una serpiente.

Me ayudó muchísimo con las náuseas.

Vale... Iris nos había dicho que en el río Helisonte se bañaban serpientes. Tal vez esa agua no estaba tan limpia porque en ella se había bañado un monstruo. O la piel de serpiente podía ser de una serpiente normal, porque la naturaleza es así.

Di unos cuantos pasos más.

Cuando volví a mirar hacia abajo, vi otra cosa en el agua. Enganchada en un lecho de musgo había una cosa negra curva y puntiaguda del tamaño aproximado de mi dedo índice. Un impulso—tal vez un deseo suicida— me hizo recogerla. La garra rota relucía a la luz del sol. Había visto ejemplares como ése en las puntas de los dedos de mi profesora de matemáticas de sexto, también conocida como la Furia Alecto.

Miré al túnel oscuro. Fuera lo que fuese lo que estaba allí dentro dándose un baño de burbujas, no quería conocerlo estando solo. Además, no tenía la vara de Iris.

Lamentablemente, eso significaba que tendría que volver con ayuda y someter a Annabeth y a Grover a las maravillas del hábitat de furias del río Saw Mill.

Maldije a mi orientadora escolar, a Rana Pochita y la vida de semidiós en general. Luego fui arrastrándome a buscar la estación de tren más cercana.

16

Grover lo da todo con las canciones de las serpientes

A la tarde siguiente volví con refuerzos.

Cuando les conté a Annabeth y a Grover adónde íbamos, me miraron extrañados, pero no hicieron preguntas. El centro de Yonkers entraba dentro de nuestra típica desviación a lo raro.

No estoy seguro de qué pensaban los demás pasajeros de que yo llevase la vara de Iris en el metro. Tal vez creían que era un pastor que me dirigía a mis prados. Grover, siendo como era, había traído una mochila llena de cosas para picar junto con su flauta de Pan. Y es que nunca se sabe cuándo te pueden dar ganas de bailar mientras comes snacks de maíz con salsa de crema agria y jalapeños. Annabeth había llevado un montón de cosas prácticas, como su daga, linternas y un termo de algo que yo esperaba que fuese más potable que el agua del río.

A las cuatro estábamos en el lecho del riachuelo, mirando a la boca del túnel.

Grover olfateó el aire.

—¿El río más puro del mundo?

—Así es como quedó después de que las Furias y las serpientes se bañaran en él —dije.

—Y a saber qué otras cosas —añadió Annabeth.

Grover metió la zapatilla en el agua marrón.

—Supongo que no podemos rebozar la vara en este barro y santas pascuas.

Yo había pensado lo mismo, pero me alegré de que Grover lo dijese.

—Tendremos que entrar —dijo Annabeth, repartiendo las linternas—. Espero que esté más limpio río arriba. Sigamos la orilla y procuremos no meternos en el agua.

Hasta a mí me pareció un sabio consejo. Pero no meternos en el agua resultó difícil.

A medida que nos internábamos en el túnel, los lados se volvieron estrechos y resbaladizos. Me resultó imposible no chapotear por el riachuelo. Las zapatillas no empezaron a echar humo, y los pantalones no se me incendiaron, de modo que supuse que el agua no era tan tóxica. Aun así, añadí «ducha muy caliente» a mi lista de tareas, suponiendo que volviese a casa por la noche.

Cuando habíamos recorrido unos cien metros, Annabeth se detuvo.

—Mirad —dijo.

Movió el haz de su linterna por el techo del túnel, que estaba cubierto de musgo y líquenes tan espesos que no sabía si debajo había asfalto artificial o roca natural. Por donde pasaba la luz de Annabeth, dejaba un reguero verde azulado luminiscente.

—Cómo mola.

Utilicé la linterna para dibujar una brillante cara sonriente en la pared.

—¿Cuántos años tienes? —me preguntó Annabeth.

—Ocho la semana pasada.

El comentario le arrancó una sonrisa. Me encantaba hacerla sonreír cuando intentaba no hacerlo. Siempre me sabía a victoria.

Nos pasamos unos minutos dibujando grafitis de luz. Grover escribió «Pan 4ever». Yo escribí «AC + PJ». Annabeth trazó arcos concéntricos hasta que creó un arcoíris azul y verde. El musgo siguió brillando un buen rato, bañando el túnel de una alucinante luz color turquesa.

Más adelante, el canal se ensanchaba para formar un espacio mucho más grande. El sonido de la corriente se volvió más estruendoso y ronco. Entramos en una cueva tan enorme que parecía otro mundo.

Bajo un techo alto como una catedral lleno de estalactitas brillantes, el río serpenteaba hacia el norte entre llanuras onduladas de hierba amarilla. El paisaje estaba salpicado de árboles de color ceniza, sin hojas y raquítricos, con las ramas enroscadas como dedos artríticos. La escena me recordó los Campos de Asfódelos del reino de Hades, y el hecho de que haga esa comparación del mismo modo que tú podrías decir: «Ah, sí, se parece al centro de la ciudad» es un triste signo de mi historial de viajes.

Aquí y allá, afloramientos de granito formaban islas en la hierba, pero el gran protagonista era el propio río. Serpenteaba perezosamente por la cueva creando grandes recodos como si no tuviese prisa por llegar a la luz del día. Las orillas estaban bordeadas de tupidos grupos de juncos. La corriente relucía de manera amenazante a la luz azul del musgo. El agua no parecía más limpia allí. El olor pestilente había desaparecido. Pero en una charca situada a unos veinte metros río arriba, montones de criaturas viscosas y resbaladizas como látigos se revolcaban y retorcían en las aguas poco profundas, y me quitaron las ganas de volver a comer espaguetis en la vida.

—Qué asco —murmuró Annabeth.

—Eh, deja esos prejuicios de mamífero —susurró Grover—. Los reptiles también son personas.

—Con veneno —dije—. Y sangre fría. Y una mordedura fea. Y... vale, eso también es aplicable a los humanos.

Grover asintió con la cabeza. «Gracias.»

—Luces fuera —susurró Annabeth.

Apagamos las linternas, aunque no parecía que las serpientes hubiesen reparado aún en nuestra presencia. Estaban demasiado ocupadas retozando y lavándose las escamas.

Oteé el horizonte.

—¿Crees que podemos esquivarlas y seguir río arriba?

Grover olfateó el aire.

—Todo este sitio huele a monstruos. No sé si hay más aparte de

las serpientes. En esa hierba tan alta podría esconderse cualquier cosa.

—Incluidos nosotros —propuso Annabeth—. Si no podemos luchar contra las serpientes, esquivarlas me parece nuestra mejor opción.

—Está bien —convino Grover—. Pero dejadme ir a mí primero. Yo podría reconocer un camino seguro a través del campo.

Raro era el día que Grover se ofrecía a ir primero por territorio peligroso. Me quedé demasiado sorprendido para llevarle la contraria. Cómo había evolucionado mi viejo amigo, que ahora asumía responsabilidades y daba ejemplo. A veces me olvidaba de que ya no era un joven sátiro asustado, sino un anciano asustado del Consejo de Sabios Ungulados. Supongo que los dos habíamos madurado mucho.

Por lo menos allí Grover estaba en su salsa, suponiendo que esa cueva horripilante contase como entorno natural.

Anduvimos entre la hierba que nos llegaba al cuello, afilada como hojas de sierra. Grover consiguió guiarnos por las parcelas más espesas, pero yo daba respingos cada vez que una brizna amarilla se me enganchaba en el brazo. Para colmo de males, el campo crujía como plástico de burbujas conforme andábamos por él. Me imaginaba que cualquier monstruo escondido entre la maleza nos oiría.

Finalmente llegamos a una de las islas formadas por rocas. Grover trepó a lo alto como sólo alguien con patas de cabra podía hacer y acto seguido miró hacia el río.

—Esto no me gusta.

—¿El qué? —pregunté.

Nos ayudó a subir.

Desde la cima vi el curso entero del río que se extendía ante nosotros. El Helisonte entraba en la cueva por una grieta situada en el muro norte y luego caía en cascada a lo largo de una serie de cornisas rocosas antes de ensancharse y serpentear por las llanuras. En todas las partes por las que se podía acceder a las orillas, en

cada charca poco profunda o en cada poza en la que uno podía lavar un *kerykeion* mugriento, el agua estaba llena de serpientes. Cientos de ellas.

—Por lo menos no veo a ninguna Furia —comentó Grover.

—Sí —asentí—. Pero está claro que los espaguetis quedan descartados del menú esta semana.

—¿Qué?

Grover parecía ofendido. Le encantan los espaguetis.

—Nada —dije.

Annabeth escudriñó el río.

—¿Qué tal allí? —Señaló a la parte norte de la cueva, donde el río abría un desfiladero entre montones de granito—. Es donde el agua estará más limpia. A las serpientes les cuesta acceder allí. Probablemente la corriente es demasiado traicionera para ellas.

—¿Y no para un hijo de Poseidón? —pregunté.

Ella se encogió de hombros.

—Vale la pena intentarlo.

—Pero es imposible que lleguemos allí sin que nos vean. Y si las serpientes empiezan a perseguirnos... ¿a qué velocidad creéis que pueden ir?

Grover se estremeció.

—¿Entre esta hierba? Mucho más rápido que nosotros.

—Ojalá tuviéramos los zapatos voladores de Luke —dijo Annabeth.

Grover hizo una mueca.

—Demasiado pronto.

Hacía cinco años ese par de zapatos malditos habían estado a punto de arrastrar a Grover al Tártaro. Un trauma como ése puede dejar cicatriz. Pero lo que más me sorprendió fue que Annabeth mencionase a Luke Castellan, nuestro viejo amigo convertido en enemigo. Desde la Batalla de Manhattan, ella casi nunca pronunciaba su nombre. Me pareció un mal augurio que ahora lo sacase a colación.

—Tengo una idea —anunció Grover—. Es terrible, pero podría

funcionar.

—Me encanta —dije.

Sacó su flauta de Pan.

—Vosotros id a los acantilados. Yo vigilaré desde aquí. Si llegáis, estupendo. Pero si las serpientes se dirigen hacia vosotros, yo debería verlas moviéndose entre la hierba. Entonces las distraeré con la flauta. Conozco unas canciones fenomenales para serpientes.

Otra faceta de Grover que desconocía: la de animador serpentino.

—En cuanto empieces a tocar, irán a por ti —dijo Annabeth—. Supongo que ésa es la parte terrible.

—Será peor aun que lo de las gallinas de Hebe Jeebies —aventuré.

—Sí, no me entusiasma la idea —reconoció él—. Pero como ha dicho antes Annabeth, yo soy el que puede correr más rápido. A lo mejor consigo que ganéis algo de tiempo. Si oís la flauta, tened en cuenta que el tiempo corre, y sería ideal que os dierais prisa. Lavad la vara de Iris. Nos reuniremos en la salida.

Annabeth y yo nos cruzamos una mirada. Habíamos estado en muchas misiones peligrosas los dos solos, pero no podíamos movernos muy sigilosamente sin nuestro guía la supercabra. Tampoco me hacía gracia la idea de que Grover hiciese de señuelo por segunda vez.

Por otra parte, Grover estaba que se salía con la actitud de sátiro valiente. No quería que pensase que tenía dudas acerca de él.

—Vale —dije—. Ten cuidado.

Que fue como decirle a Grover que ganase la lotería, porque todos sabíamos los riesgos.

Annabeth le dio un fuerte abrazo.

—Con suerte, no hará falta que les toques canciones a las serpientes.

Descendió por las rocas y anduvo entre la hierba. Yo la seguí porque era el tío con la vara roñosa de mensajero.

A los pocos metros, la hierba nos cubría la cabeza. Los

puntiagudos juncos me arañaban la ropa. Cada vez que nos movíamos, los tallos se balanceaban y susurraban. Si hubiésemos levantado unos letreros luminosos en los que pusiese COMIDA PARA SERPIENTES GRATIS, tal vez habríamos llamado más la atención, pero no mucho más.

Seguimos los sonidos de la cascada para dirigirnos hacia el norte. Yo mantenía la mirada en el suelo, tratando de dar cada paso con el mayor cuidado y sigilo posible. Andábamos tan despacio que me estaba volviendo loco de impaciencia. Tampoco ayudaba que no parase de imaginarme que salían serpientes de la hierba y me clavaban los colmillos en los tobillos.

Recordé la ocasión en la que unos basiliscos nos habían perseguido a mis colegas Frank y Hazel y a mí por un campo cubierto de hierba de California parecido a éste. Ahora que lo pienso, había pasado demasiado tiempo de mi vida jugando al escondite con reptiles mortíferos.

Me dio la impresión de que tardamos unos doce años en llegar al río. Claro que desde la experiencia en Hebe Jeebies había dejado de fiarme de mi noción del tiempo.

Finalmente, salimos de la hierba junto al pie de la cascada. Subimos por una serie de rocas hasta situarnos en una resbaladiza cornisa que dominaba una amplia charca situada seis metros más abajo. El agua era cristalina, no había serpientes y pedía a gritos que alguien hiciese la bomba en ella. Sin embargo, estaba rodeada de escarpados acantilados, y no había una forma clara de salir a menos que quisiese seguir los rápidos río abajo por el Aquapark las Serpientes.

—Podrías tirarte con la vara —propuso Annabeth.

—Claro —dije—. El problema es volver a subir cuando haya acabado.

Annabeth sacó una cuerda de su mochila y sonrió.

—Piensas en todo —dije, tratando de parecer contento. La charca era demasiado tentadora... y me acordé de que Iris había hablado de un dios del río furioso, que parecía la clase de detalle que luego

haría que todo saliese como el *podex*—. A lo mejor deberíamos planificarlo un poco antes. Hacer planes es tu especialidad, ¿no?

Entonces oí la música: el inconfundible sonido de una flauta de Pan a lo lejos. Era una canción que reconocía de la colección de discos de mi madre: *Union of the Snake*, de Duran Duran. El reloj había empezado a correr. Grover estaba en apuros.

—Se acabó el tiempo —me dijo Annabeth—. *Bon voyage*.

Y me empujó por el acantilado.

17

Conozco el moño de la muerte

Busca a alguien que te quiera como mi novia, que me despeña por un precipicio.

Sin vacilar. Con una confianza plena en sus capacidades, con la firme convicción de que vuestra relación puede soportarlo, y con una fe absoluta en que cuando salgas del agua, suponiendo que sobrevivas, no dudarás en perdonarle que te haya empujado. Casi con toda seguridad la perdonarás. Probablemente.

Puntos extra si encuentras a alguien con el morro de decir *Bon voyage* mientras lo hace.

Conseguí no soltar la vara al sumergirme en la charca. El agua me impactó como un chorro ártico que me heló la sangre en los capilares y me retorció los dedos de las manos y los pies. Podía respirar bajo el agua, pero el frío que noté en los pulmones fue como el peor episodio de ardor de estómago de la historia. ¿Existe la congelación pectoral?

A medida que la nube de burbujas se disipó, me vi flotando en el agua color turquesa más pura que había visto en mi vida. Por la superficie se filtraba una luz que proyectaba imágenes relucientes de escamas azules en las paredes del desfiladero, de tal manera que daba la sensación de que estaban cubiertas de cota de malla viva.

Parecía que estaba solo. Ninguna serpiente con cuernos. Ninguna Furia tumbada en bañador. Sin embargo, una nube de hierba, tierra y sudor empezaba a brotar a mi alrededor. Era como si la vara estuviera echando humo mientras sus siglos de mugre se desprendían poco a poco.

Por una parte, iyupi, se estaba limpiando! Por otra, me sentí fatal

por contaminar esa agua tan impoluta.

Entonces una voz dijo:

—Oh, Hades, no.

El tipo que flotaba enfrente de mí era de color azul zafiro, cosa que lo volvía casi invisible en el agua. Apenas podía mirarlo fijamente, aunque estaba tan cerca que podría haberle escupido en un ojo. (Pero yo no escupo bajo el agua porque es de mala educación.)

Llevaba una camiseta de tirantes y unos pantalones holgados y tenía el moño masculino más espectacular de la historia de los moños masculinos. Me di cuenta de que podía ser un profesor de yoga, sólo que no tenía esa calma serena y contemplativa. Con su boca con barba de expresión hosca y sus furibundos ojos oscuros, parecía dispuesto a hacerme un saludo al sol en plena jeta.

—Hola —dije—. Usted debe de ser el dios del río Helisonte.

—En realidad soy el encargado de la charca. ¿Quieres una toalla o una sombrilla?

—¿De verdad?

—¡No, tonto! ¡Pues claro que soy Helisonte, poderoso pótamo de este río!

Había conocido a tantos dioses de ríos que no me costaba contener la sonrisa cuando oía la palabra «pótamo», pero aun así resultaba difícil no pensar en un hipopótamo.

—Lamento entrometerme en sus aguas —dije—. Soy Percy Jackson. ¿Hijo de Poseidón?

Añadí los signos de interrogación porque a veces el nombre de mi padre abre puertas, normalmente puertas acuáticas.

Helisonte abrió mucho los ojos.

—Ah... —Cruzó sus musculosos brazos azules como un genio a punto de concederme un deseo—. En ese caso, no pasa nada porque hayas caído en mi inmaculada gruta privada con esa vara asquerosa y sin ni siquiera quitarte las zapatillas.

—¿De verdad?

—¡No, tonto!

Agitó dos dedos en dirección a mí. Las zapatillas y los calcetines me fueron arrancados de los pies y salieron disparados del agua. La vara de Iris saltó de mi mano y subió como un cohete a la superficie.

Estaba reflexionando sobre lo ético de la situación, tratando de averiguar si podía salir victorioso de un enfrentamiento contra el dios de un río en su hogar, y de ser así, si Iris consideraría que había estado exento de sufrimiento. Yo apostaba por «no» y «no».

—Ejem... perdone por lo de las zapatillas —dije, lo más diplomáticamente que pude—. Pero necesito limpiar esa vara. ¿Le importa si...?

—¿Vas a por ella? —preguntó Helisonte—. Claro que no.

Volvió a agitar los dedos, y esta vez yo salí disparado del agua y choqué con la pared del acantilado. Caí hecho un amasijo empapado y gimoteante en una estrecha cornisa. Tirada a mi lado, por suerte intacta, se hallaba la vara de Iris, todavía bastante mugrienta. Mis zapatillas no se veían por ninguna parte.

Me incorporé y me froté la cabeza. Cuando aparté los dedos los tenía manchados de sangre. Probablemente no era buena señal.

Helisonte salió de la charca, cuya superficie bullía alrededor de su cintura. Orbitando alrededor de su pelo había una diminuta galaxia de ingravidas gotas de agua cuyo centro estaba en el agujero negro de su moño.

—Pido muy poco —dijo—. Utilizar el registro de entrada. Las serpientes con cuernos, martes y jueves. Las Furias y otros secuaces del inframundo, lunes, miércoles y viernes. Los semidioses, nunca. Quitarse el calzado antes de entrar en mis aguas. Y, por encima de todo, utilizar sólo las CHARCAS DE ABAJO. ¡Mi cabecera está prohibida! Tú has conseguido infringir todas esas normas.

—No sabía... —empecé a decir.

Helisonte señaló una placa de bronce fijada con remaches a la pared del acantilado junto a mí. NORMAS DE LA CHARCA.

No soporto las instrucciones escritas. Sobre todo las colocadas donde no puedes verlas hasta que ya las has infringido.

—Vale —dije—. Pero...

—A ver si lo adivino. —La galaxia acuática de Helisonte empezó a dar vueltas más rápido mientras su moño alteraba el tiempo y el espacio—. Tú no sigues las normas.

—Bueno, yo no...

—Tú eres una excepción. Tu necesidad es muy importante.

—A ver...

—Bastante grave es que me estén renaturalizando —gruñó Helisonte—. La calidad de mi agua se ha vuelto pésima río abajo. ¿Y ahora tú quieres contaminar mi última charca inmaculada porque necesitas limpiar un palo?

—Es una vara de Iris, por si sirve de algo.

—Oh, en ese caso...

—Va a volver a cerrarse en banda con su sarcasmo, ¿verdad?

—¡Así que no eres un idiota redomado! —Helisonte sonrió—. Eso era sarcasmo, por cierto.

Qué suerte la mía. Había ido armado de sinceridad a un duelo de sarcasmo. Supongo que Iris y Hebe habían embotado mis defensas naturales.

Alcé la vista a la cornisa, donde Annabeth se hallaba inmóvil, evitando sabiamente llamar la atención. Me lanzaba aquella mirada de alarma que yo tan bien conocía: «No te mueras, Percy.»

Parecía que Helisonte todavía no había reparado en ella. Yo quería que siguiese así. Tampoco quería palmarla, pero, si me mataban allí abajo, Annabeth se sentiría fatal por haberme empujado. Entonces yo podría fastidiarla eternamente.

Sólo que estaría muerto. Da igual.

De lejos, la flauta de Grover sonaba débil y frenética. Me pregunté cuántas serpientes lo perseguían y cuánto tiempo podría correr delante de ellas mientras tocaba una melodía al mismo tiempo. Que yo supiese, mi amigo no tenía experiencia en ninguna banda de música.

Levanté las manos en señal de rendición.

—Lo entiendo —le dije a Helisonte—. Conocí al río Hudson y al

East River en una ocasión. No soportan que los contaminen. Y las aguas de usted están mucho mucho más limpias.

A Helisonte le empezó a temblar la boca. Yo no sabía si estaba indignado, sorprendido o complacido... pero todavía no me había matado, de modo que decidí seguir hablando. (Un error que cometo a menudo.)

—Los ríos tienen una vida dura —dije—. A mí no me gustaría que me convirtieran en un canal de desagüe, ni que vertieran aguas residuales en mí, ni que construyeran el generador de una presa encima de mí, ni nada por el estilo.

Deslicé la mano por la vara de Iris, muy furtivamente. Agarré el mango.

—Debería haberle pedido permiso —continué—. Un error de novato. Pero tiene que haber una forma de compensarle y lavar esta vara, porque es muy importante para Iris. Insistió en que fuera en sus aguas porque...

Tragué saliva. Tenía la cabeza a punto de estallar de dolor y me costaba pensar.

¿Qué estaría haciendo Annabeth? Alcé la mirada y vi que se daba unos golpecitos en un reloj imaginario en la muñeca. No me sirvió de mucho. La música de Grover se alejaba más y más.

—Porque Iris lo admira —le dije al río—. Si supiera cómo habla de usted... ¡Y de sus clases de yoga! Es su fan número uno.

Busqué la más mínima señal de que mis palabras estaban haciendo mella en él. A esas alturas, habría aceptado cualquier reacción menos el sarcasmo. A saber por qué un profesor de yoga raro estaba tan resentido.

—Quieres compensarme —dijo Helisonte.

—Por supuesto.

—Supongo que puedes chasquear los dedos, reparar todos los daños que has causado a mi río y dejarlo más limpio que como lo has encontrado.

—Ejem...

—Aunque sólo harías eso después de conseguir lo que quieres —

aventuró—, y yo tendría que creerte.

—Bueno... —Agarré más fuerte la vara. Las cosas no estaban saliendo como yo quería. Me pregunté si tendría más suerte volviendo a Yonkers por los rápidos—. Lo intentaré con mucho gusto.

—¿Cómo les fue al río Hudson y al East River? —preguntó él, con la dulzura del ácido—. ¿Están ahora limpios?

—Oh. A ver... no, pero son más difíciles de limpiar. Son mucho más grandes que usted.

No debería haber dicho eso. Helisonte entornó los ojos.

—Entiendo. Te parezco pequeño. Intrascendente. Aunque hay una lista de espera de seis meses para entrar en mi clase de yoga vinyasa.

En la cornisa, Annabeth hurgaba en su mochila, buscando sin duda algo que me permitiese salir de la situación que había creído que yo sabría manejar. Me la imaginé desenfundando su daga y gritando *Cowabunga!* mientras se lanzaba sobre la espalda de Helisonte. Me habría encantado verlo, pero no quería ver las consecuencias cuando ella se enfrentase a la ira del sarcástico dios del moño.

Traté de hallar otra solución, cosa nada fácil con el terrible dolor de cabeza que tenía. En el futuro tendría que acordarme de no romperme la crisma hasta haber utilizado el cerebro que contenía.

—Tiene que haber algo —rogué—. ¿Tal vez una visita al palacio de Poseidón? Está construyendo una piscina desbordante increíble. Usted podría dar su... clase de yoga con vistas a la plataforma continental. Y con ballenas.

A mí me parecía un buen trato porque las ballenas molan. Pero, por lo visto, a Helisonte no le iba el yoga ballenero.

—Me temo que no. —Su sonrisa se volvió varios grados más fría que su agua—. Pero se me ocurre una forma de que me compenses.

Asentí con la cabeza, entusiasmado, cosa que hizo que se me enturbiase la vista.

—Claro, lo que sea.

—¿Lo que sea? Perfecto. Siempre me he preguntado cuánto tardaría en ahogarse un hijo de Poseidón. ¡Averigüémoslo!

El río se me echó encima como un muro de ladrillos líquidos.

18

Annabeth todo lo puede con infusión

Me habría gustado que Helisonte se decidiese.

Expulsarme del agua. Arrastrarme al agua. Atacarme con sarcasmo. Había tantas formas interesantes de matarme que no se decidía.

Que quede claro que no soy una persona fácil de ahogar. Pero tener a un dios de un río zarandeándome en el fondo de su gruta, llenándome los agujeros de la nariz y la boca de porquería, es como intentar respirar en medio de una tormenta de arena. Me quedé cegado y desorientado, golpeándome contra las piedras, sin poder concentrarme.

Y eso me cabreó.

Los poderes de los semidioses son extraños. Cuando tenía diez u once años las cosas ocurrían sin más, y no entendía por qué. Las fuentes cobraban vida. Los váteres explotaban. Controlaba el agua de forma instintiva, pero sólo cuando estaba asustado o furioso, como Hulk pero con las tuberías. A medida que me he hecho mayor, he aprendido a dominar mis poderes, más o menos. Ahora puedo hacer que los aspersores de tu jardín exploten a voluntad. (Ofrezco mis servicios para fiestas de cumpleaños. Llámame.)

Sin embargo, a pesar de tener más control sobre él, todavía hay momentos en los que ese poder se me escapa de las manos. Es como si piensas: «Bah, soy demasiado maduro para llorar como un niño», y entonces ves una película sobre un cachorro monísimo que se pierde y te pones a berrear. O si crees que sabes contenerte, pero sacas una mala nota, pillas un berrinche de campeonato y tu monopatín acaba asomando de la pared de tu habitación,

atravesando tu póster favorito de Jimi Hendrix. Por supuesto, los ejemplos que he puesto son estrictamente hipotéticos.

El caso es que eso es lo que pasó en el fondo de la charca de Helisonte. Mientras yo era sacudido, volteado y aporreado como la colada en un programa extrafuerte de lavado, mi control se vino abajo. Volvía a ser un niño asustado que gritaba para que el mundo cruel me dejase en paz. Mi ira estalló.

Y también el río. Salió volando por todas partes situándome en la zona cero de la detonación: hecho un ovillo en una burbuja de aire, gritando tan fuerte que me oía a mí mismo por encima del estruendo del torrente. Una parte de mí se había proyectado al exterior... no sólo a la charca, sino a la fuente misma del río, en las profundidades del inframundo o puede que en Yonkers, y la había arrancado de raíz. Millones de toneladas métricas recorrieron con estrépito la cueva, inundaron la charca, batieron los acantilados, desbordaron las orillas del río y es probable que sorprendiesen a un montón de serpientes que se bañaban río abajo.

Finalmente, el agua regresó a mi alrededor y retomó su corriente normal.

Yo estaba temblando, exhausto y asustado ante lo que había hecho. No sé cuánto tardé en volver en mí. ¿Segundos? ¿Minutos? Cuando el cieno se despejó, levanté la vista y tuve un pensamiento claro: «Annabeth.» Si la había ahogado sin querer en el Atlántico, no me lo perdonaría nunca.

Salí disparado a la superficie.

No tenía de qué preocuparme. Annabeth estaba sentada en la cornisa con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos, hablando tranquilamente con un Helisonte muy nervioso. El dios del río se hallaba apoyado en ella como un refugiado conmocionado, temblando y cubierto de lodo del río. El moño se le había deshecho, de forma que ahora su pelo parecía una planta de yuca moribunda.

—No... no tenía ni idea —dijo, sorbiéndose la nariz.

—Ya pasó. —Annabeth le deslizó el brazo por los hombros—. Tranquilo. A veces da miedo cuando se enfada.

Me quedé flotando en la charca preguntándome si había aparecido en una dimensión alternativa. Annabeth estaba consolando al tío que había intentado ahogarme y decía que yo daba «miedo». Entonces miró hacia abajo y me guiñó el ojo: una señal que significaba «Sígueme la corriente».

—Pero tiene que reconocer —le dijo a Helisonte— que Percy ha hecho un trabajo estupendo.

«¿Un trabajo estupendo? —me pregunté—. ¿De qué hablaba?»

La herida de mi cabeza parecía haberse curado en el agua, de modo que no estaba teniendo alucinaciones.

Entonces eché un vistazo a la gruta. Mi maremoto había barrido las paredes del acantilado hasta los pies de Annabeth y había dejado la roca reluciente. Ahora que el sedimento había vuelto a asentarse, la charca era todavía más transparente que antes. El aire olía a fresco y a limpio, recuperada la fragancia a «río nuevo». La corriente discurría con más fuerza y más fría, precipitándose por la cueva con un clamor de júbilo como el público que sale a la calle después de una gran actuación.

Por lo visto le había ofrecido al río Helisonte mi servicio Lavado de Poseidón de superlujo completo, con suavizante de triple espuma, protección contra el óxido para el chasis y abrillantado intenso con cera.

Busqué la vara de los arcoíris. No la veía. Con la suerte que tenía, probablemente la había mandado a Harlem.

Annabeth seguía dando palmaditas en el hombro a Helisonte y emitiendo sonidos tranquilizadores. Cuando nos miramos a los ojos, señaló con la barbilla para indicarme que mirase río abajo, pero yo seguía sin ver nada.

Helisonte temblaba.

—No... no sabía que tenía tanta presión de agua.

—La corriente es ahora ideal —dijo Annabeth—. Ya verá como mejora su yoga vinyasa.

—¿Tú crees?

—Por supuesto. Y nunca he visto un río más limpio. Pero si

encuentra alguna mancha que a Percy se le ha pasado por alto, seguro que puede...

—¡No! —gritó Helisonte—. No, me encanta.

Dijo «Me encanta» como si significase «Duele horrores».

—Perdón —solté. No podía creer que estuviese disculpándose por ponerme a salvo de un tipo que había intentado matarme, pero me sabía mal por él—. Se me ha ido un poco la olla.

Él hizo una mueca.

—No... no, yo te pedí que limpiaras el río. Y lo has hecho. Así aprenderé a utilizar el sarcasmo.

Por una vez no parecía sarcástico.

Annabeth volvió a señalar río abajo, como si me dijese: «Allí, besugo.»

En esta ocasión vi lo que apuntaba. A unos diez metros, la vara de Iris se había encajado en una grieta situada justo encima de la cota del agua. El palo de roble relucía. El recargado blasón de heraldo brillaba emitiendo una cálida luz amarilla, sin una mota de suciedad en sus motivos de bronce celestial.

—Bueno, si le parece bien —dije—, voy a...

Señalé la vara.

Helisonte evitó mi mirada. Se limitó a asentir con la cabeza. Me daba la impresión de que habría reaccionado igual si le hubiera pedido que me diese la cartera. Hala, qué persona más horrible era.

Mientras nadaba río abajo, oí una música tenue en el aire: la flauta de Pan de Grover, que venía de la otra punta de la cueva. Había dejado a Duran Duran. Ahora estaba tocando *Help!*, de los Beatles. Lo interpreté como un sutil mensaje de que se estaba cansando de encabezar el desfile de serpientes.

Agarré la vara de Iris y volví nadando junto con Annabeth y Helisonte. Esperaba que Annabeth me lanzase la cuerda y me ayudase a subir, pero no parecía que tuviese ninguna prisa por despedirse del dios del río. De hecho, había sacado el termo y estaba sirviéndole una bebida caliente.

—Es una mezcla de escaramujo y manzanilla muy rica —le dijo—.

Ya verá como le resulta relajante.

Helisonte bebió un sorbo de la infusión.

—Deliciosa.

—¿Qué pasa? —pregunté.

La verdad es que no esperaba una respuesta, y menos mal, porque no recibí ninguna.

—¿Cuántas veces al día? —consultó Helisonte a Annabeth.

—Yo probaría por la mañana y por la noche —contestó ella—. También cuando quiera meditar. Tome. —Le dio un par de bolsas de sobra—. Nada de cafeína. Yo evitaría el té verde. Le estresa mucho.

—Supongo que tienes razón —dijo el dios suspirando—. Bueno, de cara al nuevo horario... podríamos reservar un sábado cada dos semanas para que los semidioses limpiéis objetos sagrados. ¿Te... parece bien?

—Más que bien —dijo Annabeth.

—Desde luego —convine—. Pero ahora mismo tenemos a un amigo en apuros perseguido por serpientes.

Annabeth frunció el ceño como si yo estuviese estropeando un agradable momento, pero Helisonte apuró la taza de infusión y se la devolvió.

—Por supuesto. Buena suerte con vuestro amigo. Y, ejem... —Tragó saliva, nervioso—. Si lo del curso de yoga con ballenas en el palacio de Poseidón iba en serio...

—Oh, yo nunca bromeo con el yoga con ballenas —le aseguré—. Hablaré con mi padre.

Helisonte se sonó la nariz.

—Gracias, Percy Jackson. Y, Annabeth Chase, has sido muy amable.

A continuación, agarrando las bolsas de infusión, Helisonte se licuó y se derramó por el acantilado. Me aparté porque no quería que sus aguas me cayesen encima.

Una vez que estuve seguro de que se había ido, miré a Annabeth.

—¿Has traído hierbas? ¿Mientras a mí me sacudían ahí abajo, tú estabas bebiendo una infusión?

Ella se encogió de hombros.

—Iris nos dijo que le gustaba el yoga. He pensado que una infusión de hierbas podía ser un buen ofrecimiento.

Lo dijo como si su razonamiento tuviese todo el sentido, como $X = 2yz^3$, donde x es el yoga e y es la infusión.

—Claro —dije—. ¿Tienes algo más ahí dentro que nos sirva para rescatar a Grover?

—*Bien sûr* —contestó ella, que creo que en francés quiere decir «¿Tú qué crees, Sesos de Alga?». Sacó una bolsa de papel de la mochila y agitó el contenido—. Golosinas para serpientes. El dependiente de la tienda me recomendó el sabor a hámster.

—Tengo muchas preguntas que hacerte.

—Deberíamos ponernos en marcha. Estamos perdiendo el tiempo.

—¿Seguro que no tenemos tiempo para otra taza de Magia para la Meditación? ¿Qué tal si me lanzas esa cuerda?

—No hace falta. —Ella se levantó—. Ve nadando río abajo. Yo me volveré invisible... —Sacó su gorra mágica de los Yankees de Nueva York: su accesorio de moda favorito, como una carta de «Quedas libre de la cárcel»—. Yo iré hacia el este a buscar a Grover, distraeré a las serpientes con las golosinas y lo pondré fuera de peligro.

—Mientras yo voy hacia el oeste y me convierto en otro objetivo —aventuré.

—Exacto —dijo ella—. Cuando las serpientes te sigan, daremos la vuelta y nos reuniremos contigo en la entrada de la cueva.

—¿Y, ejem, me das chuches con sabor a hámster?

—Tú no las necesitarás.

—Entonces, ¿con qué se supone que voy a distraerlas? Y lo más importante, ¿cómo escapo de ellas cuando haya captado su atención? Porque ésa es la clase de detalles que me gusta haber previsto, ¿sabes?

La sonrisa de Annabeth me indicó que su respuesta me iba a gustar tan poco como que me tirasen de una cornisa.

—Tú tienes la vara de Iris. Tú tienes la mejor parte.

19

Pruebo el arcoíris y está bastante malo

Ya puedo tachar de mi lista de cosas por hacer antes de morir «saltar por el campo haciendo arcoíris».

Cuando salí del río, varios cientos de metros río abajo, Grover estaba tocando su canción de último recurso. Los compases lejanos de *YMCA* resonaban por la cueva. Supe que era la señal de que se estaba quedando sin energías y sin aire porque cuando alguien toca *YMCA*, casi siempre es un grito de socorro.

Annabeth me había dicho que saltase por el campo mientras sujetaba la vara de Iris. Estaba convencida de que así se formarían hermosos arcoíris, que llamarían la atención de las serpientes y les harían pensar: «Oooh, qué bonito.» Entretanto, ella se volvería invisible, buscaría a Grover y lo pondría a salvo lanzando chuches de serpiente según procediese para mantener a las culebras lejos de ellos.

—¿Y si no consigo que la vara funcione? —pregunté.

—Ten fe —dijo Annabeth. Habría jurado que estaba haciendo esfuerzos por no reír.

—¿Y si no logro deshacerme de las serpientes cuando me sigan?

—Apaga el arcoíris —contestó ella—. Cuando te quedes a oscuras, no deberías correr ningún peligro. Y hagas lo que hagas, no dejes de saltar.

Como buen soldado, hice lo que me mandó. En cuanto salí del río, me puse los calcetines —que la corriente había arrastrado hasta una mata de juncos cercana— y los zapatos, y comencé a saltar por la hierba.

La cosa duró unos tres metros. Entonces me di cuenta de que

Annabeth debía de haberme troleado.

Podía correr mucho más rápido que saltar. Dudaba que a la vara le importase. Salí disparado por el campo. Efectivamente, después de sólo unos pasos, la vara empezó a brillar.

De la pieza superior de bronce celestial se desplegaron unas resplandecientes cintas de luz que brillaban más intensamente cuanto más corría yo. Pronto me seguía un arcoíris vaporoso de quince metros que hacía brillar el campo con todos los colores de una caja de ceras.

Me acordé de cuando era niño; niño de verdad, no la semana anterior en Hebe Jeebies. Mi madre me había llevado al Prado Este de Central Park a hacer volar una cometa por primera vez. Recordaba correr por el campo, con una sonrisa de regocijo mientras el gran pulpo de nailon azul ascendía al cielo. Me entristeció pensar el tiempo que había pasado, y también que la cometa había acabado fulminada por un rayo (en pleno día de sol) nada más echar a volar. Ya entonces, antes de que yo supiese que era un semidiós, Zeus me vigilaba. Porque eso es lo que haces cuando eres el rey de los dioses. Dedicas tu valioso tiempo a ser lo más ruin posible, achicharrando cometas de niños en el cielo por diversión.

El caso es que era agradable tener otra oportunidad. Seguí corriendo, sosteniendo la vara y llenando la cueva con mi desfile multicolor. No tardé en oír unos silbidos y susurros entre la hierba detrás de mí. Unas serpientes —muchas— se acercaban, deseosas de seguir al «Oooh, qué bonito» y zamparse a lo que lo causaba.

Eso me ayudó a correr más deprisa.

Después de otros cien metros más o menos, cometí el error de mirar hacia atrás. El campo entero se precipitaba hacia mí como la ola de un surfista, y la hierba se hundía bajo el peso de miles de serpientes que reptaban.

En algún lugar a lo lejos, la música de Grover se interrumpió en la «Y» de *YMCA*. Esperaba que significase que estaba a salvo y que Annabeth lo estaba sacando de la cueva. Si conseguía seguir

corriendo un poco más, podría apagar el arcoíris y volver a la boca de la cueva...

Un momento. ¿Dónde estaba la boca de la cueva?

Me di cuenta un pelín demasiado tarde de que me había desorientado. Estaba hasta las cejas de hierba, y no tenía ningún punto de referencia a la vista. Lo único que oía era el estruendo del Batallón de Serpientes con Cuernos detrás de mí. Supuse que seguía encaminándome al oeste, en la dirección contraria al río, pero no podía estar seguro. La luz del arcoíris me engañaba la vista. Y la sensación de pánico cada vez mayor no me ayudaba a pensar.

Empecé a desviarme a la derecha con la esperanza de hacer volver a las serpientes al río describiendo un amplio arco. Pero no tuve en cuenta lo cansado que estaba. Hacer estallar el río Helisonte me había consumido mucha energía. Me pesaban las piernas. Me ardían los pulmones.

Estaba perdiendo velocidad. Las serpientes se acercaban.

De modo que, naturalmente, elegí ese momento para tropezar con una piedra.

Mordí el polvo. El tobillo me dolía una barbaridad. Incluso después de padecer heridas de espada, quemaduras de ácido y aliento ardiente de dragón, es una lata lo mucho que puede doler algo tan normal como torcerse un tobillo. Cuando intenté levantarme, sentí que unos pinchos de acero me subían por la pierna.

Anduve unos metros más cojeando, empleando la vara para apoyar el peso, pero era un blanco lento. Las serpientes me rodearon. Me dirigí tambaleándome al afloramiento rocoso más próximo y empecé a escalar, como mínimo para poder ver a las serpientes. Cuando llegué a lo alto no me gustó la vista.

Un mar de serpientes circundaba por completo el lugar en el que había descansado antes. Sus ojos emitían un brillo rojo a la luz de la vara de Iris. Tenían unos cuernos espantosamente adorables: ganchitos de color blanco y rosa con la forma de los postes de una portería de fútbol americano. A medida que las serpientes se

acercaban admirando la luz multicolor, abrieron las bocas todas en el momento justo, siseando con sus gargantas rojas y sacando las lenguas negras para saborear el aire. Su tono decía: «¡ÑAM!»

—Hola —dije débilmente—. ¿Podemos hablar?

Ellas me contestaron siseando: «¡ÑAM, ÑAM!»

Me pregunté si debía sacar la espada. Respuesta: no. Había demasiadas. Y si atacaban, el requisito de que la misión fuese incruenta se iría al garete, y aunque yo escapase, todo habría sido en vano. Además, probablemente moriría de todas formas.

Por lo menos esperaba que Grover y Annabeth escapasen. Esperaba que Helisonte disfrutase de su río limpio.

La luz de la vara parecía lo único que impedía que las serpientes atacasen. La pieza superior seguía rebosante de energía multicolor, y las serpientes tenían los ojos fijos en ella, hechizadas.

Estaba tan cansado que apenas podía mantener el equilibrio. Tenía la sensación de que, si tropezaba, la vara dejaría de brillar. Entonces me convertiría en un bufé. Pero tenía que intentar hacer algo.

Levanté la vara. El arcoíris se iluminó. Las cabezas de mil serpientes se alzaron con ella. Agité la vara de un lado a otro. Todas las serpientes siguieron la luz, diciendo que no con la cabeza. Moví la vara de arriba abajo. Un mar de serpientes asintió con la cabeza como gatos siguiendo un puntero láser. Contuve una risita histérica. Estaba a punto de ser devorado por serpientes con cuernos, pero por lo menos me estaba divirtiendo con ellas.

No podría quedarme eternamente en esas rocas agitando una varita mágica. Tarde o temprano me cansaría o las serpientes se aburrirían. Entonces invadirían las rocas y me matarían a picaduras porque mi arcoíris era muy bonito.

Tampoco quería esperar a que Annabeth o Grover intentasen rescatarme. No me imaginaba cómo podrían distraer a tantas serpientes sin acabar también muertos.

Pensé en todos los planes que Annabeth y yo habíamos hecho para la universidad y más adelante. Pensé en todas las cosas que

quería decirle... Ojalá pudiese decirle al menos lo mucho que la quería.

De repente me sentí más liviano. La presión sobre el tobillo torcido disminuyó. Estaba levantando la vara tan alto que me estaba descoyuntando el brazo, y me pregunté: «¿Por qué haces eso, Percy?»

«No lo sé», contesté, porque no soy de gran ayuda cuando hablo conmigo mismo.

Las serpientes observaban fascinadas cómo el arcoíris brillaba con más intensidad. Me encontré de puntillas, tratando desesperadamente de seguir sujetando la vara de Iris. Al final, me di cuenta de que yo no estaba levantando la vara. La vara me estaba levantando a mí.

«¿Por qué?», fue lo primero que pensé.

«Un momento... —fue lo segundo que pensé—. Es una vara de mensajero. ¿Los dioses mensajeros no vuelan por los aires llevando mensajes?»

Justo antes de que la vara empezase a tirar de mí hacia arriba, había pensado en las ganas que tenía de decirle a Annabeth lo mucho que la quería. Ése era el mensaje.

Me aferré con las dos manos.

—Llévame con Annabeth —le dije a la vara.

Mis pies se separaron de las rocas, y me elevé poco a poco en el aire oscuro y húmedo. Debajo de mí, las serpientes observaban asombradas.

—Adiós, amigas mías —les dije—. Portaos bien unas con otras.

Entonces ascendí.

Me pregunté si había legado una nueva religión a las serpientes; si les contarían a las futuras generaciones historias sobre el extraño chico dios del arcoíris que había tropezado a diestro y siniestro antes de volver al cielo. O a lo mejor simplemente estaban pensando: «Qué chaval más raro.»

A medida que aceleraba, el arcoíris relucía a mi alrededor y me envolvía de luz. Se me retorcieron las tripas. Mis extremidades

perdieron corporeidad. No sólo estaba volando dentro del arcoíris... Me estaba convirtiendo en parte de él, aunque dicho parece mucho más guay que lo que se sentía. Todas las moléculas de mi cuerpo se disolvieron en energía. Mi conciencia se estiró, como si existiese en cada punto del arco de mi viaje al mismo tiempo. Y sin embargo, conservaba todos mis sentidos físicos. No me preguntes por qué, pero el espectro luminoso sabía a cobre. Olía a plástico quemado. Empecé a preguntarme si ése era el motivo por el que Iris se había cansado del trabajo de mensajera y había montado un negocio en el que podía quemar incienso y aplicar aceites esenciales.

Volví a aparecer en la boca de la cueva, al lado de Annabeth y Grover. Mi colega sátiro estornudaba y se abrazaba las rodillas, pero parecía ileso.

—Saludos, terrícolas —dije.

Annabeth por poco se muere del susto.

—¿Qué? ¿Cómo?

Está monísima cuando se sobresalta. No ocurre muy a menudo, así que tengo que aprovechar cuando lo hace.

—Tengo un mensaje para Annabeth Chase —dije—. Te quiero.

Le di un beso, cosa nada fácil porque se echó a reír.

—Ya lo entiendo —dijo, apartándose suavemente—. La vara del mensajero. ¡Bien hecho!

—Sí, lo tenía todo planeado.

—No tenías ni idea.

—Que tengas razón no quiere decir que no me moleste.

Ella me devolvió el beso.

—Yo también te quiero, Sesos de Alga.

Grover se aclaró la garganta.

—Yo estoy bien. Gracias.

—También te quiero a ti, Super-G —le aseguré—. Eso sí que es tocar la flauta.

—Hum. —Él trató de poner cara de mal humor, pero, por la forma en que se le enrojecieron las orejas, supe que en el fondo estaba

contento—. Volvamos a Manhattan antes de que empiecen las cosas raras. —Titubeó—. O sea, más raras aún.

En el trayecto de vuelta en tren, parecíamos tres chicos normales que habían estado revolcándose en un campo lleno de barro de Yonkers todo el día, sólo que yo llevaba la vara más limpia y reluciente del universo. Y cada vez que eructaba, soltaba una nubecita violeta o verde limón.

20

Iris acepta Bizum

La tarde siguiente devolvimos la vara a Iris.

Me alegré de sacarla de mi habitación porque se ponía a brillar y lanzar arcoíris por el piso cada vez que se me ocurría un mensaje que tenía que darle a alguien, o cada vez que pasaba un furgón de correos. Esa mañana mi madre había recibido un envío especial con libros de la editorial, y la vara había estado a punto de pegar al repartidor de FedEx. Supongo que lo consideraba la competencia.

El caso es que quedé con Annabeth después de clase. Grover no nos acompañó porque estaba en el centro haciendo la sesión de fotos con Blanche. Por lo visto, ella iba a vestirlo con una falda de hojas de palmera marchitas, a tumbarlo sobre un tronco quemado y a fotografiarlo rodeado de insectos muertos. Grover tenía pensado enmarcar la foto y ofrecérsela a Enebro como regalo del día de la floración en enero. No entiendo ni papa de lo que acabo de decir, pero nadie me ha pedido mi opinión.

Encontrar a Iris fue la parte fácil. Simplemente deseé que la vara me llevase con ella. Temía que nos convirtiese a Annabeth y a mí en un arcoíris y nos lanzase a Wisconsin. Luego nos pasaríamos toda la noche tosiendo en veinte colores distintos, y encima estaríamos en Wisconsin. Sin embargo, la vara apuntó hacia el norte y empezó a tirar de mí por la Primera Avenida como una varita de zahorí.

Nos llevó al sur de Harlem, donde encontramos a la diosa vendiendo sus cristales entre una hilera de vendedores ambulantes de productos del campo. Me preguntaba si el tío que vendía pepinos y la señora que vendía ristras de guindillas secas sabían que la persona que estaba entre ellos era en realidad la diosa inmortal del

arcoíris. Probablemente no, pero dudo que les hubiese sorprendido. Cuando eres un vendedor ambulante de Manhattan, has visto casi de todo.

—¡Cielos! —dijo Iris con voz entrecortada cuando nos vio. Tomó la vara y la inspeccionó a conciencia como si fuese una katana recién salida de un taller de reparación de espadas—. ¡Mercedes, estás fenomenal!

—¿Le ha puesto Mercedes a su vara? —preguntó Annabeth. Acto seguido añadió rápidamente—: Qué nombre más bonito.

—¡Parece muy contenta! —exclamó Iris con entusiasmo, mientras le caían lágrimas multicolores de los ojos—. Lamento todos los problemas que te he causado.

Tonto de mí. Estaba a punto de aceptar sus disculpas cuando me di cuenta de que hablaba con Mercedes.

—Oh, tesoro. —Meció la vara y siguió llorando—. ¡Debería haberte hecho limpiar hace años! ¡No volveré a usarte de expositor!

—La misión ha ido bien —intervine—. Nadie ha sufrido lo más mínimo.

—¿Qué? —Iris se movió ligeramente—. Ah, sí. Nadie ha sufrido. Claro. Bien.

Me dio la impresión de que podría haber destruido hectáreas de serpientes e Iris no se habría enterado. Por otra parte, me alegraba de que las cosas no hubiesen acabado así, porque las serpientes con cuernos eran monísimas, aunque de una forma terrible, en plan: «Que te como la cara.»

—Entonces —dijo Annabeth, manteniendo un tono alegre—, ¿eso quiere decir que volverá a encargarse personalmente de algunos mensajes Iris?

—¿Hum? —Iris apartó la vista de su bonita vara de heraldo—. No, no. Eso es cosa del pasado, aunque es maravilloso volver a ver a Mercedes en tan buen estado. ¡Os agradezco la ayuda!

Empezó a tararear para sí mientras colocaba los cristales por la mesa e iba tapando poco a poco a Mercedes.

Miré a Annabeth, quien me indicó con la mano que tuviese

paciencia.

—¿Ha tenido ocasión de preguntar por ahí? —apuntó Annabeth a la diosa.

Iris se quedó sorprendida de que siguiésemos allí.

—¿Preguntar?

Se me cayó el alma a los pies. Si Iris no había cumplido su parte del trato, habíamos ido al río Helisonte para nada, aparte de para fundar una secta religiosa de adoradores de Percy entre los reptiles de Yonkers.

—¿Sobre Ganímedes? —pregunté—. ¿La copa desaparecida?

Iris parpadeó.

—Sí. Claro. He... preguntado por ahí. Pero ¿seguro que no prefieres un cristal como recompensa? ¿O quizá un paquete de sales de baño de salvia?

Siguió amontonando productos encima de Mercedes: fajas, cuentas, saquitos con piedras, como si quisiese ocultar la vara lo más rápido posible. ¿Por qué se veía tan nerviosa?

—Con la información nos damos por satisfechos —dijo Annabeth—. ¿Ha... conseguido la información?

—Ajá. —Iris suspiró—. Es que parecéis unos jóvenes muy majos. No me gustaría...

Dejó que la frase se fuese al País de las Frases Inconclusas sobre Cosas que Podían Matar a Percy Jackson. Yo pasaba mucho tiempo en ese sitio.

—Ha descubierto dónde está la copa —aventuré.

—Tengo una idea bastante aproximada.

Su tono serio hizo que me preguntase si debería haber aceptado las sales de baño. Entonces miré a Annabeth. Me acordé de que el objetivo era ir a la universidad con ella. Estar con ella. Eso era innegociable, por muy difícil que fuese el reto o mucho que limpiase la salvia.

—Cuéntenoslo todo —dije.

Iris se ajustó la pulsera de macramé en la muñeca.

—He reducido vuestra búsqueda a Greenwich Village.

Annabeth frunció el entrecejo.

—Es una zona bastante grande.

—Él está allí —insistió Iris—. Si no me equivoco con respecto a la identidad del ladrón.

—¿Él...? —la azucé.

Esperé a que siguiese. Cuando tu informante evita decir el nombre del malote, nunca es buena señal. Sobre todo cuando ese informante es una diosa. ¿Quién podía poner tan nerviosa a Iris?

—Debería haberlo adivinado —masculó para sí. Agarró un manojo de varillas de incienso y lo agitó, tal vez con la esperanza de purificar el aire, cosa que no consiguió—. Claro que él odiaría a Ganímedes. Y el cáliz. Pero... —Negó con la cabeza—. Espero estar equivocada. Probablemente no lo esté.

—¿Quién es? —preguntó Annabeth—. Necesitamos un nombre.

Ella tenía más valor que yo. Servidor ya se había resignado a buscar tíos con cálices por todo el Village.

Iris echó un vistazo por encima del hombro y se inclinó hacia nosotros con complicidad.

—Se hace llamar... Gary.

No me atreví a reírme, pero sólo podía pensar en el caracol de dibujos animados de *Bob Esponja*. Normalmente, las cosas que parecen más ridículas son las que más rápido te matan. Te ríes y luego acabas muerto de la forma más absurda posible.

—Gary —repitió Annabeth.

—Sí —asintió Iris—. No sé cómo consiguió robar la copa. Ni qué espera conseguir. Pero la información proviene de una ninfa de las nubes muy fiable.

—O sea, que vamos a Greenwich Village —resumí— y empezamos a preguntar por Gary.

Iris inclinó la cabeza.

—Podéis hacer eso. Sin embargo, sería más rápido utilizar el néctar.

Sacó un frasco del expositor de aceites esenciales y lo sostuvo como si estuviese posando para un anuncio de televisión. Yo había

visto néctar antes. Había bebido una buena cantidad de ese licor cada vez que tenía que curarme de cortes, pullas mordaces y demás heridas cotidianas de la vida de semidiós. Pero ese frasquito parecía especialmente brillante y dorado, como la luz del sol flotando en miel.

Annabeth se inclinó.

—¿Eso es...?

—Concentrado con un cien por cien de pureza —dijo Iris con una sonrisilla de suficiencia—. Recogido del rocío de las arboledas del monte Olimpo al amanecer el primer día de primavera. Sin conservantes ni aditivos. No se os ocurra consumirlo. A los semidioses, el néctar sin mezclar os carbonizaría.

Me aparté poco a poco del alegre y dorado jugo mortal.

—Entonces, ¿qué hacemos con él?

Iris agitó el frasquito e hizo brillar el contenido aún más.

—El cáliz de los dioses está pensado para mezclar néctar. Al néctar le atrae de forma natural. Soltad un par de gotas de este líquido en el aire de Greenwich Village, y si el cáliz está cerca, siguiendo las gotitas deberíais llegar hasta Gary.

—Eso es sorprendentemente útil —reconocí—. Gracias.

Estiré el brazo para agarrar el frasco, pero Iris retiró la mano.

—Ah, ah —me reprendió ella—. Tiene un precio.

Reprimí un gruñido. Me pregunté qué artículo mágico quería que le limpiásemos ahora, o qué cristales especiales necesitaba que recogiésemos de lo profundo del inframundo.

—¿Cuánto? —quiso saber Annabeth.

Iris nos lanzó su mejor mirada de dura negocianta.

—Cinco dólares.

—¿Nada más? —pregunté.

Annabeth me dio un codazo.

—O sea... ¿cinco dólares? —Traté de hacerme el indignado—. ¿En efectivo?

—También acepto Bizum —ofreció la diosa.

Rebusqué en los bolsillos. Encontré mi boli-espada

Contracorriente, un clip y un recibo del Zumo Buenorro. Annabeth sacó su cartera y extrajo un billete de cinco dólares. Porque, aparte de todas las herramientas extrañas y arcaicas que podía necesitar, llevaba dinero suelto.

—Trato hecho —dijo ella.

El intercambio se llevó a cabo. Annabeth introdujo el frasco dorado en la cartera.

—¿Algo más que debemos saber? —inquirí—. ¿Como quién es Gary?

—No —respondió Iris—. Es mejor que no lo sepáis. De lo contrario...

La diosa negó con la cabeza y a continuación metió el billete de cinco dólares en su riñonera bordada.

Me dio la impresión de que quería decir algo más. «Me alegro de veros. Buena suerte.» Algo por el estilo. Sin embargo, se limitó a dedicarnos una sonrisa incómoda y se volvió para ordenar su colección de chales teñidos.

Supongo que «de lo contrario» es lo único que necesitas decir cuando mandas a unos semidioses a una misión peligrosa. Así abarcas todas las posibilidades. «Triunfad. De lo contrario...»

En fin, puedes rellenar el espacio en blanco.

21

Ofrezco consejos de pareja. No, en serio, ¿de qué te ríes?

Nunca le des a un sátiro la oportunidad de hacerse una foto.

A la tarde siguiente, Grover se presentó en mi segunda clase de natación vestido con una boina negra, unas gafas de sol y una especie de guardapolvo blanco. Parecía que iba a pintar acuarelas en una calle de París o algo así. Me animó en la primera carrera (llegué el segundo, porque no necesitaba la atención de la victoria) y luego charló conmigo en las gradas mientras veíamos cómo mis compañeros de equipo competían.

Cada vez que había una pausa en la conversación, Grover abría su carpeta (¿desde cuándo llevaba una carpeta?) y examinaba con detenimiento las hojas de contactos de la sesión de fotos que le había hecho Blanche.

—¿Te he enseñado ésta? —preguntó.

—Estoy seguro de que me las has enseñado todas.

Traté de mostrarme amable, pero no podía mirar tantas instantáneas de Grover haciéndose el muerto echado sobre un tronco quemado.

—Mira, en ésta tengo la mano un poco más levantada —dijo—. A Blanche le pareció que me hacía una sombra bonita en la frente.

—Ajá. Estupendo. —Aplaudí a mi compañero de equipo, que comenzaba el segundo largo—. ¡Sí! ¡Vamos, Lee!

—Es Lou —dijo otro compañero sentado en el banco, cuyo nombre pensaba que era Chris pero con la suerte que tenía probablemente se llamase Craig.

Oye, acababa de empezar en el IEA. La mayoría de los días ni

siquiera me acordaba de mi nombre.

—Total —continuó Grover—, que le pregunté a Enebro si prefería C-veinticinco o A-seis para la copia definitiva. Las dos tienen sus ventajas.

No quería preguntar, pero lo hice.

—¿Y cuál prefirió Enebro? ¿O no se lo has contado aún?

Grover frunció el ceño.

—Sí, se lo he contado. Fue muy raro. Parecía... enfadada.

«Vaya, hombre», pensé.

—¿Por qué crees que ha sido?

Grover se rascó la perilla. Supe que estaba pensando en la respuesta porque por un momento se olvidó de las fotos.

—No estoy seguro —reconoció—. Le dije que a Blanche le gustaba más la pose boca abajo, pero a Blanche le gustaba la luz de la pose de perfil, así que...

—¿Cuántas veces mencionaste a Blanche cuando hablaste con Enebro? —pregunté.

Grover me observó por encima de las gafas de sol, con una mirada de confusión absoluta en los ojos inyectados en sangre.

—Es... es la fotografía de Blanche.

—¿Muchas veces, entonces?

Grover frunció el entrecejo.

—No creerás... ¿Crees que Enebro tiene celos?

Me imaginé un coro de Ángeles de la Obviedad cantando el Himno de la Obviedad por encima de su cabeza, pero traté de mantener una expresión neutra.

—Podría ser.

—Pero... Blanche es una semidiosa. Ella nunca... —Tragó saliva—. Puede que haya dicho su nombre muchas veces.

Sonó el silbato que marcaba el final de la prueba de los cien metros. Lee/Lou había ganado. Le aplaudí y vitoreé con mis compañeros de equipo, pero decidí no llamarlo por su nombre.

Cuando me volví hacia Grover, estaba rascándose la cabeza como si le corriesen hormigas debajo de la boina.

—¿Una docena de veces, quizá? —murmuró—. Oh, no...

—¿Te pidió Enebro una foto de regalo para el día de la floración?

—Pues claro que... —Grover vaciló—. La verdad es que no. Creo... que a lo mejor fue idea mía. Oh. ¿He metido mucho la pata?

Me retorcí en el banco. Yo era la persona menos indicada para dar consejos sobre relaciones personales. Bueno, tal vez la menos indicada después de Zeus, mi padre, y el resto de los dioses del Olimpo. Generalmente seguía el ejemplo de Annabeth, y de momento me había ido bastante bien. No me sentía capacitado para opinar sobre una relación que no fuese la nuestra.

Sin embargo, Grover me miraba con ojos suplicantes.

—Sé sincero con ella —le recomendé—. Pídele disculpas. Dile que lo hiciste sin pensar. Dile que te portaste como un tonto.

—Claro —dijo él, asintiendo despacio con la cabeza—, como haces tú con Annabeth.

—Ejem... sí. También puedes preguntarle a Enebro qué le gustaría para el día de la floración.

—Pero el retrato... —Miró tristemente las hojas de contactos: montones de imágenes de Grover muerto de mentira en una naturaleza muerta de mentira. Se quitó las gafas de sol y las metió en el guardapolvo—. Supongo que tienes razón. De todas formas, no tiene sitio para colgarlo en su arbusto. Es que Blanche se lo ha currado tanto...

Me aclaré la garganta.

—Y no hablaré más de Blanche —se corrigió a sí mismo—. Gracias, Percy.

Parecía tan hecho polvo que decidí que nos vendría bien un cambio de tema.

—¿Qué tal con las ninfas de las nubes? —le pregunté—. Dijiste que ibas a pedirles más información.

Él se animó.

—Sí. ¡Sí, claro! Pensé que a lo mejor me ayudaban a reducir la búsqueda en Greenwich Village y, con suerte, descubrir dónde anda

ese tal Gary. Hablé con Phaloe, que habló con Euclimene, y dijo que ha notado una energía rara en Washington Square Park.

—Energía rara es una buena definición de Washington Square Park —dije.

—Sí, pero esto... No sé. Ella no me dio más detalles, pero dijo que muchos espíritus de la naturaleza se han ido del parque en las últimas semanas. Ninfas de la hierba, ninfas de las flores, dríades... o han entrado en estado durmiente, en lo profundo de la tierra, o se han tomado vacaciones.

Me imaginé a un montón de ninfas con vestidos diáfanos de hojas llevando a rastras sus maletas por la pasarela de un crucero para irse de vacaciones de primavera a Cancún.

—Gary es tan terrible que ahuyenta a los espíritus de la naturaleza de sus fuentes vitales —dije pensativo—. ¿Conoces algún monstruo o algún dios con un nombre que suene como Gary?

—¿Gerión?

Me estremecí al acordarme del ganadero de tres cabezas que había conocido en mi único viaje a Texas.

—Ya he pasado por eso. Lo maté. ¿Alguien más?

—Gar... gari... gani... ¿Ganímedes?

—Eso sería un giro inesperado. Supongamos que él no ha robado su propio cáliz. ¿Alguien más?

Grover negó con la cabeza.

—A lo mejor rima con Gary. ¿Larry? ¿Harry?

Considerando que ni siquiera acertaba con los nombres de mis compañeros de equipo de natación, decidí no jugar a las adivinanzas.

En la piscina había empezado la siguiente prueba. Mi compañera Lindsey, o tal vez era Linda, estaba nadando el primer largo de los quinientos metros libres.

—Deberíamos ir al parque muy temprano —dije—. Cuantas menos personas haya, mejor será en caso de que acabemos en una pelea.

Grover asintió con la cabeza.

—Me pregunto si Gary es un espíritu de la naturaleza: uno grande y cabreado que se dedica a asustar a los pequeños. Si es así, a lo mejor consigo que me escuche.

Me acordé de lo bien que nos habían ido las cosas con el dios grande y cabreado del río Helisonte, pero no lo dije. Ya habría tiempo de sobra para echar por tierra las esperanzas de Grover más adelante.

—¿Qué tal mañana? —pregunté—. Podemos quedar con Annabeth en Washington Square Park.

Grover hizo una mueca.

—Creo que será mejor que vaya al campamento y pase el fin de semana con Enebro. ¿Y el lunes?

No se me daba bien llevar un horario. Estaba seguro de que tenía un examen de mates el lunes a primera hora de la mañana, pero... seguro que para entonces ya nos habríamos enfrentado con el monstruo, ¿no? Y si la fiesta de Minerva en el Olimpo no se celebraba hasta el próximo domingo, técnicamente teníamos tiempo de sobra para encontrar el cáliz y devolvérselo a Ganímedes...

—Vale —asentí—. El lunes supertemprano. Se lo diré a Annabeth. Viene a cenar esta noche.

—Guay —dijo Grover, aunque parecía incómodo—. ¿Crees...?

No fue capaz de terminar la frase.

Se le veía tan preocupado, supuse que por Enebro, que me dieron ganas de abrazarlo, envolverlo con una manta suave y cálida, y llevarlo yo mismo al Campamento Mestizo. Como no tenía tiempo para hacer el trayecto en coche, y tampoco tenía una manta suave y cálida, me estrujé el cerebro buscando un consejo útil.

Me acordé de algo que Annabeth me había dicho meses antes, cuando yo estaba buscando una forma de compensarla por desaparecer durante todo nuestro penúltimo año en el instituto.

—Mira, tío —le dije a Grover—. Enebro te perdonará. Probablemente no quiera ningún regalo. Sólo querrá que estés ahí cuando te necesite. Que escuches cómo se siente. Que estés con ella.

Desde la piscina, el entrenador gritó:

—Jackson. ¡Te toca!

Había llegado el momento de que me preparase para la siguiente prueba.

—Debería irme —le dije a Grover.

—Sí. Sí, es sólo que... he estado muy agobiado por mi relación con Enebro, pero sinceramente, estábamos bien hasta que yo empecé a obsesionarme con el regalo del día de la floración. ¿Y si eso no es lo que me molesta? ¿Y si lo que me preocupa es que Annabeth y tú me dejéis el verano que viene?

Le dejemos.

Sus palabras me impactaron como una ola fría de agua del Helisonte. Miré las hojas de contactos de la sesión fotográfica de Blanche: todas aquellas imágenes de Grover haciéndose el muerto en un paisaje desolador en blanco y negro.

—Ah, Grover... —Entonces lo abracé. Me sentí un poco incómodo, porque sólo llevaba puesto el bañador y todavía estaba mojado de la última carrera, pero no pareció que a él le importase—. No vamos a dejarte, colega. Volveremos de visita. Y tú vendrás a vernos a California. Eres como nuestra fuente vital, tío. Si estamos lejos de ti mucho tiempo empezamos a marchitarnos, ¿sabes?

Grover forzó una débil sonrisa.

—Sí... sí, vale.

El entrenador volvió a llamarme.

—Vete —me dijo Grover.

—¿Seguro que estás bien?

—Estoy bien. Nos vemos el lunes por la mañana en Washington Square Park. ¿Quieres quedar a las seis y media?

No quería quedar a las seis y media, y desde luego no quería estar despierto entonces. Al pensar en lo temprano que tendría que levantarme para llegar al centro a esa hora, me dieron ganas de hundir la cabeza en el agua y gritar. Pero los sátiros son matutinos.

—Perfecto —le dije.

Acto seguido me fui trotando al trampolín. No había practicado

nada el salto, pero pensé que había pasado tanto tiempo de mi vida cayendo en picado que seguro que quedaba el primero.

22

Me dan una magdalena y una sorpresa

Hace falta fuerza y valor para llevar el postre de la cena a casa de mi madre. Ella es famosa por sus riquísimos postres. A la mayoría de la gente le pondría nerviosa preparar algo por miedo a no estar a la altura. Afortunadamente, Annabeth era tanto fuerte como valiente, y eso significaba que yo tenía magdalenas.

—¡Qué pinta más estupenda, cielo! —dijo mi madre, aceptando una bandeja de las últimas creaciones de Annabeth.

A Annabeth se le llenaron los ojos de lágrimas de gratitud. La había visto restar importancia a halagos de dioses, pero el elogio de mi madre la conmovió. Supongo que era porque se había criado con Atenea como figura materna lejana.

A veces me preguntaba si Annabeth era receptiva a la idea de casarse algún día conmigo sólo porque le hacía ilusión tener a Sally Jackson-Blofis de suegra. Aunque, para ser sincero, la comprendía perfectamente.

Annabeth había empezado a preparar postres porque había agotado las clases que necesitaba cursar para graduarse. A pesar de tener los mismos problemas de semidiós que yo, a pesar de haber vivido un penúltimo año de secundaria deprimente mientras yo estaba desaparecido en combate, a pesar de tener dislexia y trastorno hiperactivo por déficit de atención como yo, había acumulado tantos cursos con crédito universitario y había sacado tan buenas notas, que el orientador de la Escuela de Diseño de Nueva York propuso a Annabeth que hiciese una hora de estudio como séptimo curso.

Yo habría dicho: «Sí, por favor, ¿y me da una almohada también?»

No obstante, hacer el vago no iba con Annabeth. Se había apuntado a la clase optativa de Introducción al Diseño Culinario. De momento sólo había preparado magdalenas (cosa que me parecía genial), pero estaba seguro de que a finales de año ya estaría construyendo puentes y rascacielos con bizcocho.

Sin embargo, una cosa que Annabeth no hacía era comida azul. Ésa era una especie de broma privada entre mi madre y yo. Annabeth lo consideraba sagrado y prohibido. Las magdalenas de ese día eran verdes y tenían virutas moradas por motivos que sólo ella sabía.

Mientras ella y mi madre charlaban de coberturas, yo hablé con mi padrastro, Paul, que estaba recogiendo pilas de trabajos de alumnos de la mesa del comedor. El pobre trabajaba sin parar, doy fe. Casi me hizo sentir mal por no haberme esforzado más con los deberes. Casi.

—Hola, Paul.

Le choqué el puño.

—¿Has vencido a algún monstruo interesante últimamente? —preguntó él.

—Los de siempre, ya sabes.

Paul rió entre dientes. Todavía llevaba la ropa de trabajo: camisa de vestir azul, vaqueros descoloridos y corbata de colores chillones con dibujos de libros. A su pelo salpicado de canas le habían salido más en los últimos años, y yo intentaba pensar que no era culpa mía. Se preocupaba por mí, conociendo mi pasado de semidiós. Le preocupaba que mi madre se preocupase por mí. Era un tipo estupendo. Yo prefería pensar que lo que le hacía envejecer era la profesión de maestro y no las constantes batallas a vida o muerte a las que yo me enfrentaba. Intentaba callarme los peores detalles, pero Paul lo sabía. Más que ningún otro mortal, él había visto mi mundo de cerca durante la Batalla de Manhattan.

Pero esa noche parecía más tenso de lo habitual. Nadie que no lo

conociese lo habría notado, pero tenía la costumbre de dar golpecitos con las puntas de los dedos contra el pulgar cuando estaba nervioso, como si tratase de pellizcar una cuerda que no acababa de encontrar.

—¿Todo bien? —le pregunté.

—¿Yo? —Sonrió—. Esta semana no he luchado con ningún monstruo. A menos que cuentes los trabajos de alumnos de primero sobre *Romeo y Julieta*. ¿Me ayudas a poner la mesa?

Algo pasaba, pero decidí no insistir. Puse cubiertos para cuatro. En la cocina se estaba tostando pan de ajo. La lasaña burbujeaba en el horno. Annabeth reía de algo que había dicho mi madre, y por la forma en que las dos sonrieron en dirección a mí, me imaginé que tenía que ver conmigo. Annabeth ya había visto mis fotos de bebé, de modo que no me preocupaba de qué estaban hablando. No me quedaba dignidad. Annabeth y yo seguíamos juntos. Supongo que con eso bastaba.

En el tocadiscos de Paul había puesto un vinilo de Bob Dylan, lo bastante bajo para que sonase de música de fondo, pero con la voz de Dylan es imposible no hacerle algo de caso. No es mi rollo, pero puedo soportarlo. Según Paul, Dylan era uno de los mejores poetas del siglo xx. A ver, ese tío puede rimar «líderes» con «parquímetros». Supongo que eso no está al alcance de cualquiera.

Una vez que todos estuvimos sentados, mientras nos pasábamos la ensalada, me fijé en otro detalle extraño. Mi madre estaba bebiendo agua con gas.

No bebía mucho alcohol, pero normalmente tomaba una copa de vino tinto con la cena.

—¿No bebes vino? —le pregunté.

Ella negó con la cabeza, y los ojos le brillaron como si todavía estuviese pensando en una broma privada.

—No. De hecho, quería hablar contigo de eso.

—¿Del vino?

—Ejem —dijo Paul tosiendo.

Ahora se pellizcaba las dos manos buscando aquella cuerda

invisible. ¿Por qué estaba tan nervioso?

Annabeth me miró. «¿En serio, Sesos de Alga? ¿No lo pillas?»

Tal vez mi madre le había contado algo en la cocina, o tal vez Annabeth había averiguado de qué se trataba ella solita. Se fija en las cosas. Estar con ella es como estar con alguien que está viendo la misma peli que tú, pero que va quince minutos por delante.

—Del vino, no —dijo mi madre—. Más bien de por qué no bebo esta noche. Pero antes quiero dejar claro que esto no debe afectar a tus planes, Percy. No quiero distraerte de todo lo que tienes entre manos... sobre todo del ingreso en la Universidad de la Nueva Roma.

Se me secó la boca. Lo primero que pensé fue «Oh, dioses, tiene una enfermedad terrible».

—Mamá, yo... yo vivo en una distracción permanente. Es mi código postal. Pase lo que pase, quiero ayudar.

—Oh, tesoro. —Ella estiró el brazo por encima de la mesa y me tomó la mano—. No pasa nada malo. Estoy embarazada.

Me habría dejado menos atontado si me hubiese pegado un porrazo en la cabeza con una vara del arcoíris.

—Embarazada —repetí.

Ella forzó una sonrisa, como solía hacer cuando me buscaba un nuevo colegio después de que me hubiesen expulsado del último. «¡Sorpresa!»

—O sea... tú y Paul.

Miré a mi padrastro, que no había tocado la lasaña. Me di cuenta de que todos los comensales de la mesa contenían el aliento. Tal vez temían que yo fuese a hacer explotar todas las tuberías del edificio. Y que conste que eso sólo lo hice una vez.

—Sí, Paul y yo.

Mi madre le tomó la mano. Me pregunté si habían mantenido conversaciones incómodas sobre la conveniencia de tener un hijo humano después de haber tenido a un semidiós. Después de mí.

Annabeth me observaba atentamente, evaluando mi reacción. ¿Preocupada por mí? ¿Preocupada por Paul y mi madre?

Me invadió una agradable sensación. Empecé a sonreír.

—Es genial.

La tensión se rompió, que era mucho mejor que explotasen las tuberías. Me levanté de golpe de la silla y abracé a Paul porque me quedaba más cerca. Creo que lo asusté, al pobre. El hombre arrastró sin querer una de las mangas de la camisa por la lasaña.

Luego rodeé la mesa y abracé a mi madre. Ella soltó una risa/sollozo que era un sonido maravilloso: alivio absoluto, felicidad absoluta. Hubo quien lloró, pero no pienso señalar con el dedo a quien lo hizo. Finalmente, volvimos a sentarnos en nuestros sitios, aunque yo todavía me sentía como si flotase varios centímetros por encima del suelo.

—Qué contenta estoy de que te alegres —dijo mi madre.

—Pues claro que me alegro. —Parecía que no pudiese parar de sonreír, y eso es un problema cuando tienes hambre y un plato de lasaña delante—. Un momento. ¿Cuándo?

—Salgo de cuentas el quince de marzo —dijo ella.

Annabeth arqueó las cejas.

—¿Los idus de marzo?

—Sólo es una fecha aproximada. —Mi madre le guiñó el ojo—. Percy llegó mucho más tarde de lo esperado.

—Me emperré —dije—. Eso quiere decir que estaré aquí cuando el bebé llegue. Es estupendo. Tendré unos meses hasta...

Al final mi sonrisa se esfumó. Si todo iba bien y entraba en la universidad con Annabeth, me iría a California en verano. Eso significaba que me perdería muchas cosas del recién nacido. Quería oír su primera risa y ver cómo daba sus primeros pasos. Quería jugar a cucú tras y enseñarle al renacuajo a hacer sus primeros ruidos groseros y a comer comida de bebé azul.

—Oye —dijo mi madre—, estarás aquí para el parto. Y puedes venir de California a casa todo lo que quieras. Pero también tienes que seguir tus planes. ¡Son unos planes maravillosos!

—Sí, claro —asentí.

—Además —añadió ella con una sonrisa pícaro—, necesitaremos tu habitación para el bebé.

Me quedé desconcertado el resto de la cena. Seguía flotando, en parte de felicidad... en parte de una sensación como si me hubiesen soltado las amarras y ahora navegase a la deriva. Me hacía ilusión por mi madre y por Paul. Muchísima. No podía creer que fuesen a tener un hijo al que podría ver crecer. Ese bebé iba a tener mucha suerte.

Sin embargo, eso hacía que mi partida pareciese aún más real. Me marcharía justo cuando mi madre y Paul empezaban un nuevo capítulo. No sabía cómo sentirme...

Eso sí, me acordé de felicitar a Annabeth por sus magdalenas. Estaban muy buenas: cremosas y dulces, con la cobertura un pelín gruesa... justo como a mí me gustaban.

Ella y yo fregamos juntos los platos. Cuando la acompañé al metro, estaba oscureciendo.

—Me alegro de que hayas encajado bien la noticia —dijo.

No me había dado cuenta hasta ese momento de lo aliviada que estaba.

—Estabas pensando en tus hermanastros —deduje.

La llegada de esos bebés había supuesto el principio del fin para la relación de Annabeth con su padre. Al menos, en aquel entonces. Poco después había huido de casa sintiendo que se habían olvidado de ella y que no la deseaban.

Me dio un beso.

—Gracias a los dioses, tú no estás en la misma situación que yo. Serás un hermano mayor estupendo.

Volvió a invadirme un arrebató de alegría.

—¿Tú crees?

—Claro. Y estoy deseando ver cómo cambias pañales.

—Oye, he limpiado las cuerdas de caballos carnívoros de Gerión. Tan malos no pueden ser los pañales de bebé.

Ella rió.

—En abril o en mayo, te recordaré lo que has dicho. Entonces suplicarás que te dejen marchar a la universidad.

—No sé yo —dije—. O sea... para estar contigo, claro. Es que...

Ella asintió con la cabeza.

—Ya. Las familias son complicadas. Y las familias que viven a distancia, todavía más.

Eso era algo que los dos entendíamos.

Me apretó la mano.

—Nos vemos el lunes, bien temprano.

Y bajó la escalera de la estación.

«Por lo menos tengo a Annabeth», pensé. Seguiríamos juntos. Suponiendo, claro, que resolviésemos el problema del cáliz. De lo contrario, me quedaría en Nueva York y tendría muchas más cosas de las que preocuparme aparte de cambiar pañales. Sin embargo, en ese momento, las dos opciones me parecían bien... Podía hacer que cualquiera de las dos saliese bien.

¿Múltiples resultados positivos?

Qué pasada. Había una primera vez para todo.

23

Ganímedes hace explotar todas las bebidas

La escuela no espera a nadie.

Creo que es una cita famosa de alguien. Y es verdad. El viernes por la mañana llegó tanto si yo quería como si no. Todavía estaba dolorido tras la pelea contra Helisonte. Tenía el cerebro como si le hubiesen dado la vuelta después de enterarme de la noticia de mi madre. No había estudiado suficiente para el examen de ciencias, y con eso quiero decir que no había estudiado nada.

Además, recibí un aviso por megafonía durante la tercera clase para que me presentase en el despacho de la orientadora, y no estaba de humor para que me evacuasen por el desagüe.

—¡Percy! —dijo Eudora cuando entré—. ¿Qué tal todo?

—Todo es mucha tela —dije.

Le conté que mi madre iba a tener un bebé. Eudora parecía encantada, hasta que le expliqué que se trataba de un bebé humano, no uno con Poseidón.

—Ah, entiendo. —Se encogió de hombros—. Bueno, eso también está bien, supongo. ¿Y las clases?

—Ejem.

—¿Y las cartas de recomendación?

La puse al corriente. Le dije que el lunes por la mañana íbamos a ir a buscar en Washington Square Park, e hice hincapié en que no era necesario que me evacuasen.

—Hum... —Miró a Rana Pochita como si fuese a querer intervenir—. ¿Y qué vais a buscar exactamente en Washington Square Park?

—El cáliz de Ganímedes —dije—. Creemos que lo robó alguien

llamado Gary.

Ella se puso pálida como la arena cuando la pisas y toda el agua se aparta.

—Todavía no es tarde para considerar los centros de estudios superiores, ¿sabes? ¿Te he hablado del de Ho-Ho-Kus? Tengo un folleto en alguna parte.

—Espera...

—Podrías diplomarte en ingeniería mecánica...

—Eudora.

—O en contabilidad...

—La Universidad de la Nueva Roma —dije—. ¿Recuerdas? Ése es el objetivo. ¿Por qué de repente quieres desviarme? Y no me digas que Gary da clases de yoga, por favor.

Ella se movió en su asiento.

—No, no. Y no es tanto que pretenda desviarte. Es más bien... que quiero que sigas con vida.

La contemplé con expresión furibunda, haciendo todo lo posible por adoptar la mirada de dios del mar descontento de mi padre.

—Voy a necesitar más que eso. Tú eres mi orientadora escolar, así que oriéntame. ¿Quién es Gary?

—Acabo de acordarme... de que tengo una cita, ¿sabes?

Un remolino verde se levantó alrededor de ella. La cortina de agua se desplomó salpicando el suelo de algas marinas, y Eudora desapareció. Miré a Rana Pochita y pensé lo malo que debía ser el tal Gary para que una nereida se evacuase de una conversación. Rana Pochita no tenía respuestas. Agarré un buen puñado de gominolas y volví a clase.

La comida no fue mejor. Me senté con la bolsa del almuerzo —sándwich de lasaña de la noche anterior con una magdalena de la noche anterior— y empezaba a pensar que podría relajarme unos minutos cuando oí el inquietante tintineo de alguien que me rellenaba el termo.

—Hola, Ganímedes —dije.

Se sentó enfrente de mí, con la jarra de cristal sudorosa de vaho.

El líquido que contenía hoy era naranja: ¿bebida olímpica número seis, quizá? Iba vestido con el mismo quitón y las mismas sandalias de la otra vez, pero parecía más desmejorado debido a la preocupación... No exactamente más mayor. Los dioses no envejecen. Pero tenía los ojos inyectados en icor, llenos de venas doradas. Su rostro poseía un lustre enfermizo, como si estuviese a punto de adoptar su colérica forma divina y a volatilizar a todo el alumnado en montones de bebida en polvo.

—Dime que tienes noticias, por favor —dijo.

Es difícil contar una historia y comer sándwich de lasaña al mismo tiempo. De modo que di prioridad al sándwich. Asentí con la cabeza y comí, observando cómo Ganímedes se agitaba más y más. No sabía cómo se tomaría la noticia. Así que, si me volatilizaba, habría disfrutado de una última comida rica.

—Bueno —dije, pasando a la magdalena—, creemos que quien te robó el cáliz anda por Washington Square Park.

Le dije lo que sabíamos y cómo teníamos pensado dar con el ladrón.

—Néctar —murmuró Ganímedes—. Está bien. Podría funcionar.

—¿Alguna idea de quién podría ser ese tal Gary? —pregunté—. ¿Tienes algún enemigo con ese nombre?

Negó con la cabeza.

—Tengo muchos enemigos. Algunos podrían llamarse Gary. No lo sé.

Parecía tan deprimido que me dieron ganas de tranquilizarlo diciéndole que todo saldría bien, pero no estaba seguro de poder prometerlo. Si yo fuese un dios y alguien me dijese que mi preciado cáliz estaba en Washington Square Park, me presentaría allí en medio de una nube de furia justiciera y me pondría a reventar cabezas y a dar la vuelta a los bolsillos de la gente.

Sin embargo, como ya me habían dicho muchas veces, los dioses no hacen esas cosas. Iba en contra de las Grandes Normas Cósmicas de Diositud o algo por el estilo. Cualquiera podía robarte los atributos divinos. Sólo un héroe podía devolvértelos. Y con «héroe»

me refiero a mí, el pringado que necesitaba cartas de recomendación.

Además, si Ganimedes empezase a arrasar Greenwich Village, supongo que los demás dioses se darían cuenta. Entonces su deshonra se haría pública. El vídeo acabaría viralizándose en DiosTok o lo que utilizasen en el monte Olimpo.

—Me sería de gran ayuda saber por qué ese tío querría robarte el cáliz —dije.

—¿Por qué querría alguien robármelo? —preguntó Ganimedes—. ¿Para volverse inmortal? ¿Para avergonzarme? ¿Para volverse inmortal y poder avergonzarme eternamente? No lo sé.

Se inclinó sobre la mesa y me agarró la muñeca, clavándome los anillos de oro en la piel.

—Debes recuperar la copa pronto, Percy Jackson. Se nos acaba el tiempo. Mis sentidos escanciadores se han activado. ¡Zeus podría convocar un banquete en cualquier momento!

—Ah, sí... a propósito de eso.

Le conté lo que Iris había dicho del banquete del Epulum Minerva que se celebraría el próximo domingo.

Ganimedes agachó la cabeza. A nuestro alrededor, géiseres de zumo, refresco y agua brotaron de los vasos de los alumnos. Gritos de «¡Hala!» rebotaron por la sala mientras mis compañeros de clase saltaban de sus asientos para escapar de sus bebidas repentinamente poseídas.

Ganimedes suspiró.

—Debería ir a rellenar los vasos. Pero escúchame, Percy Jackson. Zeus es impredecible. ¡Puede que ni siquiera espere a la fiesta del Epulum Minerva! En cuanto se le mete en la cabeza que quiere brindar por uno de sus invitados, a cualquier hora del día o de la noche, yo tengo que estar allí con el cáliz en la mano. Si no...

—Brinda por tu muerte —deduje.

—Muy gracioso —masculó el dios—. Tú no has vivido milenios temiendo las palabras «¡un brindis!». Algunas de mis peores pesadillas... —Se le apagó la voz—. Da igual. No me falles.

Entonces se levantó a repartir bebida olímpica número seis a todos los alumnos sedientos y salpicados de líquido.

Esa tarde hice algo extraordinario. Visité la biblioteca.

Sí, ya lo sé. Prácticamente he oído el chirrido de la aguja de tocadiscos de tu cabeza al intentar procesar la idea. Si te dijese que volví a caer al Tártaro, o que un gigante me tragó, o que tuve que ir a hacer puenting al interior de un volcán, pensarías: «Sí, tiene lógica.» Pero ¿que Percy visite una biblioteca? Eso no le pega nada.

La verdad es que no tengo nada contra las bibliotecas. Son sitios agradables y tranquilos para pasar el rato, y todos los bibliotecarios que he conocido son majos. Lo que pasa es que están llenas de libros. Al ser disléxico, suelo pensar en «libro» como sinónimo de «jaqueca». Pero a veces los libros son el único lugar en el puedes encontrar información, de modo que tienes que arriesgarte a pillar jaqueca. Con esto concluye mi charla TED sobre la importancia de leer.

El caso es que necesitaba un sitio para pensar. Quería saber lo que haría el lunes por la mañana contra Gary el Birlacopas. Primero lo intenté en el ordenador de la biblioteca, pero como siempre, internet no me sirvió de nada. Supongo que las cosas a las que me enfrento son tan antiguas y tan raras que nadie se ha molestado en crear una página wiki hecha por fans de cosas que matan a semidioses. Cuando encuentras información sobre un monstruo en la red, normalmente son consejos para vencerlo en un videojuego. En la vida real, apretar Z y arriba al mismo tiempo no sirve de gran cosa.

De modo que consulté los libros.

Encontré cinco colecciones distintas de mitología griega. Las hojeé todas. Incluso me acordé de que hay una cosa que se llama índice al final. Busqué los dioses o monstruos cuyos nombres podían recordar un poco a «Gary».

Gerión, otra vez. Las Hermanas Grises. Recordé haber oído algo sobre un lobo nórdico llamado Geri, aunque yo no era el Poderoso

Thor y por eso mismo no quería cruzar ese puente del arcoíris. Bastantes preocupaciones tenía con la parte griega.

Finalmente aparté los libros de mitología. Saqué los libros de texto y traté de estudiar.

El pie no me paraba de temblar. La cabeza no me paraba de zumbar. Me sentía como si me estuviese viendo a mí mismo intentando estudiar en lugar de estudiar de verdad.

Me interesaba graduarme. Me interesaba ir a la Nueva Roma con Annabeth. Pero no me interesaban las ciencias ni la literatura estadounidense ni las redacciones persuasivas. Y aunque sabía que esas cosas estaban relacionadas con mi objetivo general, me costaba creérmelo.

No me concentraba en la lectura.

Escribí una frase de una redacción: «En esta redacción te convenceré...»

Vale. Media frase.

Me quedé mirando el libro de texto de ciencias.

Pensé en Hermanas Grises y lobos grises y Garys siniestros en Washington Square Park. Pero la imagen que no paraba de flotar en mi mente era la cara de Ganímedes al hablar de sus pesadillas. Se parecía a un compañero de clase que había tenido el tercer año de secundaria al que habían robado camino del instituto: los ojos como ventanas vacías y una cara que había olvidado cómo adoptar expresiones.

Helisonte también me lo había recordado después de que yo hiciese explotar su río. Todavía me sentía fatal por ello. Ganímedes tenía un torturador peor en su vida, y eterno: Zeus, un tío al que me esforzaba mucho por no parecerme. No conocía la historia completa de la relación entre los dos dioses. Como siempre, los mitos básicamente sólo narraban la versión de la historia de Zeus. Pero saltaba a la vista que Ganímedes no estaba en su mejor momento desde el punto de vista de la salud mental.

Traté de imaginar que me destrozaban la vida como a Ganímedes: secuestrado de adolescente y llevado al monte Olimpo

porque a Zeus le parecía un bombón, y atrapado en esa situación para siempre. No envejecer. No crecer. No enfermar. No curarme.

Comprendí por qué me esforzaba tanto por hallar respuestas. Ya no veía esa misión como una simple molestia. Quería ayudar a Ganímedes. Si hubiese podido llevarlo a Hebe Jeebies y cantar canciones griegas antiguas con él en el karaoke hasta que pudiese dar marcha atrás a su vida y volver a ser mortal, lo habría hecho.

Como no podía, tenía que recuperar su cáliz.

Finalmente, renuncié a trabajar en la biblioteca. Al volver a casa me sentía como un fracasado, temiendo que el lunes por la mañana no estuviese nada preparado para la situación a la que nos enfrentábamos. Con suerte, quizá al menos podría dormir bien la noche antes.

Resultó que ni eso.

24

Me cepillo los dientes (de la forma más heroica posible)

Después de un fin de semana sin incidentes, Annabeth se coló en mi habitación a las cuatro y media de la madrugada del lunes, aunque parece mucho más emocionante de lo que en realidad fue.

Yo había tenido una extraña pesadilla con los dioses. Todas las deidades del Olimpo estaban sentadas alrededor de la mesa del comedor de mi familia y anunciaban que estaban embarazadas. Hera estaba embarazada. Afrodita estaba embarazada. Hefesto estaba embarazado. Apolo estaba convencido de que iba a tener gemelos. Después de cada anuncio, Zeus levantaba su vaso para llevar del Zumo Buenorro y gritaba: «¡Un brindis!» Entonces todos los dioses me lanzaban un mapa de la ciudad italiana de Bríndisi.

Me desperté con el sonido de la hoja de la daga de Annabeth deslizándose por el cierre de la ventana de mi cuarto. Podría haber llamado a la puerta, pero supongo que le gustaba el reto. Levantó el cristal inferior y entró desde la escalera de incendios.

—Pero ¿qué luz asoma a esa ventana? —dije.

Ella sonrió.

—Me sorprende que sepas citar a Shakespeare.

—Sé citar *El rincón del vago*.

Me froté los ojos. Todavía me estaba recuperando de la pesadilla. Me alegré de haberme despertado antes de que el Poseidón del sueño me enseñase su barriga de embarazado. Entonces miré hacia abajo y empecé a avergonzarme de la camiseta raída que llevaba puesta. Me pregunté si tenía saliva pegada a la barbilla. Como Annabeth me había dicho muchas veces, babeo cuando duermo.

—Vaya, ¿qué se celebra? —pregunté.

Annabeth llevaba un pantalón militar, una camiseta de tirantes, la mochila y unas zapatillas de correr, cosa que me hizo sospechar que no se trataba de una simple visita.

—No podía dormir —dijo—. He pensado que podíamos empezar antes.

Se descolgó la mochila del hombro y sacó el frasco de líquido dorado brillante de Iris.

—Esa cosa me da mal rollo —dije—. Parece miel radioactiva.

—No es radioactiva, cielo.

—Yo no estaría tan segura.

Ella agitó el recipiente, cosa que lo hizo brillar todavía más.

—Quería saber más sobre cómo funciona el néctar concentrado, así que hablé con Enebro.

Me incorporé.

—¿Has ido al campamento este fin de semana?

—Le mandé un mensaje Iris. —Annabeth se sentó en el borde de la cama—. Resulta que el Aquelarre de Dríades tiene néctar concentrado en su despensa para emergencias especiales.

—¿El Aquelarre de Dríades? ¿Eso existe?

Me imaginé a un grupo de señoras con vestidos holgados de color verde y marrón bailando alrededor de un árbol del que colgaban cristales curativos, como un evento de *cosplay* dedicado a Stevie Nicks.

Annabeth se llevó un dedo a los labios.

—Yo no te lo he dicho. Por lo visto, el néctar concentrado puede curar a un espíritu de la naturaleza al borde de la muerte, pero es arriesgado. Una vez, una dríade de un roble con quemaduras graves revivió convertida en un trozo de granito.

Me froté los ojos. Me pregunté si seguía dormido, porque parecía que Annabeth estaba sentada en la cama hablando de árboles y piedras.

—Vale.

—Además, la palabra «néctar» significa «vencer a la muerte».

¿Lo sabías?

—Me voy a volver a sobar.

—Espera, ésta es la parte importante. Enebro me dijo que esta sustancia tiene un aroma tan intenso que un olorcito puede dejar a un semidiós en coma.

Eso captó mi atención.

—¿Por qué no nos dijo eso Iris?

—Probablemente ni siquiera se lo planteó —dijo Annabeth—. Pero como esta mañana no tenemos tiempo para entrar en coma... —Rebuscó en la mochila y sacó un paquete de pañuelos de papel y un frasco de ungüento mentolado—. Nos taparemos la nariz antes de abrir esto.

—Qué idea más buena —comenté, aunque estaba pensando en lo guapos que estaríamos andando por Greenwich Village con unos colmillos hechos de Kleenex asomándonos de los agujeros de la nariz.

—Sí —convino Annabeth—. Crisis evitada. Por cierto, ahora le debo un favor a Enebro.

Parecía que estuviese pensando cómo devolvérselo... y si a las dríades les gustaban las magdalenas.

—¿Cómo le va? —pregunté.

Annabeth me acarició la rodilla.

—Debiste de darle a Grover un buen consejo. Le pidió a Enebro disculpas y pasó un rato agradable con ella plantando nuevas plantas en el bosque. Parece que vuelven a llevarse bien.

—Oye, si hay que dar consejos para ser el novio perfecto...

Ella rió y acto seguido miró tímida a la pared.

—¿Demasiado alto? No quiero despertar a Sally y Paul.

—No pasa nada —le dije en tono tranquilizador.

Los tabiques del piso eran sorprendentemente gruesos. Y si mi madre oía a Annabeth en mi habitación, lo peor que podía ocurrir era que le ofreciese a mi novia una taza de infusión.

Resulta extraño lo que pasa cuando tus padres te aceptan, te apoyan y confían en que te comportarás como es debido. Acabas

deseando comportarte como es debido. Por lo menos ésa ha sido mi experiencia, y estamos hablando de mí. Mi madre ha tenido más motivos para preocuparse que la mayoría de los padres. Después de años de internados, veranos en el campamento y meses luchando contra monstruos fuera de mi hogar, todavía no me había acostumbrado a estar permanentemente en casa, pero reconozco que vivir con mi madre y con Paul era bastante guay.

—¿Te arrepientes? —me preguntó Annabeth.

Me di cuenta de que ella había estado descifrando mi expresión.

—¿De qué?

—De irte de Nueva York, con el bebé en camino y todo lo demás.

—No... O sea, no. Sólo estaba pensando en lo bien que ha estado vivir en casa una temporada. Y se los veía muy felices en la cena. Me pregunto cómo será para mi madre tener un niño normal.

—No creo que Sally tenga un niño normal nunca —dijo Annabeth—. Porque ella no es normal. Y Paul, tampoco.

—Cierto. Probablemente el bebé nazca como Batman: no tendrá superpoderes pero será una auténtica fiera con seis doctorados.

—Me estoy imaginando al niño con un body y orejas puntiagudas.

—Grover estaría contento.

Ella resopló.

—Lo único que digo... es que no hay problema si marcharte te despierta sentimientos encontrados...

Me incliné y le di un beso.

—Nada de sentimientos encontrados. Nada de arrepentimiento. Te lo dije. No pienso volver a dejarte nunca más.

—Vale. —Ella arrugó la nariz—. Aunque no pasa nada si quieres irte unos minutos a cepillarte los dientes. Tienes un aliento un poco...

—Oye, tú me has despertado.

—Eso me recuerda una cosa. —Levantó el frasco de néctar concentrado—. Deberíamos ponernos en marcha pronto.

—Todavía no están puestas las calles...

—Lo sé —dijo ella—. Pero hay que contar con treinta minutos

para que te prepares porque eres un lentorro.

—¿Perdón?

—Cuarenta y cinco minutos para llegar a Washington Square Park. Y luego para hacer lo que tenemos que hacer y traerte de vuelta a tiempo para las clases...

—Me matan las mates.

Annabeth tiene el poder mágico de ver el futuro y calcular el tiempo necesario para hacer determinadas cosas. Ella llama a su poder «planificación», que anula de lleno mi poder mágico de procrastinación.

Fui al cuarto de baño a prepararme. Treinta minutos. Sí, seguro. Una ducha rápida. Pillar la ropa. Cepillarme los dientes. Calzarme.

Tardé treinta y un minutos.

Condenado poder mágico de planificación.

A las cinco y cuarto salimos con sigilo de la casa y nos dirigimos al tren, en la que podía ser mi última oportunidad de encontrar el cáliz de Ganímedes... o tal vez no encontrásemos a Gary, y resultaría un lunes como otro cualquiera en el instituto. Sinceramente, no sabía qué me daba más miedo.

25

Conozco al birlacopas

Grover trajo dónuts de *mochi*.

Puntos extra para Super-G.

Los tres permanecimos debajo del gran arco blanco de Washington Square Park mientras devorábamos nuestro desayuno azucarado y escudriñábamos el entorno.

Nunca había ido al parque tan temprano. El sol estaba saliendo y derramaba luz rosada entre las calles que bañaba las fachadas de ladrillo de los edificios de la manzana. Frente a nosotros se extendía la plaza principal: un círculo gigante de piedra gris que irradiaba de la fuente central. Annabeth dijo que el diseño le recordaba un reloj de sol o una rueda. A mí, que era neoyorquino de nacimiento, me parecía una tapa de alcantarilla enorme.

La fuente propiamente dicha no funcionaba. En verano se convertía en una gran piscina para niños, pero ahora estaba seca. Me la imaginé mirándome y pensando: «Oh, qué bien. Ahí está Percy. Ahora tendré que explotar o ahogar a un monstruo o algo por el estilo.» Como puede que ya haya dicho, no suelo caerles muy bien a las instalaciones de agua.

En cuanto a la gente, no había mucha. Una señora paseaba a su perro por uno de los senderos. Unos cuantos transeúntes cruzaban la plaza a toda prisa. Un par de ancianos jugaban una partida de ajedrez en una de las mesas instaladas debajo de los olmos. El lugar estaba todo lo vacío que puede estar cualquier rincón de Manhattan.

—¿Listos? —preguntó Grover.

Intentaba mostrarse valiente y decidido, pero las virutas verdes de *matcha* que tenía en la perilla arruinaban un poco la imagen.

—Adelante —dije.

Me había comido el último donut Monstruo de las Galletas —claramente el mejor sabor, porque era azul fluorescente—, de modo que ya no me quedaba nada por hacer salvo encontrar a Gary.

Annabeth envolvió el resto de los *mochis*, los guardó en la mochila y repartió los pañuelos de papel y el ungüento mentolado.

—¿No es lo que hacen los polis antes de examinar cadáveres? —preguntó Grover tapándose los orificios nasales.

—Mejor no hagamos esa comparación —propuso Annabeth—. Hoy nada de cadáveres, ¿vale?

—Fale —dije, que fue lo único que me salió con los tapones de papel en la nariz.

Me lloraban los ojos a causa del mentol. Me picaba la garganta como si un koala me estuviese haciendo el boca a boca, pero supuse que era preferible a entrar en un coma inducido por el néctar.

—Vamos allá.

Annabeth sacó el frasco brillante y lo destapó.

Inclinó ligerísimamente el frasco, y salieron tres gotitas doradas. En lugar de caer, se mecieron con la brisa y flotaron por el aire como pompas de jabón. Cada una fue en una dirección distinta.

—Eso no nos ayuda —observó Annabeth—. ¿Nos separamos?

—Siempre es una idea nefasta —dije.

De modo que eso es lo que hicimos.

No me preocupaba mucho perder a Annabeth y Grover, porque, aunque fuesen a la otra punta del parque, continuarían en mi campo de visión. Annabeth siguió su gota de néctar por la explanada principal hacia las mesas de ajedrez. La burbuja de Grover lo llevó campo a través entre los árboles. La mía se bamboleó hacia el área de juego infantil. Me crucé con una peatona que avanzaba apresuradamente con un café en la mano, pero me evitó, como hace uno cuando ve a un chico raro con pañuelos de papel asomándole de los agujeros de la nariz. No pareció fijarse en el brillante néctar. Por suerte, ella tampoco entró en coma. Tal vez el aroma no surtía efecto en los mortales normales.

Mientras seguía la bola saltarina, recordé lo que Grover había dicho de los espíritus de la naturaleza que huían del parque. En efecto, el lugar parecía abandonado. No había ardillas. Ni ratas. Ni siquiera palomas. Hasta los árboles se veían demasiado silenciosos, que es algo en lo que no te fijarías a menos que anduvieses con dríades. Te acostumbras a su reconfortante presencia, como alguien que te tararea una canción de cuna al oído. Cuando desaparecen, las echas de menos.

La grava crujía bajo mis pies. El donut Monstruo de las Galletas se me revolvió en el estómago. Cuando llegué al extremo del parque infantil, me di cuenta de lo tranquilo que se había vuelto todo. No pasaban coches por la calle. La brisa había desaparecido. Las copas de los árboles se extendían inmóviles en lo alto como capas de hielo verde.

La burbuja de néctar se dirigió a la estructura de juego. Ascendió flotando por las cadenas para escalar hasta lo alto del fuerte en miniatura y luego estalló en llamas.

Sí... debía de ser lo normal.

Miré hacia atrás a mis amigos.

Grover se había detenido junto a un gran olmo. Tenía la oreja pegada al tronco como si estuviese escuchando voces. Su gotita de néctar se había desvanecido.

A unos cincuenta metros a su izquierda, Annabeth se encontraba ante la primera mesa de ajedrez viendo una partida. Los dos ancianos estaban encorvados sobre el tablero, mirando las piezas con el ceño fruncido, pero ninguno de los dos movía un músculo. La brillante burbuja de néctar de Annabeth también había desaparecido.

Algo no iba bien.

Yo quería llamarla, interrumpir el extraño trance en el que se encontraba, pero mi voz no colaboraba. El tenso silencio me infundía miedo a gritar o llamar la atención.

Me sentía como si algo estuviese reprogramando mi cerebro, cambiando el modo en que percibía el tiempo. La última vez que

había tenido esa sensación... tenía doce años y estaba en una playa de Santa Mónica, fue la primera vez que presencié el poder de Cronos.

—Sí, se parece —dijo una voz detrás de mí.

Me volví alargando la mano hacia mi boli-espada, pero me sentí como si me moviese entre gelatina. Sobre la estructura de juego había un viejo... o, mejor dicho, como sería un viejo si hubiese nacido viejo y hubiese vivido mil años más.

Era menudo como un alumno de primero, con la espalda curvada en forma de anzuelo. La piel le colgaba de los huesos en pliegues de color pardo como unas cortinas comidas por las polillas. No llevaba puesto más que un taparrabos, un detalle que me ofrecía una vista estupenda de sus piernas flacas y torcidas, sus pies deformados y su barriga cóncava. Su cabeza me recordaba un huevo cocido que hubieran dejado reposar y pudrirse durante una semana. Y la cara...

La nariz carnosa del hombre estaba surcada de capilares rojos... el color más vivo de su cuerpo. Sus ojos estaban blanquecinos debido a las cataratas. Tenía la boca como si alguien le hubiese arrancado todos los dientes con una tubería de metal.

—Haz una foto —masculló el anciano—. Durará más.

Traté de hablar. Parecía que el aire gelatinoso me cubriese los pulmones y me dificultase respirar. Me saqué los pañuelos de papel de la nariz para no ahogarme.

—¿Qué quiere decir? —pregunté con voz ronca.

El viejo puso los ojos en blanco.

—Quiero decir que las fotos duran más que...

—Eso no. ¿Qué quería decir con «Se parece»?

—Mi poder —dijo—. Se parece a la forma en que Cronos alarga el tiempo.

—¿Cómo ha...?

—¿Sabido lo que estabas pensando? Cuando llegas a mi edad,

muchacho, nada te sorprende. Además, sé quién eres, Percy Jackson. Te he estado observando.

Se me erizó el vello de la nuca. Un viejo en pañales me había estado observando. No daba mal rollo para nada.

—¿Supongo que usted es Gary?

—O Geras, si lo prefieres. —Levantó una mano arrugada para interrumpir mis siguientes preguntas—. Y, sí, soy un dios. Te daré una pista para que adivines de qué soy dios. La palabra «geriátrico» viene de mi nombre.

Toda clase de posibilidades asquerosas se agolparon en mi mente. Me enfrentaba al dios de los productos para la incontinencia urinaria en adultos, las salas de bingo, la crema adhesiva para dentaduras postizas, los suplementos de fibra... o de los gritos a niños descarriados para que salgan de tu jardín. Entonces mi maltrecho cerebro consiguió unir todas esas cosas en una categoría más amplia.

—Ah —dije—. ¿El dios de la vejez?

—Premio. —Gary enseñó sus encías sin dientes—. Ahora tal vez entiendas por qué he robado la tacita de Ganimedes.

Alargó la mano. Con un destello de luz, una vasija de cerámica apareció flotando encima de su palma, pero parecía más un platillo volante que una copa. El cuenco era ancho y poco profundo, y tenía dos asas enormes. Estaba convencido de que mi madre tenía una ensaladera como ésa. En el exterior había escenas relucientes de color negro y dorado de los dioses en plena celebración, con las siluetas perfiladas con hilos de bronce celestial. Era una bonita cerámica, pero no sabía cómo alguien podía servir néctar con ella.

—El cáliz de los dioses —deduje.

Quería añadir que naturalmente entendía por qué Gary lo había robado. Pero no lo entendía.

—Entonces... como usted ya es inmortal, ¿la copa le hará más joven? —pregunté—. ¿O toda la vida ha soñado con servir bebidas?

—Oh, qué decepción... —Gary cerró el puño, y el cáliz

desapareció—. Debería haber empezado por Annabeth Chase. Tengo entendido que es más lista.

La verdad es que no podía enfadarme. Si yo buscara a alguien que adivinara mi diabólico plan maestro para no tener que pronunciar el clásico monólogo de villano, también habría empezado por Annabeth. Por otra parte...

—Un momento —dije—. Usted nos separó con las gotas de néctar.

Miré al otro lado del parque. Annabeth seguía viendo la partida de ajedrez. Grover seguía escuchando el árbol. No parecía que corriesen peligro inmediato, pero se movían a velocidad superlenta, como moscas atrapadas en una savia que no tardaría en convertirse en ámbar.

—¿Qué nos está haciendo? —inquirí—. ¿Acabar con nosotros de uno en uno? ¿Tiene miedo de enfrentarse a los tres a la vez?

Gary resopló.

—Podría reducirlos a los tres a polvo de tumba con sólo chasquear los dedos. Normalmente lo haría, porque intentáis aguarme la fiesta. Pero como Ganímedes ha mandado a por mí a Percy Jackson... en fin, he decidido daros una oportunidad. Esperaba que tú mejor que nadie comprendieras por qué me he llevado el cáliz. Pero, si no es el caso, puedo desintegrarte ahora mismo y pasar a tus amigos. Tal vez a ellos se les dé mejor.

—¡No! —grité, no sólo porque no quería ser polvo de tumba, sino porque no podía permitir que hiciese daño a Annabeth ni a Grover—. Lo pillo. De verdad.

Gary entornó los ojos.

—No te creo.

Yo tampoco me creía. Qué listo, el puñetero viejo.

Traté de imaginarme qué haría Annabeth. Me pregunté qué haría Grover. Luego, como tenía un cerebro de lo más raro, me pregunté qué haría yo en la situación en la que me encontraba.

Algo en esa masa de algas cerebrales debió de hacer clic, o chap, o como mínimo un pequeño chop.

—Es usted el dios de la vejez —dije—. Y la copa vuelve inmortales a los mortales.

Gary sonrió asintiendo con la cabeza para que continuase.

—Y eso evita que la gente envejezca —proseguí—. Y a usted no le gusta eso.

—No lo soporto —gruñó Gary.

—Claro —dije—. Porque la gente tiene que envejecer. No ser ascendida a dios como... —Pensé en Ganímedes, joven y guapo, deambulando triste por el comedor de mi instituto llenando vasos de alumnos—. Quiere humillar a Ganímedes para dar ejemplo. Creía que yo lo entendería porque una vez rechacé la inmortalidad.

Gary me dedicó una pequeña reverencia enseñando las manchas oscuras de su cráneo.

—Puede que al final no seas rematadamente tonto.

—Gracias —dije—. Mi objetivo de la semana era no ser rematadamente tonto.

—¡Ganímedes no tiene derecho a ser dios! —protestó Gary—. Cualquier objeto que conceda la inmortalidad a los humanos es odioso y desatinado. Todos estáis destinados a morir y convertirlos en polvo. ¡Ése es vuestro propósito!

—Bravo por el propósito.

—Tú fuiste el primer semidiós en milenios que rechazó la inmortalidad —recordó Gary—. Lo respeto. Me conmueves.

—Esta bonita experiencia nos ha unido mucho —dije—. Creo que ha demostrado que tenía razón. ¿Me devuelve ya la copa?

Gary torció el gesto.

—No lo dirás en serio. ¿Por qué ibas a querer completar esta absurda misión? ¡Vete! ¡Deja que Ganímedes sea castigado! ¡Deja que los dioses pierdan su preciado cáliz y así tengan una forma menos de transmitir la inmortalidad a los demás!

—Lo haría con mucho gusto —dije—. Pero necesito una carta de recomendación para la universidad. Y se lo prometí a Ganímedes. Además, ¿de veras cree que él es quien merece el castigo? Él no pidió que Zeus lo secuestrase, ¿no?

—¡Venga ya! —exclamó Gary—. ¿Crees que la juventud eterna y la inmortalidad lo convierten en la víctima?

—A ver... ¿Ha visto a ese tío? Está de los nervios.

Gary cruzó sus arrugados brazos.

—Qué decepción, Percy Jackson. Si insistes en ayudar a Ganímedes, supongo que me he equivocado contigo. Polvo de tumba, pues.

—¡Espere! —chillé. A veces cuando corro peligro inminente de muerte, me sale voz de Mickey Mouse—. Oiga, entiendo por qué está enfadado. Pero viendo que los dos coincidimos en que los mortales no deben ser dioses, ¿no existe una forma de que lleguemos a un acuerdo?

Gary me estudió. Las manchas blanquecinas se movieron por sus ojos como nubes de un planeta extraterrestre.

—Tal vez... —Su tono malicioso me hizo arrepentirme de haberlo preguntado—. ¿Y si te doy una oportunidad de conseguir la copa? Deberías sentirte honrado, Percy Jackson. En la historia de la humanidad, sólo he hecho esa oferta a otro héroe.

—Hércules —supuse, porque la respuesta casi siempre es Hércules.

Gary asintió con la cabeza.

—Deberás vencerme en un combate de lucha libre. Si me ganas, te daré el cáliz. Si yo gano... cumplirás tu propósito antes de lo esperado, y te convertiré en un montón de huesos pulverizados. ¿Trato hecho?

26

Negocio las condiciones de mi desintegración

En el mundillo de los semidioses lo llamamos una pregunta capciosa.

Si me negaba, me reducirían a polvo. Si aceptaba, tendría que luchar contra un viejo. Y luego me reducirían a polvo...

Mirando a Gary, me costaba concentrarme... y no sólo por su asqueroso taparrabos o sus dientes mellados. Su presencia me hacía sentir claustrofobia dentro de mi propio cuerpo. La sangre me retumbaba en los oídos. Me sudaban las manos. Tuve que combatir la sensación de pánico, como si mi carne ya hubiese empezado a desmoronarse.

Comprendí por qué incluso una diosa como Iris podía tener miedo de ese tipo. La inmortalidad era una cosa. Ser viejo para siempre... era harina de otro costal. Otros dioses preferían parecer jóvenes y guapos. Gary aparentaba la edad que tenía, hasta el último milenio. Me imaginaba que cuando los dioses del Olimpo lo miraban, veían lo ancianos que eran en realidad. Él era como el cuadro de ese libro sobre un hombre que no envejece, pero su retrato sí. ¿Earl Grey? No. Eso es un té. Lo que sea, esa historia me daba mal fario.

Ninguna de esas cosas me ayudó a dar con una respuesta. Gary me miraba con expectación, de modo que recurrí a mi herramienta semidivina de último recurso: la procrastinación.

—Tengo condiciones —dije.

Gary inclinó su arrugada cabeza.

—¿Condiciones físicas?

—No. Condiciones para luchar contra usted. Primero, si pierdo, sólo me matará a mí. Dejará a mis amigos en paz.

—La vejez no deja en paz a nadie.

—Ya sabe a lo que me refiero. No los convertirá en polvo ahora. Los liberará.

—Aceptable.

—Siguiente... —Vacilé. «Vamos, Percy. Tiene que haber una siguiente»—. Cuando dice que tengo que vencerle, ¿qué abarca eso? Usted es un dios. No puedo matarlo.

—Es evidente, joven necio —se burló Gary—. Si consigues hacerme hincar una sola de mis rodillas en el suelo, lo consideraré suficiente. Yo, por mi parte, ganaré cuando aplaste tu cara contra el asfalto. Es más que justo.

—Es la primera palabra que me ha venido a la mente —dije—. «Justo.»

—¿Algo más?

—Sí.

Me estrujé la mollera preguntándome qué más debía exigir. ¿Agua embotellada? ¿Un bol de M&M's sólo azules en mi camerino? Necesitaba a Annabeth para que me echase una mano.

Ah. Claro. Eso era algo que podía pedir.

—Libere a mis amigos —le dije a Gary.

—Ya lo has pedido.

—No —repuse—. Me refiero a que libere a mis amigos de lo que les está haciendo ahora mismo.

Señalé a Annabeth, que seguía inmóvil ante la partida de ajedrez.

—Sólo les he frenado —dijo Gary—. A todo el mundo le pasa cuando se hace viejo.

—Los quiero aquí —insistí—. Para despedirme, al menos. Quiero que vean lo que me pase.

—Esto no es un espectáculo —masculó. Era la primera vez que alguien decía eso de la lucha libre.

—¿Quiere luchar contra mí o no? —pregunté.

Me dio la impresión de que podía arriesgarme a decir eso porque el brillo de los ojos de Gary me indicaba que estaba deseando

aplastar mi cara contra el asfalto. No era la primera persona que se sentía así.

—Está bien —gruñó.

Chasqueó sus huesudos dedos. Annabeth y Grover recuperaron la movilidad. Se volvieron en dirección a mí, se quitaron sus superatractivos colmillos de Kleenex mentolados y corrieron hacia el parque infantil.

Cuando Annabeth llegó a donde estábamos, había desenfundado la daga. Grover empuñaba un donut de *mochi* recubierto de sésamo negro como un *shuriken*.

—¿Qué pasa? —preguntó el sátiro, levantando el bollo como si estuviese dispuesto a ponerse en plan asesino del donut.

Annabeth evaluó a Gary y luego maldijo entre dientes.

—Geras, supongo. Debería haberme imaginado que luchábamos contra la Vejez.

Gary se rió por lo bajo.

—Y yo debería haber hablado contigo primero, jovencita. Está claro que tú eres el cerebro de la operación.

—Tranquilos —les dije a mis amigos—. Hemos llegado a un acuerdo.

Annabeth miró al dios frunciendo el entrecejo.

—A ver si lo adivino. ¿Un combate de lucha libre? Disculpe. Necesito hablar con mi cliente.

Me agarró del brazo y me llevó a rastras al otro lado del parque. Detrás de nosotros, oí a Gary preguntarle a Grover:

—¿Te vas a comer eso?

Annabeth me asió los hombros.

—No puedes hacerlo, Percy.

—Oye, no es algo que yo quiera hacer.

—No puedes vencerlo.

Me dieron ganas de decir que era nuestra mejor opción. Era mucho mejor que acabar los tres convertidos en polvo de tumba. Pero por la expresión de Annabeth me di cuenta de que ya había hecho sus cálculos. Ella iba muy por delante, como siempre.

—Hércules luchó contra la Vejez hasta la extenuación —continuó—. Es la única vez que Geras se ha visto obligado a declarar un empate. Vencerlo es imposible.

—¿Cuál era el secreto de Hércules?

—No tenía secreto. Sólo fuerza bruta.

Me froté el bíceps y procuré no ofenderme. No era precisamente débil, pero la superfuerza no figuraba en mi lista de poderes. Tenía «respirar bajo el agua» y «hablar con caballos», que no servían de mucho en una pelea en un parque infantil de Greenwich Village.

—Tiene que haber otra forma —dije—. Tu madre me dijo una vez en la presa Hoover que siempre hay una solución...

—Para los que tienen la inteligencia de encontrarla —concluyó ella—. Sí, lo sé. Pero esto... Geras es una fuerza de la naturaleza. Es inevitable. No puedes luchar contra la Vejez.

«A menos que seas inmortal», pensé.

Sin embargo, ése era precisamente el motivo por el que Geras había robado el cáliz. Te permitía burlar el sistema. Y no le faltaba razón cuando decía que la inmortalidad era una maldición. Los dioses eran la gente más tarada que había conocido en mi vida. Habían tenido siglos para resolver sus problemas, pero no lo habían hecho. Sí, cambiaban de ropa y modernizaban su estilo de vida de vez en cuando, pero en el fondo seguían siendo los mismos que en la Edad de Bronce.

Una sensación de pesadez se instaló en mi barriga... No estaba seguro de si era desesperanza, desesperación o el dónut. ¿Estaba peleando para el lado equivocado? Si me iba y dejaba que Gary se quedase el cáliz, puede que Ganímedes fuese deshonorado y exiliado del Olimpo. ¿Tan grave sería? Los dioses tendrían que servirse ellos mismos la bebida. Dispondrían de una forma menos de crear nuevos inmortales. Ganímedes encontraría trabajo en el Zumo Buenorro. Tal vez incluso me escribiese una carta de recomendación elogiándome por aceptar al viejo cascarrabias que llevo dentro.

Aun así, Ganímedes me había elegido para esa misión. Dejando de lado el hecho de que todos los dioses me elegían para todas las

misiones, me sentía obligado a cumplir mi promesa. Me acordé de lo nervioso que estaba el pobre copero en el Zumo Buenorro; la manera en que se había escondido debajo de la mesa al pensar que el batido con sabor a águila dorada de Zeus podía lanzarse en picado a por él.

Sí, estaba traumatizado y deprimido. Tal vez le habría venido mejor que lo hubiesen devuelto al mundo de los mortales. Pero no me había pedido que lo liberase del monte Olimpo. Me había pedido que recuperase la copa. Si decidía arruinarle la vida por su bien, sin su permiso, no sería mucho mejor que Zeus. Creía que todo el mundo tenía derecho a arruinarse la vida sin que nadie lo hiciese por ellos.

—Tengo que hacerlo —le dije a Annabeth—. Creo que puedo encontrar una forma...

Ella escudriñó mi rostro, preguntándose quizá si debía intentar hacerme entrar en razón a golpes con la empuñadura de su daga. Finalmente, dejó escapar un suspiro.

—Tienes que decidirlo tú. Pero... no lo subestimes por el aspecto que tiene, Percy.

Me ponía nervioso cuando me llamaba Percy en lugar de Sesos de Alga. Significaba que habíamos sobrepasado el punto en el que ella necesitaba criticar lo tonto que estaba siendo.

Regresamos a la estructura de juego. Gary mordía con las encías un donut espolvoreado con Fruity Pebbles mientras Grover miraba horrorizado. Los cereales multicolores en la boca del dios le hacían parecer todavía más mayor.

—¿Listo para decir adiós? —me preguntó Gary.

Negué con la cabeza.

—Nada de adioses aún. Confirmemos las reglas del combate. Usted y yo nos enfrentamos cara a cara. Usted me aplasta la cara contra el suelo, yo pierdo, me convierto en polvo, etc. Yo le hago hincar una rodilla en el asfalto, usted me da el cáliz y nos deja en paz. En cualquier caso, cuando esto acabe, mis amigos serán libres.

—Ése es el trato —convino Gary—. Aunque, como vas a perder, la

mayoría de las condiciones son... ¿cómo se dice?... irrelevantes.

—Usted sí que es irrelevante —gruñí, porque soy letal con las réplicas rápidas.

—O... —terció Grover— podría cambiarnos el cáliz por estos donuts. —Levantó la tapa de su fiambarrera y envió el aroma a *mochi* hacia el dios—. Y luego cada uno se irá por su lado. Todavía me quedan dos de sésamo negro y pistacho.

Gary pareció considerar el ofrecimiento. Para mí, los donuts de *mochi* valdrían prácticamente lo mismo que los cálices mágicos en cualquier sistema de trueque posapocalíptico. Pensé que Grover podía haber dado en el clavo. Estaba a punto de hacerme la vida mucho más fácil y también más larga.

Entonces Gary negó con la cabeza.

—Nos atendremos al acuerdo original.

—Está bien —murmuré—. ¿Cuándo empezamos?

No me dio tiempo ni a respirar. De repente Gary se me había subido a la espalda, con las manos como pinzas de acero en mis hombros, las piernas enroscadas alrededor de mi caja torácica y los talones clavados en mi cuerpo como si fuese un caballo que se negaba a colaborar. Se me doblaron las rodillas. El tío pesaba una tonelada. Estiré las manos y paré la caída, con la cara a escasos centímetros del asfalto.

Su aliento agrio hizo que me mareara.

—Oh, podemos empezar cuando quieras —me dijo al oído.

Mis últimas palabras dan muchísimo corte

Añoré los viejos tiempos en los que había tenido que pelear cara a cara contra el dios de la guerra Ares, vapuleándome con su enorme espada/bate de béisbol, soltando jabalíes salvajes gigantes para que me pisotearan, fulminándome con sus ojos nucleares.

Sí, eran tiempos menos complicados.

Ahora luchaba a muerte con Gary, el dios con pañales de la halitosis.

E iba perdiendo.

Traté de empujar contra él, de obligarme a levantarme. Era como empujar contra el techo de un túnel. Me retorcí de lado y empleé mi peso para quitármelo de la espalda. Me alejé a gatas, respirando con dificultad, y apenas me había dado tiempo a ponerme de pie cuando él volvió a embestir contra mí rodeándome el cuello con el brazo. Me hizo una llave de cabeza lateral acercándome peligrosamente la cara a su axila. Deseé con toda mi alma no haberme sacado los pañuelos de papel mentolados de los agujeros de la nariz.

—Oh, no —dijo Gary riendo a carcajadas—. No puedes huir de la Vejez.

—¡Técnicamente eso no es cierto! —gritó Grover—. ¡Ejercicios como correr pueden alargar la vida!

Gary gruñó.

—Cállate, sátiro. ¡No quiero interferencias!

—No es una interferencia —terció Annabeth—. ¡Es un comentario! Todos los combates de lucha tienen comentarios.

Su distracción me brindó unos segundos, y me gustaría decir que

los utilicé para formular un plan maestro, pero mi proceso mental fue el siguiente: «Oh dioses voy a morir socorro ay sobaco sobaco.»

Eso no cumple precisamente los criterios de un plan maestro.

Traté de arrastrar los pies de lado. Gary me sujetaba fuerte. Empujé hacia delante con todo el peso. Me incliné hacia atrás confiando en desequilibrarlo. Aunque medía la mitad que yo, no cedía.

—¿Vas a alguna parte? —preguntó.

Con la mano libre, me dio un puñetazo en las costillas. El sonido que me salió de la garganta habría alertado a cualquier morsa en un radio de tres kilómetros de que buscaba compañía.

—¡Falta! —gritó Grover—. ¡Sanción de diez yardas!

—¡No hay golpes al cuerpo! —convino Annabeth—. ¡Eso no es lucha libre!

—¡Callaos! —se quejó Gary.

Aprovechando que su atención estaba dividida, conseguí escapar de la llave retorciéndome. Le rodeé el pecho con los brazos y apreté con todas mis fuerzas. Tiré y apreté, pero no lograba moverlo.

Él rió.

—¿Te diviertes?

Yo no tenía energías para contestar. Por lo menos todavía no me aplastaba la cara contra el asfalto. Mientras yo lo entretuviese, parecía contentarse con ponerme en la más absoluta evidencia. Afortunadamente, eso sí estaba en mi lista de superpoderes.

Tenía que haber algún secreto para vencer a ese tío; algo aparte de la superfuerza, que era un poder ridículo que sólo poseía el ridículo de Hércules, que era ridículo. Tal vez Gary tenía un botón de apagado. Tal vez le daba miedo algo que yo podía utilizar contra él.

¿Qué combatía la vejez? Los antioxidantes. Los crucigramas. Los suplementos de fibra. Me di cuenta de que el dolor y los olores de anciano me estaban haciendo delirar. Mi maestro Quirón me había dicho una vez que en una situación de vida o muerte lo más importante es no perder la serenidad. Una vez que tu cuerpo

desencadena la reacción de lucha o huida, estás demasiado asustado para pensar como es debido. Eso te puede matar.

Por desgracia, yo no estaba sereno. No podía luchar ni huir. Y me había quedado sin suplementos de fibra.

Probé con mi as en la manga. Invoqué la ira, la encaucé a la boca del estómago y busqué el poder ilimitado del mar. Estábamos en Manhattan, justo por encima del nivel del mar, flanqueados por ríos importantes, justo al lado del Atlántico. ¡Seguro que podía recurrir al poder de mi padre e invocar esa gran fuerza para que luchase por mí!

Solté un grito salvaje.

En el otro extremo de Washington Square Park, una tapa de alcantarilla salió disparada por los aires. Un géiser salpicó las copas de los árboles y luego se apagó.

—Ha sido impresionante —dijo Gary—. ¿Ponemos fin a esto de una vez?

Me arrancó de su pecho como si fuese una garrapata y me lanzó al otro lado del parque infantil.

—¡Percy! —gritó Annabeth.

Su tono de preocupación fue lo único que me salvó. Mientras volaba por los aires, la voz de Annabeth electrificó todas las moléculas de mi cuerpo. Mis sentidos empezaron a funcionar a toda marcha. En lugar de estrellarme contra la estructura de juego, me retorcí en el aire, me agarré a una de las barras, giré rápido y caí de pie. Los hombros me daban punzadas de dolor. Probablemente me había desencajado los brazos, pero no me había roto la espalda ni tampoco la había palmado.

Avancé tambaleándome. Unos puntitos de luz daban vueltas ante mis ojos.

Gary miró a Annabeth y a Grover con el ceño fruncido.

—Si alguno de los dos vuelve a interferir, declararé el combate nulo. ¡Voy a convertirlos a los tres en cáscaras secas!

Annabeth se agachó con la daga en la mano. Grover le agarró el brazo, tratando de impedir que entrase en combate. Tampoco es que

ella pudiese herir a la Vejez con un cuchillo, pero eso no le impediría intentarlo.

A pesar de lo mucho que valoraba el espíritu, no podía dejar que ella corriese el riesgo.

—¡Aquí, tío pañales! —grité—. Yo soy tu oponente, no ella.

Gary se volvió entornando los ojos.

—Así es.

Entonces atacó.

Bueno... digo «atacó», pero más bien cojeó con determinación.

Me dio tiempo a pensar: «Ahora me vendría muy bien un plan.»

En ese momento se me echó encima. Me placó y me empujó hacia atrás contra el poste de una pelota colgante. La columna me crujió, pero el poste me mantuvo erguido, incluso me dio cierto impulso.

Cerré las manos en torno al bíceps de Gary. Los brazos me crujieron. Mi visión se disolvió en destellos estroboscópicos blancos y negros. Conseguí empujar a Gary hacia delante un paso y luego dos. No me impulsaba la fuerza, sino la desesperación, y la remontada no duró.

Gary me apretó los hombros con sus dedos huesudos. Te lo aseguro: los hombros tienen muchas terminaciones nerviosas. Gary las encontró todas. Grité mientras me empujaba hacia atrás contra el poste de la pelota colgante. El metal empezó a torcerse.

—Has aguantado más que la mayoría —concedió el anciano—. Ha sido un buen intento.

Un buen intento, pensé, mientras mi mente se ahogaba en el dolor.

Genial. No podía ganar, pero por lo menos la Vejez me daba un premio de consolación. Cuando me deshiciese en polvo, Annabeth podría enmarcar el certificado y tenerlo en su habitación de la residencia cuando se fuese ella sola a la Universidad de la Nueva Roma.

Me temblaban las piernas. Oprimido entre Gary y el poste, notaba

la caja torácica como el almacén de un piano demasiado apretado, a punto de romperse e implosionar.

Pensé en todo el dolor que le causaría a Annabeth. Le había prometido que no volvería a dejarla nunca. Cuando abandonásemos esta vida, quería que estuviésemos juntos, dentro de muchos años, ya viejos y canosos...

Un momento.

Noté que mis piernas recobraban algo de fuerza. Todavía rabiaba de dolor, pero ¿era posible que estuviese siendo aplastado más despacio?

Me acordé de algo que mi colega Jason me había dicho una vez. En un momento de crisis, él había soñado que era viejo y estaba casado con su novia Piper, con un montón de nietos correteando por ahí. No había interpretado el sueño como una visión rigurosa del futuro. En lo que respecta a las vidas de los mortales, las Moiras nunca garantizan la devolución del dinero. Pero él me dijo que eso no era lo importante. Cuando más lo había necesitado, esa visión le había hecho sentir que había un porvenir, algo por lo que vivir y por lo que luchar.

Clavé más fuerte los dedos en los brazos de Gary. El dios gruñó sorprendido.

Pensé en una conversación que había mantenido con Paul hacía unos meses. Le había tomado el pelo diciéndole que cada año estaba más canoso. Él me había contestado: «Mira, envejecer es un rollo, pero es mejor que la alternativa.» En su momento no lo entendí. ¿Eran realmente las únicas opciones morir y envejecer?

Cuando eres un semidiós, te preocupa mucho seguir vivo. Apenas piensas en la vejez. Yo me había centrado en acabar el instituto, en hacerme adulto... pero tal vez ése no era el objetivo final. Envejecer podía ser terrible y difícil. Comportaba cosas en las que no quería pensar, como la artritis, las varices y los audífonos. Pero, si envejeces con tus seres queridos, ¿no es mejor que cualquier otra alternativa?

Miré a Annabeth y Grover. Habíamos pasado mucho juntos. Me

imaginé a Annabeth con el cabello plateado y arrugas, riendo mientras me llamaba Sesos de Alga por millonésima vez en nuestras vidas. Me imaginé a Grover con mechones de pelo blanco saliéndole de las orejas, apoyado en un bastón con la espalda encorvada, blando al quejarse de sus pezuñas achacosas, y luego echando una siesta en un banco de nuestro jardín junto a la playa mientras yo estaba sentado a su lado, reposando mis doloridos huesos a la vez que contemplaba las olas y olía el aire marino. No me costaba imaginar que me dolían los huesos. De hecho, tampoco me costaba imaginarme reposando.

Gary esperaba que pelease contra él. Y a menos que muriese joven, no podía vencer a la Vejez. Pero ¿y si lo abrazaba?

Era una idea ridícula. ¿Dejar de combatir y achuchar a Gary el Vejestorio?

Me empezaron a temblar otra vez las rodillas. Con suerte, me quedaba un segundo hasta que él me aplastase contra el poste.

Dejé de apretar con tanta fuerza y rodeé al dios con los brazos.

Entonces dije lo que estaba convencido de que pasaría a la historia como las últimas palabras más estúpidas jamás pronunciadas:

—Te quiero, tío.

Empiezan a llover juguetes

Gary se quedó inmóvil.

Lo abracé tan fuerte que le dio hipo.

—¿Qué pasa?

Le tembló la voz mientras dejaba de apretarme los hombros con tanta fuerza. Se quedó tan sorprendido que podría haberle hecho hincar una rodilla, pero sabía que no era lo mejor. Seguí abrazándolo.

No había conocido a mis abuelos mortales. (Supongo que Cronos era técnicamente mi abuelo, pero prefería no pensar en ello.)

Me imaginé cómo sería conocer a los padres de mi madre. Habían muerto cuando ella era muy pequeña. De hecho, cuando habían muerto eran más jóvenes que mi madre ahora. Esa clase de cosas me dejaban alucinado. ¿Se reían con la misma alegría que mi madre? ¿Había heredado Sally de ellos la afición a cocinar o a escribir? ¿Canturreaban cuando andaban bajo la lluvia sin paraguas, o sólo era cosa de ella? Si no hubiesen muerto tan jóvenes, podrían haber acompañado a mi madre en los años más difíciles de su vida. Habrían llegado a conocerme. Tal vez Geras no fuese tan mal tío, a pesar de su cuestionable gusto en materia de moda.

Mientras lo abrazaba, me imaginé que abrazaba a mis abuelos y que también abrazaba la idea de envejecer y de volver la vista atrás al final de una vida satisfactoria, pensando: «Bueno, lo hemos conseguido. Sí, algún día moriremos (puede que pronto), pero nos ha ido bastante bien, ¿no?»

Me vi de la mano de Annabeth cuando los dos estuviésemos arrugados y frágiles, y siguiese mirándola a los ojos y queriéndola

igual que siempre. Me imaginé que revolvía el pelo gris de Grover cuando se quedaba dormido en un banco del jardín y le decía: «Despierta, Super-G. ¡La comida está lista!» Nos imaginé sentados alrededor de una mesa, compartiendo una comida deliciosa y riéndonos de todas las locuras que habíamos hecho en la vida. Incluida la ocasión en que luché contra el dios de la vejez en Washington Square Park.

Hice caso omiso del olor a rancio de Gary, de su piel flácida, de sus manchas hepáticas y sus pelos raros, y lo abracé como a un viejo amigo. Un amigo muy viejo que ya había superado la fecha de caducidad.

«Era mejor que la alternativa.»

Vivir rápido, morir joven y dejar un bonito cadáver es una filosofía interesante... hasta que es de tu cuerpo del que habla la gente. Gary me empujó contra el poste por última vez, pero supongo que lo hizo sin convicción.

Se relajó, me dio unas palmaditas en la espalda y apoyó la cabeza en mi hombro. Empezó a temblar. Oí un resoplido. ¿Estaba llorando el dios? ¿Estaba... embadurnándome el hombro de mocos divinos?

No lo sabía. Aun así, no lo aparté.

Eché una miradita a Annabeth y Grover. El sátiro parecía estupefacto, pero Sabihonda sonreía débilmente. Por supuesto, comprendió lo que estaba haciendo. Ella reconocía enseguida una buena estrategia. Y el brillo de reconocimiento de sus ojos era la mejor mirada que yo podía desear. Significaba que estaba orgullosa de mí.

Finalmente, Gary salió de entre mis brazos. Retrocedió y me evaluó de nuevo. Tenía los ojos inundados de lágrimas marrón rojizo. Le temblaba la mandíbula. No sabía si quería pegarme o volver a abrazarme.

—¿Por qué? —preguntó.

—He pensado que estaría luchando con usted toda la vida —dije—. Y no tengo ningún problema con eso. Sólo quería que usted lo

supiese. —Respiré entrecortadamente—. Pero si considera que mi vida debe acabar ahora, podemos seguir sacudiéndonos por el parque.

Gary gruñó. Su expresión era una mezcla de sorpresa, irritación y puede que una pizca de respeto.

—Técnicamente, yo te estaba sacudiendo a ti —aseguró—. Iba ganando.

No respondí. Me pareció la decisión más inteligente.

—Nunca se abraza a la Vejez —murmuró—. ¿Sabes cuándo fue la última vez que me abrazaron?

Se quedó mirando al cielo como si tratase de hacer memoria. Su expresión triste me recordó a los viejos que había visto en residencias de ancianos, mirando a lo lejos, tratando de averiguar adónde habían ido a parar sus vidas, dónde estaban sus seres queridos, cómo se habían quedado tan solos.

—Y ahora, ¿qué? —pregunté.

Él frunció el entrecejo.

—La Vejez es paciente. No soporto eso de mí, pero casi nunca tengo prisa por poner fin a la vida de alguien. Y tienes razón... poner fin a la tuya ahora, con dieciséis años...

—Diecisiete —lo corregí.

Grover carraspeó. «¡Cállate!»

—Diecisiete —repitió Gary. Dio la impresión de que el número le sabía amargo en la boca—. No. No está bien. No es tu momento.

Inclinó la cabeza orientando las manchas de la piel hacia la luz del sol matutino.

—No beberías del cáliz, ¿verdad?

—No —contesté—. Quiero vivir una vida entera. Incluso las cosas malas. Además, he visto lo que le pasa a la gente que se convierte en dios.

Pensé en el pobre Ganímedes, perpetuamente joven y hermoso, pero teniendo que cargar con toda su ansiedad, sus dudas y sus miedos para siempre. No, gracias.

—Interesante. —Gary observó a mis amigos y acto seguido se

volvió otra vez hacia mí—. Ansío luchar contra ti muchos años más, Percy Jackson. No creas que te lo pondré fácil porque me hayas impresionado hoy.

—Seguiré ejercitándome —prometí—. Haré mogollón de crucigramas.

Gary frunció el labio.

—Estábamos viviendo un bonito momento. No lo estropees.

Chasqueó los dedos, y el cáliz de los dioses apareció flotando reluciente en el aire entre nosotros. Sólo faltaba un coro angelical para rematar el efecto.

—Tómalo —dijo Gary—. Supongo que debe seguir en el monte Olimpo, entre esos necios que ya han vuelto la espalda a la Vejez. Me haces pensar que no todo el mundo es como ellos, Percy Jackson. —Se sorbió la nariz antes de mascullar—: Crucigramas...

Acto seguido se esfumó en una nube de talco gris.

Logré atrapar el cáliz antes de que cayese al asfalto. Pesaba como una bola para jugar a los bolos, cosa que no les vino precisamente de maravilla a mis doloridos brazos.

—Ay —dije.

—¡Lo has conseguido! —Grover hizo un bailecito de alegría—. ¿Abrazarlo? ¡Ha sido muy arriesgado!

—Ha sido perfecto —dijo Annabeth. Se acercó con aire resuelto y me dio un beso—. ¿Sabes qué? Creo que serás un viejo muy guapo. Espero que tengamos la oportunidad de descubrirlo. Pero me alegro de que no sea hoy.

Sonreí. El olor de Gary permanecía en mi ropa. Estaba cansado y achacoso y me sentía como si hubiese envejecido varias décadas. Pero esas imágenes mentales también permanecían... las imágenes de un futuro en el que me hacía mayor con las personas a las que quería, con mis mejores amigos. Y eso me hizo sentir que podía con los achaques y los dolores. Tal vez los inconvenientes valiesen la pena.

—¿Creéis que podemos mandarle a Ganímedes un mensaje Iris?

—Levanté el cáliz—. No quiero tener esto en la taquilla hasta el domingo.

Pareció que Annabeth iba a decir algo, pero justo entonces un hula hop cayó del cielo.

—Es un símbolo de Ganímedes —dijo.

—¿El hula hop? —preguntó Grover.

—Bueno... el aro. Ha sido un juguete para niños durante miles de años. Es un símbolo de su juventud eterna.

Me estremecí.

—Sí, pero eso no hace que el hecho de que Zeus lo secuestrase dé menos repelús. ¿Y qué crees, que Ganímedes ha tirado el aro del monte Olimpo?

Como actualmente el Olimpo flotaba sobre el Empire State Building, no era una idea tan disparatada. Un buen lanzamiento divino llegaría a Washington Square Park sin problemas. Pero ¿por qué?

Annabeth examinó más detenidamente el aro.

—Un momento.

Encontró un trozo de papel envuelto en una parte del aro. Yo había dado por sentado que era una etiqueta o algo parecido, pero Annabeth lo despegó y empezó a leer.

—Es una llamada de auxilio —anunció—. Ganímedes dice que está atrapado en el Olimpo y que necesita inmediatamente la copa. Dice...

Se le descompuso el rostro.

—Oh, dioses. Zeus no va a esperar al domingo para celebrar un banquete.

Tragué saliva al recordar que Ganímedes había dicho que Zeus era impredecible.

—Entonces... ¿va a celebrar uno esta noche?

—Peor aún —dijo Annabeth—. Zeus ha invitado a su madre a una reunión familiar ahora mismo. Han quedado para un *brunch*.

Me tambaleo en el precipicio del Monte Brunch

¿Existe algo más espantoso que el *brunch*?

Es una abominación dentro de las comidas, un híbrido frankensteiniano de alimentos incompatibles. Evoca pesadillas ambientadas con grupos de jazz suave, niños con ropa de vestir que pica, mujeres con sombreros raros, manchas de lápiz de labios en copas de champán y olor a *croque-monsieur*. Lo siento. Me niego a comer algo que se traduce como Señor Crujiente.

La simple palabra «*brunch*» me da repelús. «*Brunch*» es el término menos elegante para referirse a algo supuestamente elegante. Es como decir: «Pongámonos todos de punta en blanco y vayamos a una carrera de barro.» Pero... ¿por qué?

Sin embargo, había descubierto algo peor aún que un *brunch* de mortales: un *brunch* entre dioses. Un lunes por la mañana, nada menos. Y a la hora del desayuno, pero no, tenían que convertirlo en un *brunch* de todas formas.

Además, ¿Zeus había invitado a su madre? Yo no conocía a Rea, la diosa titán, y no ardía en deseos de averiguar qué le servían los dioses en aquella comida matutina especial. Probablemente tostada de semidiós escalfado con cóctel mimosa elaborado con lágrimas de semidiós.

Alcé el cáliz de los dioses.

—Supongo que no podemos mandar esto por Hermes Exprés.

—Percy... —Annabeth frunció el ceño.

—¿No tienen servicio de mensajería urgente en Manhattan?

—Ganímedes lo necesita ahora. Y tienes que llevarlo tú. Es...

—Mi deber.

Suspiré. Conocía las normas para completar una misión, que incluían la entrega por parte del semidiós encargado. Cada vez parecía menos probable que llegase al instituto a tiempo para el examen de primera hora.

—Está bien —dije—. ¿Se os ocurre algo para que me cuele en el Olimpo y me infiltre en un *brunch* divino?

—Pues sí, la verdad. —Grover parpadeó como si estuviese a punto de decir algo que me fuese a doler—. Puede que yo tenga una idea.

La parte fácil fue pillar un taxi al centro. Normalmente yo no me habría decidido por ese medio de transporte, pero después de que Grover y yo nos despidiésemos de Annabeth, me pareció la forma más rápida de llegar al Empire State Building, y también la forma más rápida de evitar la ira de Annabeth.

Muy a regañadientes, me había prestado su gorra de los Yankees de Nueva York. Ella nunca hace eso. La prenda de la invisibilidad era un regalo de su madre, de modo que no la prestaba sin un motivo de peso. Habría sido como si yo hubiese dejado a otro semidiós utilizar a Contracorriente en una pelea. Ni de coña.

Sin embargo, cuando Grover alegó que era la única forma, a Annabeth no le quedó más remedio que entregármela. Me lanzó una mirada asesina y me dijo:

—La quiero de vuelta. Buena suerte. No te mueras.

Y se fue corriendo a empezar la jornada escolar, pues su campus estaba a sólo un par de manzanas de distancia.

En el taxi, Grover taconeó nerviosamente con las pezuñas en el suelo del coche mientras me explicaba el resto del plan. No me preocupaba mucho que el taxista nos escuchase porque estábamos en Nueva York. Un plan para colarse en el monte Olimpo no era lo más absurdo que un taxista podía oír un día cualquiera. Además, Grover había insistido en llevar el hula hop en el taxi, y yo tenía un

cáliz gigante sobre el regazo, de modo que éramos unos narradores poco fiables.

—Una ninfa de las nubes —dije, para asegurarme de que le había oído correctamente.

—Sí.

Él miró detrás de nosotros, pero, que yo supiese, no nos seguía nadie.

—¿Es la misma ninfa que te dio la información sobre Washington Square Park? —pregunté.

—No. Pero las ninfas de las nubes... son como las secretarias de los colegios, tío. Lo saben todo y conocen a todo el mundo. Ésta en concreto, Naomi, ha estado saliendo con Maron los últimos meses. Trabaja en las cocinas del palacio de Zeus. Si consigues llegar a la entrada lateral, ella podría dejarte pasar.

Me estremecí. Maron era uno de los compañeros de Grover en el Consejo de los Sabios Ungulados: un tío bastante majo, aunque sólo estaba un poco por debajo de Gary dentro del espectro de viejos raritos. La idea de que tuviese un perfil para ligar en Satirer no era algo en lo que me apeteciese pensar.

Enrollé la gorra de Annabeth entre las manos.

—Supongo que la gorra de invisibilidad no engañará a los dioses.

—Lo dudo —dijo Grover—. La gorra sirve para engañar a cualquier espíritu o dios menor con el que puedas encontrarte. Mientras no agites los brazos ni les grites a la cara, deberías ser invisible para ellos. Pero para los dioses del Olimpo necesitarías el yelmo de la oscuridad de Hades. Lo máximo que puede hacer la gorra de Annabeth es que parezcas, no sé, ¿insignificante?

—Perfecto —masculé. No tenía claro cómo Grover sabía tanto de la gorra de Annabeth, pero, como me estaba dando malas noticias, supuse que probablemente tuviese razón—. Sigamos. Llego lo más rápidamente posible a la puerta lateral de la cocina del palacio.

—Llamas a la puerta con la contraseña.

—Tan, tararán, tan, chimpón —dije—. Porque nadie en su sano juicio la utilizaría.

—Cuando Naomi abra la puerta, le dices que te manda Grover. Y que necesitas su ayuda.

—Vale... —¿Por qué me temblaban las manos? Ah, claro. Acababa de librar un combate de lucha libre con la Vejez. Estaba agotado. Además, me disponía a colarme en un palacio del Olimpo donde había varios dioses importantes que eran miembros fundadores del Club Odiamos a Percy Jackson—. Luego sólo tengo que ingeniármelas para hacer llegar la copa a Ganimedes.

—Eso es.

Paramos delante del Empire State Building. «Hala, qué chasco. Llegamos muy rápido.» Mirando la entrada de mármol negro, que había cruzado más veces de las que quería, de repente reparé en otro problema.

—¿Y el guardia de la recepción? —pregunté—. No me dejará subir al Olimpo sin avisar. ¿Funcionará la gorra de los Yankees con él?

—Seguro que no —contestó Grover—. Necesitarás una distracción. Ahí entro yo.

Pagó al taxista y bajó con el hula hop. Yo me apeé del vehículo detrás de él cargando con el cáliz.

—Cuando yo empiece a hacer mi movida —continuó Grover—, tú escabúllete a los ascensores y sube al piso seiscientos. ¡Vamos!

No estaba seguro de qué era la «movida» de Grover, pero éramos amigos desde hacía tanto tiempo que pensé que lo descubriría cuando llegase el momento. Grover podía distraer mucho la atención cuando se lo proponía... y yo era un experto en distraerme.

Me puse la gorra de Annabeth. Incluso después de ajustarla a la talla más grande, no me entraba en el cabezón, pero aun así cumplió su cometido. Me miré el cuerpo y vi un vago contorno humeante donde antes estaba Percy Jackson. De repente me sentí como si tuviese la piel llena de termitas. Annabeth no me había dicho que su gorra provocaba un intenso cosquilleo. No me extrañaba que ella sólo la utilizase cuando no le quedaba más

remedio. Sólo Atenea podía crear un regalo mágico con efecto disuasorio incorporado.

Una vez dentro, el vestíbulo estaba prácticamente vacío. Desde que habían trasladado las colas de turistas a la entrada de la calle Treinta y cuatro Oeste hacía unos años, la entrada de la Quinta Avenida estaba mucho más tranquila, y ese día no había demasiado tráfico peatonal porque era muy temprano. Los vigilantes de siempre se hallaban apostados junto a las puertas. Unos cuantos oficinistas se dirigían a trompicones a los ascensores, pero nadie más.

Probablemente las paredes de mármol oscuro estaban concebidas para resultar majestuosas e imponentes, pero a mí siempre me habían recordado mucho el monte Otris, el cuartel general de los titanes. Toda aquella piedra sombría me asfixiaba y me oprimía el pecho como un abrazo de Gary. Me preguntaba si los dioses del Olimpo habían diseñado el vestíbulo del edificio de esa forma a propósito, de manera que cuando llegases al mágico piso seiscientos y salieses a las nubes, los relucientes templos y torres del Olimpo te deslumbrasen. Me parecía algo que Zeus haría. «¿Veis lo bonito que es todo aquí? ¡Nosotros tenemos que ser los buenos!»

A la derecha de la recepción principal, el guardia al que me había enfrentado otras veces se relajaba leyendo un libro como siempre. Parecía que su aspecto no cambiase nunca, y siempre leía novelas muy gruesas. Para mí, éstos eran dos indicios de que podía no ser humano.

Su tarjeta de seguridad colgaba del brazo de su silla sujeta con un cordón. Yo sabía por experiencia que necesitaría la tarjeta para acceder al dioscensor, pero incluso siendo invisible, incluso contando con la distracción de Grover, no veía cómo podría agarrarla sin que el guardia se diese cuenta.

Entonces Grover se plantó en medio del vestíbulo e hizo su movida.

Sacó la flauta de Pan, gritó: «¡Eh, peña!» y se puso a hacer girar el hula hop.

Yo era consciente de que los sátiros sabían trepar y brincar.

Ignoraba que eran unos fuera de serie con el hula hop. Grover meneó su máquina de hacer lana. El aro sagrado de Ganimedes se iluminó destellando y centelleando a medida que Grover lo hacía subir y bajar por su cuerpo, lo pasaba por una pata y luego por la otra. Se llevó la flauta a los labios y tocó a todo volumen el coro de *Get Lucky*.

Los vigilantes de la entrada se quedaron con la boca abierta. A un empleado se le cayó un vaso de café al suelo. El guardia de la recepción dejó el libro y se levantó de la silla.

Entonces me acordé de que tenía que aprovechar ese momento para hacer algo más aparte de mirar a Grover.

Mientras el guardia rodeaba el mostrador de recepción diciéndole a Grover: «No puede tocar aquí», señor, yo bordeé el vestíbulo sosteniendo el cáliz debajo de un brazo como un jugador de fútbol americano. Agarré la tarjeta magnética y me precipité hacia los ascensores.

Aporreé el botón de subida. Esperé lo que me pareció una eternidad, convencido de que el guardia daría conmigo, o se dispararían las alarmas y aparecerían unas terribles arpías para llevarme a rastras a la mazmorra. (¿Tiene mazmorra el Empire State Building? Probablemente, ¿no?)

Por fin las puertas negras y plateadas se abrieron. Me metí en la caja, introduje la tarjeta robada y pulsé el botón del piso seiscientos. Empecé a subir al son supuestamente relajante de *I Got You, Babe*.

Esperaba que Grover estuviese bien. No sabía cuál era el castigo por tocar *Get Lucky* y bailar con el hula hop al mismo tiempo en el vestíbulo del Empire State Building, pero probablemente fuese severo. Annabeth y Grover habían hecho todo lo que habían podido por ayudarme. Ahora dependía de mí. No podía fracasar después de todo lo que habíamos pasado, ¿verdad?

Las puertas se abrieron con un alegre «tilín» que parecía decir: «¡Pues sí, claro que puedes fracasar! ¡Que tengas un buen día!»

Salí al puente de piedra flotante que conectaba los ascensores con la ciudad del Olimpo. Allí estaba, como yo la recordaba: la cima

de una montaña cortada envuelta en nubes, palacios abovedados y jardines terraplenados esculpidos en sus escarpadas laderas; una ciudad entera de otro mundo que flotaba sobre el centro de Nueva York como diciendo: «Aquí no hay nada que ver, circulen.»

El cáliz me pesaba cada vez más en las manos. Parecía que tirase de mí hacia delante, como si percibiese a unos dioses sedientos que necesitaban que les pusiesen otra copa. Esperaba no vivir un momento Frodo y que al llegar al umbral del Monte Brunch con el objeto mágico, en lugar de entregarlo, me volviese visible, gritase: «¡Ja, ja! ¡La copa es mía!», y me bebiese el Kool-Aid con sabor a inmortalidad.

Probablemente Zeus me convertiría en el dios menor de los canapés. Annabeth pillaría un buen rebote.

Descarté la idea.

Debajo, en el mundo de los mortales, sonaban las campanas de una iglesia que daban las ocho. Era una hora intempestiva para un *brunch*, de modo que supuse que sería el momento que elegirían los dioses. Tenía que darme prisa. Salí corriendo por el sendero, saltando por encima de los huecos del puente de piedra y rezando para poder llevar el cáliz a Ganímedes antes de que Zeus pidiese una ronda de cócteles mimosa preparados con lágrimas de semidiós.

30

Me infiltro en la guarida del dios del rayo

3000

Correr al monte Olimpo parecía guay y heroico hasta que llegué a mitad de camino y me di cuenta de que todavía me quedaba por recorrer medio kilómetro con un cáliz como una bola para jugar a los bolos. Cuando llegué al otro extremo del puente, estaba sudoroso y jadeaba. Me imaginé que Gary estaba en algún lugar riéndose de mí y recordando que cuando era niño corrían descalzos ocho kilómetros cuesta arriba hasta el Olimpo y les gustaba.

Me detuve dos veces a recobrar el aliento y me pegué a un lado del camino mientras pasaba un grupo de habitantes del Olimpo. No estaba seguro de quiénes eran —¿dioses menores?, ¿espíritus de la naturaleza?—, pero no parecieron reparar en mi presencia. Simplemente pasaron de largo con sus relucientes túnicas doradas, riendo nerviosos y charlando en griego antiguo como si viviesen dentro de un filtro fotográfico de «belleza sobrenatural» permanente.

La gorra de Annabeth debía de haber cumplido su función. O yo era invisible para los lugareños o parecía demasiado insignificante para que se metiesen conmigo. Eso era bueno, porque cuanto más llevaba la gorra, peor era el picor. Tenía la piel como si se estuviese transformando en una corteza de cerdo crujiente. Me preguntaba cómo se las apañaba Annabeth, y también si en el Olimpo había farmacias donde vendían crema con cortisona.

Por lo menos las calles del Olimpo no estaban concurridas. Un par de cuadrigas hacían cola ante la ventanilla de autoservicio de Café Sagitario. Una especie de rinoceronte de estética *steampunk*

fabricado por Hefesto avanzaba por la calle, lavando a presión los adoquines con chorros de vapor que salían de su hocico. En el cenador del parque, un letrero rezaba RECITAL DE POESÍA AMOROSA ABIERTO AL PÚBLICO CON ERATÓ. ¡SÓLO ESTA NOCHE! Pero de momento en los jardines apenas había unas cuantas palomas. (Porque, sí, hasta en el monte Olimpo hay palomas.)

Seguí las indicaciones de Grover para llegar a la entrada lateral del palacio de Zeus: girar a la izquierda en el gran roble blanco y seguir el lecho de azucenas hasta que encontrase los dos chopos. Torcer a la derecha y buscar el muro de jazmines. Cuando tu mejor amigo es un sátiro, aprendes mucho de árboles y plantas. Así es como ellos ven el mundo, de modo que también es cómo dan indicaciones.

El cáliz me ayudó arrastrándome de forma cada vez más insistente a medida que nos acercábamos a Ganímedes. Al menos esperaba que me llevase allí, y no al comedor del instituto de secundaria divino más cercano para que sirviese bebidas a todo el mundo.

Acabé en un callejón al pie de un alto precipicio. Mucho más arriba se alzaban los cimientos de un enorme palacio blanco: *chez* Zeus, supuse. Efectivamente, el muro de enfrente estaba cubierto de jazmines en flor, salvo una puertecita con bonitos motivos incrustados en bronce. Incluso los callejones son de postín en el monte Olimpo.

Llamé a la puerta tocando la contraseña «tan, tararán, tan, chimpón».

La puerta se abrió crujiendo. La mujer que asomó la cabeza tenía un peinado como el remolino de un tornado. Sus ojos eran grises y turbulentos, su rostro atemporal, su aroma como la lluvia que se avecina. Si hubiese llevado una etiqueta en la que pusiera ¡HOLA! ME LLAMO NINFA DE LAS NUBES, no habría resultado más evidente que era una ninfa de las nubes.

—¿Naomi? —aventuré.

—¿Has traído donuts? —preguntó.

—Vaya, pues... no.

—Hueles a donuts de *mochi*.

—Eso es porque... Da igual. Soy amigo de Maron.

Ella bufó.

—No, no lo eres. Maron no tiene amigos.

—Cierto. Pero soy amigo de Grover Underwood. Él me dijo que...

—Pasa.

Me agarró el brazo y me metió en la cocina.

No estoy seguro de lo que esperaba encontrar en una cocina divina. A decir verdad, nunca me había planteado si los dioses tenían cocinas. A ver, pueden chasquear los dedos y crear lo que les dé la gana. ¿Por qué iban a tomarse la molestia de que alguien se lo cocinase?

Al mirar a todas las ninfas corriendo del horno a los fogones, extrayendo sustancia de nube del aire y mezclándola con las sopas y los pasteles como hebras de algodón de azúcar, me di cuenta de que a los dioses les interesaba tener criados que se desviviesen por ellos, como les gustaba cuando los mortales les ofrecían holocaustos. Lo importante era hacerse notar, que les atendiesen, que les sirviesen. Los dioses se alimentan de la atención pública más que de néctar y ambrosía. Por supuesto que insistirían en que las cosas se hiciesen por las malas.

Unas veinte ninfas trabajaban sin descanso, ataviadas con delantales blancos y redecillas negras alrededor de sus cabellos ondulados. Sus piernas no eran más que volutas de nube, probablemente para que pudiesen moverse más rápido. Tenían los nebulosos vestidos manchados de distintas sopas, caldos y glaseados, de manera que parecían puestas de sol multicolores.

La cocina en sí era más grande que el gimnasio de mi instituto, y por las puertas de dos hojas de bronce no paraban de entrar y salir dríades que llevaban fuentes de comida al comedor situado al otro lado. Cuando las puertas se abrieron, oí unas voces que reconocí: el resonante barítono de Zeus y la risa de Hera. Estupendo. Mi diosa favorita.

Como me había temido, los chefs estaban preparando todos los horrores habituales en un *brunch*: huevos Benedict con salsa holandesa naranja fluorescente; bistecs con huevos; suflés. Sí, incluso había unos cuantos Señores Crujientes, acompañados de torrijas, hamburguesas con beicon y pizza de piña. Total, ya puestos. Que reinase el caos brunchero.

Naomi me estudió con la misma expresión recelosa que yo estaba dedicando a la comida.

—¿Por qué Grover...? —Se le apagó la voz cuando le enseñé el cáliz—. Entiendo. Tú no puedes tener eso.

—Sí —asentí—. Lo sé.

Ella se rascó debajo de la redecilla.

—¿Eres un dios, entonces?

Una frase de una película antigua me cruzó fugazmente la cabeza: «Cuando alguien te pregunte si eres un dios, contesta sí.»

—No —dije.

—Claro. —Ella titubeó—. Eso explicaría por qué Ganímedes está ahí fuera sudando fuego griego.

—No puedo hacer comentarios —dije—. Pero si fueras tan amable de decirle que venga...

—Oh, no. —Naomi se cruzó de brazos. Miró la gorra de los Yankees de Annabeth con el ceño fruncido de una forma que me hizo pensar que los gorros de invisibilidad eran de mala educación en su cocina además de ineficaces—. Haré como si no te viese. Aquí nadie te molestará. Pero, si quieres llamar la atención de Ganímedes, tendrás que hacerlo tú solito. Está ahí fuera. —Señaló la puerta de dos hojas—. Lo reconocerás enseguida. Es el que suda...

—Fuego griego. Entendido. ¿Podrías prestarme un uniforme de camarero y un bigote postizo?

Naomi sonrió.

—Amigo de Maron. Muy gracioso.

Se marchó con paso resuelto a controlar sus suflés.

Supuse que eso era un no a la petición del disfraz de camarero. Como la gorra de invisibilidad de Annabeth no estaba logrando gran

cosa aparte de hacerme parecer fuera de lugar y provocarme un sarpullido, necesitaba otro plan.

Me dirigí a la puerta de dos hojas. Esperé a que una sirvienta pasase, introduje el pie entre ellas y las mantuve entreabiertas lo justo para mirar por la rendija.

Nunca había visto el palacio privado de Zeus. Las pocas veces que había estado en el Olimpo, siempre había ido directo de los ascensores a la cámara del consejo de los dioses, que es lo que tienes que hacer cuando entregas armas catastróficas o tratas de impedir que los titanes destruyan el mundo.

El comedor de Zeus parecía un antiguo salón de banquetes romano cruzado con un garito de fiesta de Beverly Hills. En el foso de socialización central, unos sofás morados bordados en oro rodeaban una mesa llena de fuentes con fruta. Los platos y cubiertos de oro brillaban tanto que pensé que se me iban a derretir los ojos. El atrio estaba bordeado de columnas de alabastro con rayos de oro grabados, por si te olvidabas de quién era el palacio en el que estabas. Me sorprendió que Zeus no les hubiese puesto su inicial... aunque tal vez sí que lo había hecho. Si su inicial era una Z, era básicamente igual que un rayo, ¿no? Flipante.

Como no podía ser de otra manera, la vista era impresionante: unos inmensos balcones abiertos dominaban las demás mansiones olímpicas en las que se veían obligados a vivir los dioses menores-pringados. Pero lo que más me llamó la atención fueron los juegos. Repartidas a lo largo de las paredes exteriores, brillaban y parpadeaban todas las máquinas recreativas imaginables basadas en Zeus: el pinball *Rey del Olimpo*, el tragaperras *El Poderoso Zeus*, hasta el *Dios del Rayo 3000*, al que recordaba haber jugado una vez en Coney Island. No me sorprendió que Zeus coleccionase sus propios objetos de recuerdo. Me parecía muy propio de él. Pero el hecho de que los exhibiese en el comedor era de un narcisismo de categoría divina. Como si dijese: «¿Por qué vas a querer contemplar estas vistas increíbles cuando puedes elegir mi avatar en modo multijugador y descubrir que tus poderes son una birria comparados

con los míos?» Me preguntaba si compraba las máquinas al mismo proveedor que Hebe Jeebies.

Obligué a mi cerebro de paciente con trastorno hiperactivo por déficit de atención a dejar de obsesionarse con las luces parpadeantes y a concentrarse en los invitados al *brunch*. Muchos viejos amigos y amienemigos se hallaban apoltronados en los sofás. A la cabecera de la mesa estaba sentado el jefazo en persona, Don Z, relajado con una toga de velvetón morada y unas sandalias de oro. Porque, evidentemente, si eres un dios y puedes tener la pinta que quieras, ésa es justo la que eliges.

A su izquierda estaba mi coleguita Hera, diosa de amargar la vida a Percy. Estaba majestuosa con su vestido blanco sin mangas y un elegante peinado trenzado, como si quisiese dejar claro lo ordinario que era su marido.

A la derecha de Zeus, de espaldas a mí, se hallaba una mujer que supuse era Rea, reina de los titanes, también conocida como la Diosa Abuela. Yo pensaba que parecería más mayor que los dioses, porque a estas alturas debía rondar los seis mil años, pero los inmortales no tienen por qué aparentar su edad. El cabello rubio acastañado le caía por la espalda en una cascada de rizos. Llevaba un vestido teñido de estilo caftán con brazaletes de plata en cada brazo. A sus pies se hallaba acurrucado un león. Un depredador alfa más en la mesa.

En la sala de estar se encontraban entre otros famosos Atenea, Hermes y Deméter... porque, evidentemente, la diosa de los cereales no faltaría a una comida matutina. Había un par de invitados que no reconocí, o porque habían cambiado de aspecto o porque no los había conocido aún. Y de pie detrás de Zeus, pensando qué hacer con sus manos vacías sin el cáliz, estaba Ganimedes.

Estaba sudando fuego griego en sentido literal. De vez en cuando, una gota de reluciente de líquido incendiario brotaba y echaba humo en su nuca. Hasta el momento, ninguno de los presentes parecía haberse fijado, o quizá a Ganimedes siempre le pasaba eso cuando servía en la mesa de su jefe.

Zeus no paraba de hablar de todas las exquisiteces que había encargado para el *brunch* especial de su madre. Por lo visto, ella no visitaba el Olimpo desde hacía mucho, y nadie podía empezar a comer o beber hasta que Zeus terminase su discurso sobre lo guapa que estaba. Todas las copas estaban vacías.

Bien. Ahora lo único que tenía que hacer yo era meterle a Ganímedes el cáliz en las manos sin que me viesan. No parecía muy difícil, y sin embargo...

Observé al copero deseando que mirase hacia mí. Finalmente, cuando Zeus estaba ensalzando las virtudes de los huevos de fénix Benedict (¡tienen un toque picante!), Ganímedes echó un vistazo a las puertas de la cocina. Después de un momento de confusión, me vio levantando el cáliz.

Su expresión pasó de la sorpresa al alivio y la súplica matizada de pavor en menos de lo que habría tardado en servir una bebida. Sus ojos decían: «¡Oh, gracias a los dioses!» Le indiqué con la mano que viniese a la cocina.

Él se apartó arrastrando los pies, pero enseguida Zeus estiró el brazo hacia atrás y le agarró la muñeca.

—Quédate, Ganímedes. ¡Quiero que escuches esto! Luego nos servirás la bebida y brindaremos como es debido.

Nadie hizo ningún comentario sobre el hecho evidente de que el copero no tenía su copa. Supongo que, al ser un criado, era todavía más invisible que yo con mi gorra prestada.

Ganímedes volvió a mirar hacia mí. «¡Socorro!»

—Se me ha ocurrido —anunció Zeus al grupo— rendir homenaje a nuestra querida madre, Rea, con una historia especial sobre ella.

—Oh, cariño, no hace falta —dijo Rea.

Los demás dioses lucían sonrisas de dolor como si coincidiesen en que no era necesario.

—Una vez —empezó Zeus—, cuando yo no era más que un chaval y el resto de vosotros os revolcabais en la barriga de Cronos...

En ese momento vi claras dos cosas. Primero, no me quedaría

más remedio que escuchar la historia. Segundo, si Ganímedes no podía venir al cáliz, yo tendría que llevar el cáliz a Ganímedes.

31

Me enfrento a una peligrosa depredadora que posiblemente sea mi futura suegra

Ahora cantaré las alabanzas de los carritos de postres.

No sólo sirven para transportar deliciosos artículos de repostería a las inmediaciones de tu cara, también se pueden tapar con manteles que ocultan un estante inferior perfecto para acuclillarse cuando eres un semidiós que necesita colarse en un *brunch*. Sí, ya sé que es un tópico —saqué la idea de las series de televisión antiguas—, pero hay que recurrir a lo que funciona.

Lo único difícil fue convencer a Barbara, mi nueva mejor amiga y criada dríade, de que me acercase lo máximo posible a Ganimedes. ¿Su precio?

—Quiero conocer a Annabeth Chase —dijo—. Quiero una selfi y un autógrafo.

—Yo... ¿En serio?

—¡Es mi heroína! —dijo Barbara.

—No, eso lo entiendo. También es mi heroína. Es sólo que... —Decidí no dar más detalles. Esperaba que Barbara exigiese algo mucho más difícil, como una misión personal o una caja de cartas de Mitomagia para coleccionistas con acabado dorado—. Puedo concertar un encuentro sin problemas.

—¡Trato hecho! —dijo ella alegremente—. Pero, si te descubren, no tengo ni idea de quién eres ni de cómo te has metido debajo del carrito, y gritaré: «¡Semidiós! ¡Matadlo!» ¿Guay?

—No esperaba menos.

Así pues, me acurruqué debajo del carrito con el cáliz de la inmortalidad en el regazo, oculto tras un mantel blanco con rayos bordados, mientras Barbara me empujaba hasta el comedor.

—Total —estaba diciendo Zeus—, que allí estaba yo, rodeado de llamas furiosas... Bueno, os podéis hacer una idea.

—Querido —terció Hera—, en la antigua Grecia no había llamas.

—¡Pues en Creta sí! —gruñó Zeus—. No sé, a lo mejor Cronos decidió privarnos de las cosas bonitas y las mandó todas a Perú, pero en aquel entonces era una pasada, había llamas por todas partes. Como iba diciendo, estaba solo. Sin Amaltea. Ni los Curetes. Sólo yo en pañales, un bebé llorón, no sé si os lo imagináis...

—Me lo imagino, papá —dijo Atenea irónicamente.

El carrito chirriaba y se bamboleaba. Estaba tan cerca de la mesa que podía oler a pelo de león mojado. No me atrevía a mirar, pero deduje que debía de estar aproximándome a Ganímedes.

Sólo unos metros más...

—¡Quieta! —espetó Zeus.

El carrito se detuvo.

—¡Estoy contando una historia, Barbara!

—Sí, señor. Lo siento, señor.

Hubo una larga pausa. Me imaginé a todos los dioses mirando el carrito, preguntándose por qué parecía tan cargado y por qué rechinaba más de lo normal. Esperé a que Barbara chillase: «¡Semidiós! ¡Matadlo!»

Finalmente, Zeus gruñó:

—¿Por dónde iba?

—Creta —respondió Hermes—. Rodeado de llamas.

—Eso, pues...

Me costó seguir la historia. En parte, porque el corazón me latía demasiado fuerte. Y en parte, porque no quería seguir la historia.

Zeus siguió divagando, tratando de despertar compasión por el pobre bebé de la historia, solo en Creta. Yo dudaba que su público estuviese en vilo porque (*spoiler*) él era inmortal, de modo que la posibilidad de que unas llamas lo matasen era reducida. Aun así,

esperaba que todo el mundo hubiese dejado de mirar el carrito de postres. Me arriesgué a levantar la parte de abajo del mantel.

Disfruté de una estupenda vista de los pies calzados en sandalias de Zeus. ¿Se pintaba las uñas o qué?

«Céntrate, Percy.»

Ganímedes estaba al otro lado de Zeus: a sólo tres metros, pero aun así demasiado lejos para pasarle el cáliz, sobre todo considerando que había un dios del rayo entre nosotros. Traté de alzar la vista para ver la cara de Ganímedes, pero no tenía una perspectiva lo bastante buena. Ignoraba si él sabía que estaba allí o si estaba demasiado ocupado sudando fuego griego para percatarse.

Me pregunté si podría salir a gatas del carrito y meterme debajo de la mesa, junto a todos aquellos pies divinos impecablemente cuidados, sin que me viesen. Probablemente no. Entonces miré a mi derecha y crucé la mirada con el león.

Vaya, qué bien. Parecía adormilado y sorprendido, como si se estuviese preguntando si seguía dormido o si de verdad había una cabeza humana en el estante inferior.

Probablemente lo peor que podría haber hecho era seguir mirándolo. De modo que eso es lo que hice. El animal tenía unos ojos dorados muy bonitos. Nunca he sido de gatos, pero podía apreciar el atractivo de aquella gran cara peluda apoyada en unas gigantescas patas mullidas, salvo que la cara tenía colmillos y las patas tenían garras.

Traté de utilizar mis poderes telepáticos de hijo del mar para transmitirle un mensaje: «Soy inofensivo. Por favor, no me comas.» Pero estaba seguro de que 1) el león no era un animal marino, y 2) aunque hubiese podido comunicarme con él, no me habría escuchado.

«Vale, adiós», esbocé moviendo mudamente los labios.

Bajé poco a poco el borde del mantel. No me protegería del león, pero tal vez el felino se olvidase de mí.

—¡Entonces apareció mi amorosa madre! —estaba diciendo Zeus—. ¡Y no adivinaréis lo que hizo!

«Grrrrrr», dijo el león.

Todos los comensales rieron.

—¡Eso es, Lucio! —asintió Zeus—. ¡Rugió! Después...

Me arriesgué a echar otra miradita, sólo para ver si el león estaba a punto de devorarme la cara. Sin embargo, Lucio tenía la cabeza inclinada y los ojos cerrados con una expresión de felicidad absoluta mientras Rea le rascaba la oreja, probablemente con la intención de hacerlo callar.

No obstante, me crucé con la mirada de otra persona. Al parecer, había echado un vistazo debajo de la mesa para ver al lindo gatito. Y ahora, desde el otro lado de la mesa, Atenea me miraba fijamente.

Nuestro cruce de miradas duró menos de un segundo, pero Atenea es tan lista que con sólo echarte una miradita te hace sentir como si te hubiesen sometido a un interrogatorio bajo un foco ardiente. La conversación que tuvo lugar fue algo así:

Atenea: ¿Por qué?

Yo: Una misión. Lo siento. Intento esconderme.

Atenea: ¿Debajo de un carrito? Qué tópico.

Yo: Sí, ya.

Atenea: No puedo creer que mi hija siga saliendo contigo.

Yo: El amor es un misterio. No me mate, por favor.

Atenea: ...

Yo: ...

Sacó la cabeza mientras Zeus continuaba su historia. Esperé a que la diosa lo interrumpiese y revelase mi identidad.

—El caso es que la primera llama... —estaba diciendo Zeus.

—Ganímedes —lo interrumpió Atenea—. ¿Serías tan amable de llevarte ese carrito de postres a la cocina? No veo nata para los bollos, y es imprescindible.

—Ejem, yo... —dijo Ganímedes tartamudeando.

—¡Quiero que Ganímedes escuche el final de la historia! —protestó Zeus.

—Pero, padre —alegó Atenea, tranquila y serena—, ya sabes cómo le gustan los bollos a Rea.

A continuación hubo un momento de tensión eléctrica; me imaginé que se formaban nubarrones alrededor de la silla de Zeus.

—Bah —dijo finalmente. No podía verlo, pero juro que sentí el momento en el que le soltó a Ganimedes la muñeca—. Vuelve rápido.

—O no —murmuró Hera—. Tómate el tiempo que necesites.

El carrito empezó a moverse. Yo no sabía si temblaba debido a las ruedas o a que Ganimedes se estaba desmoronando.

Detrás de nosotros, Zeus masculló:

—Me encanta ver cómo se va...

—¿Puedes evitar esas cosas en la mesa? —preguntó Hera apretando los dientes.

—A ver, ¿por dónde iba?

—Creta —dijo Hermes—. Llamas.

La puerta de dos hojas se abrió, y llegamos sanos y salvos a la cocina.

Salí resollando de debajo del carrito. Me di cuenta de que había estado conteniendo el aliento demasiado tiempo.

—¡Oh, tesoro! —dijo Ganimedes—. ¡Ven con papá, preciosidad!

Por fortuna, no hablaba conmigo. Hizo un gesto con las manos para que le diese el cáliz. Me pregunté por qué no lo agarraba simplemente. Entonces se me ocurrió que tal vez yo tenía que entregárselo. Tenía que completar la misión y poner la copa en sus manos.

—Un cáliz para usted, señor —dije, y logré levantar la copa.

Ganimedes la abrazó, la besó y la examinó en busca de marcas y abolladuras.

—¡Oh, Percy Jackson! ¡Lo has conseguido! ¡No sé cómo agradecértelo!

—¿Qué tal una carta de recomendación?

Ganimedes parpadeó.

—¡Claro! ¡Por supuesto!

Una hoja de papel cayó flotando de la nada y aterrizó directa en mi pecho.

Miré por las dos caras.

—Está en blanco.

—Sólo tienes que dictar lo que quieres que yo diga. Las palabras se escribirán solas. Cuando termines, siempre que no te hayas pasado con los elogios, mi firma aparecerá al final. Es totalmente válido y legal.

Todo... por una hoja de papel en blanco.

Me habría echado a reír o a llorar, pero no hubiese servido de nada. Y habría llamado la atención de los demás dioses.

—Gracias —dije, levantándome—. Entonces, ¿hemos terminado?

—Ahora tengo que llenar este cáliz —contestó Ganímedes—. ¡Y nata! ¡Necesito nata! Pero sí, hemos terminado. No olvidaré esto, Percy Jackson. ¡Buena suerte en la universidad!

Mientras Ganímedes corría por la cocina, Zeus gritó:

—Ganímedes, ¿dónde estás? Estoy llegando a la mejor parte.

—¡Ya voy, señor Zeus! —contestó Ganímedes—. ¡Estoy... llenando el cáliz, que ha estado en mis manos todo este tiempo!

Hizo una mueca y luego reanudó el trabajo. Conseguida la nata y lleno el cáliz, llevó a toda prisa el carrito al comedor.

Miré a Barbara, la dríade.

—Gracias por tu ayuda. Te concertaré un encuentro con Annabeth.

—¡Qué pasada! Debe de ser genial trabajar para ella.

—Ejem, sí.

Me volví y por poco se me cayeron los vaqueros del susto. La chef Naomi se encontraba a escasos centímetros, lanzándome una mirada asesina.

—¿Un poco de bajón, hacer misiones para los dioses? —preguntó—. Es más o menos como me siento yo cada vez que preparo una comida y ninguno me da las gracias.

—Es una forma de ganarse la vida, ya sabes —dije.

Ella me dio unas palmaditas en el hombro.

—¿Quieres una semibolsa para el camino? Luego te quiero fuera de mi cocina.

Grover se come mis sobras

¿Lo peor de todo?

Las semibolsas —es decir, bolsas de sobras para semidioses— existían de verdad.

Naomi me dio una bolsa de papel blanca con la palabra ¡SEMIBOLSA! escrita en letras rojas encima de un dibujo de unos niños sonrientes con las lenguas fuera, esperando cosas ricas para comer.

No sé que me pareció más insultante, si el hecho de que los dioses tratasen a sus hijos como mascotas o que Poseidón no me hubiese traído sobras ni una sola vez. Naomi me cargó de repostería de primera, aunque no incluyó nata.

No sé cómo, pero logré cruzar de nuevo el puente olímpico sin que me abordasen dioses menores ni dríades fanáticas interesadas en conseguir un autógrafo de Annabeth.

Cuando bajé en el ascensor al mundo de los mortales, seguía sonando *I Got You Babe*. Dioses todopoderosos, ¿cuántos años tenía esa canción? Tal vez los Olímpicos la tenían puesta en bucle para torturar a sus visitas.

Me di cuenta de que estaba temblando del miedo contenido. Toda la adrenalina salió de mi cuerpo. Todavía veía los ojos de Atenea clavados en mí, mucho peores que la mirada de un león. A diferencia de Lucio, a la diosa de la sabiduría no se la podía calmar rascándole detrás de la oreja... o al menos no iba a ser yo quien lo intentase.

Me quité la gorra de Annabeth, cosa que me ayudó un poco. El picor cesó de inmediato. Esperaba tener la piel llena de ronchas

rojas, pero mis brazos no se veían distintos. Cuando llegué al vestíbulo, me sentía casi tranquilo de nuevo.

Las puertas se abrieron. Respiré hondo y salí del ascensor haciendo todo lo posible por actuar con despreocupación. Solté la tarjeta magnética robada cerca de la recepción. No había rastro de Grover, aunque cuando me crucé con una vigilante mortal, estaba tarareando *Get Lucky*. El guardia de recepción no intentó detenerme, pero estoy convencido de que entornó los ojos al ver la semibolsa.

Cuando salí a la Quinta Avenida, vi a Grover al final de la manzana haciéndome señas con su brillante hula hop.

—¡Los guardias del vestíbulo sólo me han regañado! —dijo mientras se acercaba trotando—. ¿Y tú has...? ¡Oooh, una semibolsa! ¡Gracias!

Grover le hincó el diente como un caballo con un saco de grano... y lo digo en un sentido positivo, como un elogio.

—Qué rico —dijo—. ¿Sabes lo que les falta a estas pastas?

—¿Nata? —aventuré.

Su cara adoptó una expresión soñadora.

—Iba a decir mermelada de fresa, pero sí... nata. ¡Bueno, cuéntame qué ha pasado!

Le resumí mi fabulosa experiencia en el *brunch*.

—¿Llamas en Creta? —Grover frunció el entrecejo—. ¿Seguro que no eran vicuñas o guanacos?

—No tuve ocasión de preguntarlo mientras estaba escondido debajo del carrito, ¿sabes?

—Qué tópico. Pero ¡has conocido al león Lucio! Tengo entendido que cuenta unos chistes graciosísimos... —Grover debió de fijarse en la expresión vaga de mi cara—. Aunque, claro, no has tenido tiempo para eso. Pero ¡parece que todo ha salido bien!

—Sí —dije—. Siempre que Atenea no me denuncie a la policía fronteriza del Olimpo. O que Zeus descubra que me he colado en su *brunch*. He decidido no mencionar el incidente a nadie del campamento.

Le tembló la perilla. Temí haberlo ofendido de alguna forma. Entonces se sorbió la nariz y me di cuenta de que estaba al borde de las lágrimas.

—Te seré sincero, Percy... La vez que más miedo he pasado en mi vida probablemente fue en la cueva de aquel cíclope del Mar de los Monstruos, cuando me quedé solo...

Se sonó la nariz, cosa que hizo que el hula hop brillase alegremente. (Porque los hula hops no tienen sentido del decoro.)

—Pero hoy —continuó—, cuando te vi luchando con Gary... tuve casi el mismo miedo. Pensé que iba a perderte.

Sentí como si el corazón se me llenase de una bebida olímpica especialmente fuerte.

—Bah, Super-G... hemos sobrevivido sin problemas. Siempre lo hacemos.

«Snif.»

—Ya, pero cada vez... Tengo la sensación de que estamos tentando al destino. Como si al final se nos acabará la suerte. Y si te perdiera...

—Oye —dije—. Estoy bien. Además, has estado en sitios que dan mucho más miedo que el de hoy. Por ejemplo, la guarida de Medusa, el inframundo...

—No —repuso él—. Nada da más miedo que ver que tu amigo tiene problemas y no poder ayudarlo.

Le puse la mano en el hombro.

—Pero me has ayudado. ¿Sabes cómo conseguí vencer a Gary?

Le conté la fantasía que me permitió sobrevivir al combate de lucha libre, en la que aparecíamos Annabeth, él y yo, y mi amigo sátiro dormía al sol junto a una casita a orillas del mar.

Él escuchó atentamente, como si tuviese tanta hambre de la historia como de los manjares de la bolsa.

—¿Tenía pelo blanco en las orejas? —preguntó.

—Sí.

—Tiene lógica. ¿Y qué se estaba cocinando para comer?

Lo pensé.

—Seguramente enchiladas.

Él suspiró de satisfacción.

—Vale. Eso está bien. Puedo creer en las enchiladas.

Me dio un abrazo que me recordó lo mucho que me dolían las costillas, pero, sinceramente, no me importó. Debíamos de tener una pinta bastante rara allí, en la Quinta Avenida, dos chicos abrazados con un hula hop en medio. Tampoco me importaba.

—Te estoy entreteniendo —dijo Grover, dejándome salir del abrazo de acero del sátiro—. ¿No te has perdido ya dos clases?

Ah, sí... el instituto.

—A lo mejor deberíamos buscar a Annabeth antes —dije esperanzado—. Para contarle lo que ha pasado. Y devolverle la gorra.

—Yo puedo hacerlo —se ofreció Grover—. ¡Tú vete a clase!

Esa es la ventaja de tener un amigo que no va al instituto: que puede hacer cosas por ti mientras tú tienes que estar en clase. El inconveniente es que tienes una excusa menos para hacer novillos.

Reajusté la talla de la gorra de Annabeth y se la di a Grover. Luego lo abracé de nuevo.

—Gracias por todo, Super-G —dije—. No podría haberlo hecho sin ti.

—Bah. —Él se ruborizó hasta el nacimiento de los cuernos—. ¡Tú saca buenas notas! Si no... bueno, seguro que te va estupendamente.

Y con ese comentario optimista, partimos en direcciones opuestas: él hacia el centro en dirección a la Escuela de Diseño de Nueva York, y yo al metro rumbo a Queens.

Procuré no pensar en el hecho de que iba a ir al instituto en el metro de la línea F. Me parecía un mal presagio. Aun así, resultaba extraño volver a estar en un medio de transporte mortal después del viaje al Olimpo. En el asiento de al lado, un tío se quejaba por teléfono de las acciones de la bolsa. La señora del otro lado del pasillo estaba rebuscando en unas bolsas de productos del campo, sacando nabos y mirándolos con el ceño fruncido. Mientras tanto en

el Olimpo probablemente Zeus todavía no había acabado la historia de la llama. Yo prefería estar con el tío de las acciones y la señora de los nabos. Eran más entretenidos.

Cuando salí a Queens y recorrí un kilómetro, casi había dejado de temblar a causa de la misión de esa mañana y había empezado a temblar pensando en el retraso sin justificar que tendría que explicar.

El Instituto de Educación Alternativa estaba donde lo había dejado: en una manzana bordeada de árboles de la Trigésimo séptima Avenida, entre un concesionario de coches de segunda mano y una tienda mayorista llamada (no es broma) Material de Construcción Hephaistos. No había tenido el valor de visitar la tienda, aunque me preguntaba si vendían piezas de dragón de bronce usadas.

El edificio recordaba en apariencia una escuela primaria normal de Nueva York: una cuña de ladrillo rojo de dos pisos con ventanas de molduras blancas y una entrada principal azul intenso. Hasta que uno no comparaba el letrero INSTITUTO DE EDUCACIÓN ALTERNATIVA con el patio de recreo —que todavía tenía balancines y dibujos de personajes de Disney en el suelo— no empezaba a tener una sensación de desconexión.

Entré en la conserjería dispuesto a soltar toda clase de historias disparatadas. Estaba intentando escoger entre «Mi perro se ha comido mis zapatillas» y «No me ha sonado el despertador», aunque dado mi estado mental, probablemente me habría salido: «Hola, no me ha sonado el perro, y me he comido las zapatillas del despertador.»

Antes de que pudiese decir nada, la secretaria alzó la vista mientras hablaba por teléfono. Prácticamente sonrió de regocijo.

—¡Oh, señor Jackson! Ahora mismo estaba hablando con su padre. Me ha explicado que llegaría tarde.

Parpadeé.

—Ah, ¿sí?

Ella tapó el auricular con la mano.

—¡Qué hombre más encantador! Tenga, puede decirle que ha llegado bien mientras yo le escribo un pase para la tercera clase. Ya hemos cambiado la fecha de su examen de primera hora. ¡No hay problema!

Me dio el teléfono y volvió a su mesa tarareando una alegre melodía.

Me quedé mirando el auricular. ¿Había llamado Paul al instituto? No me cuadraba. Él ni siquiera sabía que llegaría tarde, y siempre tenía cuidado de no hacerse pasar por mi padre. Pero ¿quién si no...? No podía ser...

—¿Diga? —dije.

—Felicidades —me saludó Poseidón—. Buen trabajo con el cáliz.

Me apoyé contra el mostrador para no caerme. Oír al dios del mar por una línea de teléfono fija mortal era muy raro. Normalmente oía su voz bajo el agua, o resonando por la cámara del consejo en el monte Olimpo. Por teléfono sonaba a Poseidón de la misma manera que yo sonaba a mí mismo cuando oía una grabación de mi voz, es decir, para nada.

—¿Has llamado al instituto? —pregunté.

No pretendía ser maleducado. Sólo estaba sorprendido. ¿Cómo había encontrado Poseidón el teléfono del instituto? ¿Cómo había sabido qué decir? ¿Cómo había aprendido siquiera a utilizar un teléfono? Me lo imaginé en una burbuja de aire, sentado en el borde de la plataforma continental, conectado al cable transatlántico submarino. No me extrañaba que se le oyese tan claramente.

—Era lo mínimo que podía hacer —dijo—. Margaret ha sido muy comprensiva.

«¿Margaret?» Supuse que era la secretaria. Grover tenía razón: las secretarías de los colegios conocían a todo el mundo y lo sabían todo. Sin embargo, no estaba seguro de lo que opinaba sobre el hecho de que Poseidón la llamase por su nombre.

—Ejem, gracias... papá.

Dije la última parte por Margaret, pues me estaba sonriendo

mientras me escribía el permiso. Debía de estar pensando en la suerte que tenía de que mi padre estuviese tan presente en mi vida.

—¿Puedo preguntar...? —Bajé la voz sujetando el auricular—. Y no me malinterpretes, pero ¿por qué me ayudas ahora? O sea... he estado en peores situaciones antes. ¿No es intervenir demasiado para un dios?

La línea se quedó en silencio durante tres segundos. De no ser por el tenue borboteo del agua de fondo, habría pensado que Poseidón había colgado.

—A veces las olas más pequeñas son las que te hacen caer, ¿sabes? —dijo—. Todo el mundo sabe que los tsunamis son potentes. Los maremotos, grandes e impresionantes. ¿Y las olas pequeñas? Tienen mucha fuerza. Demuestran de lo que es capaz el mar, incluso cuando nadie presta atención.

Margaret deslizó un permiso sobre el mostrador. Sonrió como diciendo «Todo esto está muy bien y tu papá parece majísimo, pero necesito el teléfono».

—Vale, papá —dije—. Lo entiendo.

En realidad, no tenía ni idea de lo que estaba diciendo.

—Siempre estoy pendiente de ti, Percy —dijo—. Casi siempre de lejos, es verdad. Te he visto salvar el mundo en múltiples ocasiones y vencer a enemigos que asustarían a la mayoría de los mortales. Pero hasta hoy no me había dado cuenta del gran héroe que eres.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—¿Porque me he atrevido a ir a un *brunch*?

Poseidón soltó una risita.

—No. Eso fue una imprudencia. A mí no me pillarás nunca en uno de los *brunches* de Zeus. Me refiero a cuando aceptaste el reto de Geras. Podrías haberte ido, haber abandonado a Ganimedes a su suerte, incluso haber conseguido que Geras te escribiera una carta de recomendación.

Por la forma en que Poseidón expuso lo que yo estaba pensando en ese momento, me pregunté si podía leerme el pensamiento. O quizá simplemente me comprendía de la misma manera que

comprendía los caprichos del océano. Como el mar, yo formaba parte de él.

—En cambio —continuó—, cumpliste tu promesa. Arriesgaste la vida por un copero al que apenas conocías. No por una carta. Ni porque el destino del mundo estaba en juego. Sino porque así es como eres. Hoy has creado una pequeña ola, y me has enseñado de lo que es capaz el mar.

Se me estaban poniendo los ojos llorosos. Como no me anduviese con cuidado, provocaría una inundación de agua salada en pleno despacho.

—¿Señor Jackson?

El tono de Margaret me hizo darme cuenta de que se le estaba agotando la paciencia.

—Tengo que irme —le dije a Poseidón—. Pero, oye, gracias, papá. Otra cosa... ¿dejarías al dios del río Helisonte dar una clase de yoga en tu palacio algún día? Creo que te encantaría.

Me despedí y, tras devolverle el teléfono a Margaret, agarré el pase y me fui. Cuando miré hacia atrás a través de la ventana del despacho, estaba hablando otra vez con mi padre y se reía de algo que él había dicho. ¿Estaban coqueteando? Decidí que no quería saberlo.

Esa mañana había luchado contra la Vejez, había sobrevivido a un *brunch* divino y había recibido una semibolsa que lo demostraba. Había salvado la reputación de Ganímedes, e incluso había intercedido por Helisonte y sus clases de yoga ballenero submarino.

Ésas eran olas bastante pequeñas de momento. Mi padre tenía razón. Si no tenías cuidado, podían hacerte caer.

Una gominola más por los viejos tiempos

Estaba a mitad del pasillo cuando la puerta de la orientadora se abrió.

—¡Ahí estás! —dijo Eudora—. ¡Pasa! ¡Pasa!

Yo estaba demasiado sorprendido para discutir. Además, por unos minutos de retraso más no pasaría nada, de modo que la seguí adentro.

Me senté en la sillita de plástico azul y saludé con la cabeza a Rana Pochita, porque a esas alturas estaba convencido de que era una criatura sensible. Parecía que Eudora se sentía como en casa en el despacho de orientadora. Había incorporado una colección de conchas de mar a la mesa, tal vez por si necesitaba retocarse el peinado. En la pared del fondo, había clavado con chinchetas un póster motivacional de una nutria marina sonriente con el mensaje «¡La risa es la mejor medicina!».

Pensé comprarle otro póster como regalo de agradecimiento una vez que me hubiese graduado y estuviese en la otra punta del país. Uno en el que pusiese: «Orientación: ¿Adónde podemos evacuarte hoy?»

—¡Bueno! —Eudora se frotó las manos—. ¡Cuéntamelo todo! ¡He oído que has conseguido la carta de Ganímedes!

—Es más bien una carta en plan hazlo tú mismo, pero sí.

Le conté mis aventuras desde la última vez que la había visto, asegurándome de que entendía que ya no era necesario que me mandase a ninguna parte a través de sus tuberías de alcantarillado mágicas.

Cuando mencioné la llamada de Poseidón, un chorrito de agua

marina le cayó del pelo.

—¡Ya... ya veo! Yo misma habría hablado con mucho gusto con la conserjería. Lamento que tu padre haya tenido que molestarse con eso. —Hizo una pausa y de repente puso cara de pánico—. ¡Claro que tú no eres ninguna molestia!

—No pasa nada —dije—. En realidad, ha salido muy bien.

Relajó los hombros al darse cuenta de que no iba a gritarle ni a exigir a mi padre que la desterrase a la fosa de las Marianas.

—Cuánto me alegro de oírlo —declaró—. Esta experiencia me parece un tema estupendo para tu redacción personal sobre la solicitud. ¡Valentía! ¡Iniciativa! ¡Autoconocimiento!

—Sí —asentí, procurando no echarme a llorar por tener que escribir otra redacción—. Creo que hoy todos hemos aprendido importantes lecciones.

—¿Perdón?

—Olvidalo.

Ella se inclinó hacia delante con complicidad.

—Y... ¿puedo preguntarte si tuviste la tentación de beber del cáliz de los dioses? Puedes decirme la verdad.

Pensé en el pobre Ganimedes sudando fuego griego en el *brunch*, en la manera en que Zeus lo trataba como un trofeo, en las distintas caras de disgusto que Hebe, Iris y Geras habían puesto cuando yo había mencionado el nombre de Ganimedes.

—¿La verdad? —dije—. No tuve la más mínima tentación.

Ella me estudió como si me hubiesen salido tentáculos.

—Fascinante. ¿Puedo ver la carta de Ganimedes?

Saqué la hoja de papel en blanco y la deslicé sobre la mesa.

—Cáspita... —Eudora frotó el borde del papel—. Es muy bonita. ¡Fibra de seda arácnida! Acabado semimate. Triple trama. Causará muy buena impresión al comité de admisión.

—Está en blanco —dije.

—Bah, detalles. Seguro que le pones las palabras adecuadas.

Me preguntaba si podía utilizar ese método para la clase de lengua. Tal vez no había estado enfocando la escritura de la forma

acertada. Podía comprar una cartulina cara en la papelería, llenarla de «Bla, bla, bla», y mi profesor diría: «¡Oh, bonito papel! ¡Matrícula de honor!»

Eudora me devolvió a regañadientes la carta en blanco.

—Bien hecho, Percy. Cuando escribas la carta, no es necesario que me lo agradezcas mucho.

Miré el póster de la nutria sonriente, a la que le iba la medicina de la risa, y luego a Rana Pochita, a la que no le iba nada.

—Vale —dije.

—Con una mención breve bastaría —añadió Eudora.

—Bueno, supongo que ya hemos acabado de momento. —Señalé la puerta—. Porque estoy deseando pasar el resto del día en clase.

—¡Claro que sí! —dijo Eudora, porque como las diosas menores, las nereidas no entendían el sarcasmo—. ¡Y me imagino lo orgulloso que debe de estar tu padre!

No me atreví a responder. Todavía me parecía irreal haber hablado con mi padre. Había llamado al instituto. Había estado pendiente de mí. Casi compensaba todas las semibolsas que no me había traído nunca, aunque, sinceramente, comprendía que se saltase los *brunches* del Olimpo. Era demasiado listo para exponerse a unos huevos de fénix Benedict.

—Pronto tendremos que hablar de la selectividad —me recordó Eudora—. Y necesitarás otras dos cartas de recomendación para las vacaciones de Navidad. Pero de momento puedes relajarte! ¿Qué más cosas tienes programadas para hoy?

—Un debate sobre un relato corto. Un examen de matemáticas. Una práctica de laboratorio de química.

Ella asintió con la cabeza, satisfecha, como si le hubiese dado la descripción perfecta de la relajación.

—Recuerda que estoy aquí si necesitas algo. A ver, ¿de qué color quieres la gominola? ¿Verde? ¿Amarilla?

La verdad es que no me conocía muy bien. Me ofreció el tarro, y hurgué hasta que encontré el único dulce azul.

Eudora sonrió.

—Te irá de maravilla, Percy. Este año me da buenas vibraciones. Bueno, si llegas tarde a la tercera clase, siempre puedo...

—Iré andando —dije rápido—. Pero gracias, Eudora. —La saludé con mi gominola y luego saludé a Rana Pochita—. Seguro que nos vemos pronto.

Tengo que reconocer que fue bastante relajante estar sentado en clase de lengua. No, no había leído el relato ni había hecho los deberes. Pero estaba convencido de que podía salir del paso en una conversación sobre literatura echándole morro. Podía hablar de valor, iniciativa y autoconocimiento. A esas cosas se les puede sacar mucho partido.

34

Escribo la peor carta de la historia, suprimir, suprimir

Fue un alivio llegar a casa esa noche... al menos hasta que la cena se convirtió en una fiesta dedicada a la escritura de la carta. Pensarás que con un profesor de lengua, una escritora de un libro de inminente publicación y una hija de Atenea a la mesa, se nos ocurrirían unos elogios que Ganímedes podía decir de mí. Te equivocas.

Annabeth vino al atardecer. Esta vez no trajo magdalenas. Había estado demasiado ocupada poniéndose al día con los deberes después de buscar al dios con pañales de la geriatría en el parque esa mañana. Ella y yo picamos pimienta para la ensalada mientras Paul preparaba espaguetis. Y sí, después del incidente de las serpientes con cuernos, había dejado los espaguetis, pero la pasta es como un buen amigo: no puedes seguir enfadado con ella para siempre.

Una vez que la mesa estuvo puesta y el Dave Brubeck Quartet tocando jazz en el tocadiscos de Paul, los cuatro partimos el pan de ajo y hablamos de nuestras respectivas jornadas. Tenía que recordarme continuamente que mi madre esperaba a un chiquitín mortal Jackson-Blofis.

Fue una cena bastante normalita para nosotros, que era justo lo que yo necesitaba. Paul contó anécdotas graciosas de sus clases. Sus alumnos eran unos memos. Los demás profesores y directores eran todavía más memos. Mi madre nos dijo que su libro había recibido su primera valoración con una estrella en internet. Aunque el libro no saldría al mercado hasta dentro de varios meses. Al

parecer, al crítico en cuestión no le gustaba el título *Canciones de amor de los dioses* porque fomentaba el paganismo.

Paul rió entre dientes.

—No tienen ni idea.

Me ofrecí a hablar con Hylla, reina de las Amazonas y temible monarca de la venta online, para que retirase la valoración, pero mi madre dijo que no era necesario.

—Voy a imprimirla y a enmarcarla —dijo—. Me encanta.

Finalmente, Annabeth les contó nuestras últimas aventuras. Restó importancia a las partes más terribles, como haber estado a punto de ser reducidos a polvo de tumba, pero creo que mi madre ató cabos bastante bien.

—Hala. ¿Abrazar a la vejez? —Sonrió a Paul—. Tengo un hijo listo.

—Sí, lo tienes —convino Paul—. Creo que le viene de ti.

Es posible que me ruborizase. Una cosa es que te llamen hijo de Poseidón. Pero llamar la atención por parecerte a tu madre... era un cumplido.

—¿Qué pasó en el Olimpo? —me preguntó Annabeth—. No me he enterado.

Titubeé. Todavía estaba asimilando lo que había visto en el *brunch*... y no sólo el horror de las uñas con pedicura de Zeus.

—No fue para tanto —dije—. Le llevé a Ganímedes el cáliz justo a tiempo. Y él me dio la carta.

Annabeth esperó a que continuase. Le lancé una mirada. «Luego, ¿vale?»

—Bueno... —Paul rompió el silencio—. ¿Cómo es una carta de recomendación divina?

—Te lo enseñaré después de cenar —le prometí—. Será mejor que no la manchemos de salsa de espaguetis.

Una vez que hubimos fregado los platos, saqué la carta y la dejé sobre la mesa del salón. Todo el mundo se inclinó como si estuviésemos mirando un tablero de juego.

—Está en blanco —observó mi madre.

—Pero el papel es precioso —apuntó Paul.

—Si te entregaran una redacción escrita en este papel —dije—, ¿le pondrías una matrícula de honor sin leerla?

Paul sonrió.

—Probablemente escribiría: «Buen intento, pero todavía tienes que poner ejemplos que demuestren tu tesis.»

—Adiós idea —mascullé.

Mi madre recogió la carta y miró por las dos caras.

—¿Está escrita con alguna tinta invisible?

—Tengo que escribirla yo.

Les expliqué lo que Ganímedes me había dicho: que podía decir lo que me diese la gana, dentro de lo razonable, y que si lo había hecho bien, su firma aparecería al final.

Paul frunció el ceño.

—Parece un poco...

—¿Demasiado confiado? —aventuró Annabeth.

—Yo iba a decir perezoso por parte de Ganímedes. —Paul miró al techo—. Aunque espero que no me fulmine con un rayo.

—No —repuse—. Los dioses se tomarían eso como un cumplido. Ellos elevan la pereza a forma de arte.

—Bonito trabajo para el que lo pille —dijo Paul.

Yo sabía que él se estaba haciendo el gracioso, pero el comentario me hizo torcer el gesto. Me habían ofrecido ese trabajo y lo había rechazado. Pero cuanto más pensaba en Ganímedes, más me alegraba de mi decisión. Su ocupación era cualquier cosa menos bonita.

Mi madre volvió a dejar el papel en la mesa.

—¿Cómo sabe cuándo tiene que empezar a escribir?

—Ni idea —reconocí—. A lo mejor sólo tengo que decir: «Estimado departamento de admisiones.»

Debería habérmelo pensado mejor. Una bonita caligrafía cobró vida resplandeciendo en la parte superior del papel; cada letra se formó con una ardiente tinta color bronce y un sonido de mecha encendida: «Estimado departamento de admisiones.»

—Ay, porras —exclamé.

«Ay, porras», escribió la bonita caligrafía.

—¡No! ¡Suprimir! —dije.

Afortunadamente, las letras se borraron.

Miré a Annabeth, que estaba esforzándose por no reír.

—No tiene gracia —dije—. Suprimir, suprimir. No sabía que empezaría. Suprimir, suprimir.

Mi madre se quedó mirando las letras que se escribían y se borraban.

—Qué papel más asombroso. ¿De qué está hecho?

Yo no pensaba decirle que de seda arácnida, porque Annabeth tenía una fobia tremenda a las arañas. No quería tener que despegarla de la lámpara del techo.

—A lo mejor deberíamos ayudar a Percy a escribirla ahora —propuso Paul— para que no tenga que preocuparse por el tema.

—Has hablado como un auténtico profesor de lengua —dijo Annabeth—. No puede ser tan difícil, ¿no? ¿Qué tal «Recomiendo encarecidamente a Percy Jackson para la Universidad de la Nueva Roma. Es adorable y tiene unos bonitos ojos»?

—No pienso decir eso. Suprimir, suprimir —protesté, aunque dejé la primera frase. Ésa quedaba bien.

—«Y su madre está muy orgullosa de él —intervino mi madre—, aunque la universidad sería una experiencia maravillosa para él porque así podría aprender a lavar su ropa.»

—Sois unas personas horribles —dije—. Suprimir, suprimir.

Paul se aclaró la garganta como si se estuviese preparando para dar una clase sobre símiles.

—Yo, Ganímedes, copero de los dioses, considero que Percy Jackson es un héroe magnífico: valiente, amable y sensacional picando verdura.

A mi madre y a Annabeth les dio la risa tonta.

Yo tenía ganas de decir: «Matadme de una vez», pero con la suerte que tenía, esas palabras se quedarían en la carta, y el

departamento de admisiones de la Nueva Roma me haría caer sobre mi espada en cuanto llegase.

Dicté la frase de Paul, menos lo de la verdura. Durante la siguiente media hora, Paul, Annabeth y mi madre hicieron toda clase de propuestas no demasiado útiles para la carta de Ganímedes, mientras yo elegía las frases menos bochornosas y las leía para que se escribiesen en el papel. Incluso conseguí meter una frase sobre lo servicial que había sido mi orientadora Eudora.

Al final, Annabeth acabó en el suelo llorando de risa. Paul tenía cara de estar empezando a sentir lástima por mí. Mi madre se acercó y me besó la cabeza.

—Lo siento, cariño —dijo—. Pero de verdad nos gustan todas esas cosas de ti. A ver cómo ha quedado la carta.

La leyó en voz alta, y tengo que reconocer que no estaba mal.

—Pero ¿cómo se hace para que aparezca la firma? —se preguntó Annabeth.

Antes de que mi novia pudiese proponer algo como «Besos y abrazos», dije:

—«Gracias por su tiempo. Atentamente, Ganímedes.»

Las palabras se grabaron en el papel, y la firma de Ganímedes apareció en rojo.

—¿Creéis que ya está acabada? —pregunté. Entonces me di cuenta de que la pregunta no se estaba transcribiendo—. Gracias a los dioses.

—¿Tienes que hacer dos cartas de recomendación más como ésta? —inquirió mi madre—. ¡Qué divertido!

—Sí, y si son como ésta —dije—, creo que las escribiré por mi cuenta.

—Pero no estarás solo, Sesos de Alga. —Annabeth me apretó el tobillo—. Nosotros siempre estaremos aquí para ayudarte.

Ni siquiera tuvo la decencia de poner unas sarcásticas comillas invisibles a «ayudarte».

—¡Por Percy! —Paul alzó su vaso—. ¡Nuestro héroe de la familia!

Mi madre y Annabeth aplaudieron y bebieron agua con gas por

mi salud. Yo agradecía el sentimiento, pero no participé. Los brindis me hacían pensar en Ganímedes, y era un poco pronto para eso.

35

El mejor beso de buenas noches de la historia

Esa noche le conté a Annabeth la historia completa.

Después de cenar, ella volvió a la residencia, pero cuando me cansé de hacer los deberes, me tumbé en la cama, encendí mi máquina casera de mensajes Iris y lancé una moneda al arcoíris. Me daba un poco de miedo que la vara de Iris, Mercedes, atravesase volando la ventana y me pegase en la cabeza por utilizar otra forma de mensajería, pero afortunadamente no se dio el caso.

—Hola —dijo Annabeth.

Su imagen brillaba a la luz del arcoíris, con la cabeza apoyada en una mano y un libro de texto abierto en la cama delante de ella: algo de mates que estaba por encima de mi comprensión.

Su sonrisa fue el antídoto perfecto para mi largo y movido día. Sí, ella había sonreído en la cena (y se había reído de mí, mucho), pero ésa era una sonrisa más cálida, más íntima. Me gustaba pensar que yo era quien la hacía sonreír así.

—Quería hablarte del Olimpo —empecé a decir.

A ella le alegró mucho enterarse de que Barbara había pedido una selfi y un autógrafo de ella.

—¡Claro! ¡Será un placer!

Me sorprendió un poco lo poco sorprendida que parecía. Tal vez le pedían esas cosas continuamente pero no lo decía.

—Gracias por prestarme la gorra de los Yankees, por cierto —dije—. No me avisaste de que es incómodo llevarla puesta.

Ella encogió un hombro.

—Todo poder tiene un precio. Incluso ser invisible. Mi madre me

lo enseñó hace mucho.

Parecía melancólica, tal vez un poco triste, pero no rencorosa. Daba la impresión de que había aceptado cómo funcionaba el mundo según Atenea, aunque ella no siempre estuviese de acuerdo, aunque a veces no tuviese más sentido que los deberes de mates de Annabeth para mí.

—Hablando de tu madre... —le conté lo que había pasado en el *brunch*, cuando me crucé la mirada con Atenea debajo de la mesa.

La expresión de Annabeth resultaba difícil de descifrar. Los mensajes Iris siempre eran un poco borrosos, pero daba la impresión de que intentaba unir mis palabras en su mente y formar una historia coherente a partir de ellas.

—Hala —dijo al final.

—Sí.

—Te ayudó.

—Pues... supongo. No me mató, por lo menos.

—¿Sabes lo que significa eso?

Alargó la mano hacia mí. Sus dedos se descompusieron en agua y luz al tocar el mensaje Iris, pero yo estiré el brazo hacia ella de todos modos. Cuando la imagen volvió a formarse, parecía que nuestras manos se hubiesen unido, fundidas en nuestras líneas de comunicación.

Annabeth sonreía otra vez.

—Mi madre lo entiende —dijo Annabeth—. Es raro que no lo haya hecho antes, considerando que normalmente va muy por delante del resto de la gente, pero supongo que esto no es un campo de batalla.

—Perdona, ¿qué es lo que entiende?

Ella rió.

—Lo en serio que voy contigo, Sesos de Alga.

Noté una presión en el pecho, pero no era una sensación desagradable; más bien como si me envolviese un jersey de lana ceñido.

—Entonces, ¿crees que me ayudó por ti?

A medida que lo decía, me di cuenta de que tenía sentido. Al

menos, mucho más sentido que Atenea me ayudase por cualquier otro motivo.

—Sabe que voy a llegar hasta el final —dijo Annabeth—. Que voy a asegurarme de que los dos llegamos a adultos y tenemos la oportunidad de sentar la cabeza... con suerte, después de divertirnos mucho en la universidad.

—Me habías convencido con «divertirnos» —dije—. En realidad, me has convencido en todo.

Le conté lo que había pensado mientras luchaba contra Geras, que había decidido abrazar la vejez porque cualquier futuro en el que estuviésemos era un futuro que quería vivir.

—Oh, dioses. —Annabeth se enjugó una lágrima—. A veces eres un encanto, ¿sabes?

—¿Sólo a veces?

—Concentrémonos, ¿vale? Todavía tienes que conseguir dos cartas de recomendación antes de las vacaciones de Navidad. Eso significa dos misiones más para los dioses.

—Coser y potar.

—Querrás decir «cantar».

—No, estoy seguro de que me harán potar. Pero lo conseguiremos, ¿verdad? A ver, si hasta tu madre está de nuestra parte...

—Yo no forzaría demasiado la máquina, pero es una buena señal. Y sí, lo conseguiremos. Oye, Percy.

—Sí.

—Siento decírtelo, pero creo que te quiero.

—Rayos, me lo temía. Yo también te quiero.

—Termina de hacer los deberes. Buenas noches.

—Buenas noches, Sabihonda.

Y como siempre hacíamos, nos dimos la vuelta el uno hacia el otro e interrumpimos el mensaje Iris al juntarnos, pero en la neblina y en las últimas partículas de luz, me pareció oler su presencia y notar el calor de su abrazo.

Sinceramente, eso bastaba para hacerme creer que cualquier

cosa era posible.

Menos los deberes. Me quedé dormido casi en el acto. Y por una vez, tuve dulces sueños.

Vuelve Percy Jackson, el protagonista estrella de Rick Riordan



Por una vez, Percy Jackson no debe preocuparse por salvar el mundo. En esta ocasión tiene una tarea mucho más difícil: entrar en la universidad. La Universidad de Nueva Roma pide cartas de recomendación de tres dioses para acceder, así que... sí: Percy tendrá que llevar a cabo nuevas misiones para conseguirlas.

Primera misión: el copero de los dioses, Ganimedes, ha perdido su cáliz, lo cual no sólo es vergonzoso, sino que podría provocar un desastre, ya que cualquier mortal que beba del cáliz obtendrá la inmortalidad. Percy, Annabeth y Grover deben encontrar el cáliz y devolvérselo a Ganimedes antes de que alguien se entere de lo sucedido. Estos dioses... podrían ponerles un GPS a sus objetos mágicos, ¿no?

Rick Riordan (San Antonio, Estados Unidos, 1964) es, sin duda, uno de los autores de literatura juvenil más respetados. Profesor de instituto, el fulgurante éxito de la serie «Percy Jackson y los dioses del Olimpo» hizo que pudiera dedicarse a la escritura a tiempo completo.



Título original: *Percy Jackson and the Olympians: The Chalice of the Gods*

Primera edición: octubre de 2023

© 2023, Rick Riordan

Publicado por acuerdo con Galt and Zacker Literary Agency, LLC

© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2023, Ignacio Gómez Calvo, por la traducción

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial/ Marc Monner

Ilustración de la cubierta: © RaidesArt

Rotulación de la cubierta: © Disney Enterprises, Inc.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19275-46-2

Compuesto en: www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks

Facebook: SalamandraEd

Twitter: SalamandraBlac
Instagram: SalamandraEd
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En [Penguinlibros.club](https://penguinlibros.club) encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



[Penguinlibros.club](https://penguinlibros.club)



Penguin
Random House
Grupo Editorial



[Penguinlibros](#)



Índice

Percy Jackson y los dioses del Olimpo. El cáliz de los dioses.

Carta del autor

1. Me evacúan por el desagüe
2. Mi padre ayuda* (*La ayuda es nula)
3. Nos quejamos de las misiones y las calabazas de adorno
4. Me llevo a un buenorro a tomar batidos
5. Todo el mundo odia a Ganímedes porque es guapísimo
6. Por el regaliz
7. Sorpresón: ofendo a una diosa
8. Quiero a mi mami
9. Las gallinas atacan primero
10. Lo empeoro todo cantando, y la peña se queda horrorizada
11. No ganamos ni un tíquet
12. Ganímedes me pone otro trago
13. Buscamos cosas muertas en el mercado
14. Iris me da un palo
15. ¡Yonkers!

16. Grover lo da todo con las canciones de las serpientes
17. Conozco el moño de la muerte
18. Annabeth todo lo puede con infusión
19. Pruebo el arcoíris y está bastante malo
20. Iris acepta Bizum
21. Ofrezco consejos de pareja. No, en serio, ¿de qué te ríes?
22. Me dan una magdalena y una sorpresa
23. Ganímedes hace explotar todas las bebidas
24. Me cepillo los dientes (de la forma más heroica posible)
25. Conozco al birlacopas
26. Negocio las condiciones de mi desintegración
27. Mis últimas palabras dan muchísimo corte
28. Empiezan a llover juguetes
29. Me tambaleo en el precipicio del Monte Brunch
30. Me infiltro en la guarida del dios del rayo 3000.
31. Me enfrento a una peligrosa depredadora que posiblemente sea mi futura suegra
32. Grover se come mis sobras
33. Una gominola más por los viejos tiempos
34. Escribo la peor carta de la historia, suprimir, suprimir
35. El mejor beso de buenas noches de la historia

Sobre este libro

Sobre Rick Riordan

Créditos